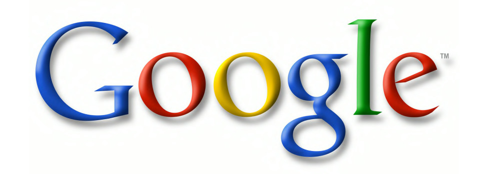
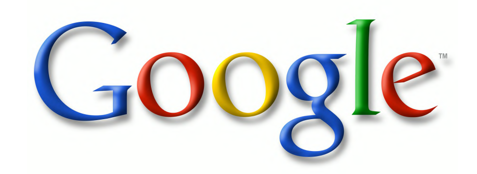

Google







SOLÍS

Historia de la Conquista de Méjico

II





SOLÍS

Historia de la Conquista de Méjico

II



CASA EDITORIAL
GARNIER HERMANOS
6, Rue des Saints-Pères, 6
PARÌS

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

POBLACIÓN Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA

POR

DON ANTONIO DE SOLÍS

SECRETARIO DE SU MAJESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE LAS INDIAS

NUEVA EDICIÓN

Aumentada con un resumen histórico, desde la rendición de Méjico hasta el fallecimiento de Hernán Cortés, é ilustrada con notas.

TOMO SEGUNDO



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Permítese á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones : trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias, y se duda que intentasen los Españoles en esta sazon derribar los ídolos de Méjico.

Quedó Motezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los Españoles : hízose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocian su mansedumbre y moderacion, como virtudes adquiridas en el trato de los extrangeros, ó extrangeras de su natural. Acreditó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo ; y cuando le pareció que tenía segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos : dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que asi la solia llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos : díjole « que ya deseaba por su conveniencia y la » de los mismos Españoles dejarse ver de su pueblo, por» que se iba creyendo que le tenian oprimido, como ha-

» bia cesado la causa de su detencion con el castigo d
» Qualpopoca; y se podria temer alguna turbacion m
» que popular, si no se ocurria brevemente al remedi
» con aquella demostracion de su libertad. » Hernan Co
tés conociendo su razon, y deseando tambien complacer
los Mejicanos, le respondió liberal y cortesanamente :
« que podria salir cuando gustase, atribuyendo á exce
» de su benignidad el pedir semejante permision cuando
» y todos los suyos estaban á su obediencia. » Pero acept
la palabra que le daba de no hacer novedad en su habi
cion, como quien deseaba no perder la honra que re
bia.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir
sus templos, y para cumplir consígo en la forma que p
dia, capituló con él, que habian de cesar desde aquel d
los sacrificios de sangre humana, contentándose con e
parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á
enmienda total de los demás errores; y siempre que n
se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad pa
vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo así Mot
zuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratori
este género de sacrificios; y aunque se duda si lo cumpli
es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron, a
guna vez, fué á puerta cerrada, y tratándolos como d
lito.

Su primera salida fué al templo mayor de la ciuda
con la misma grandeza y acompañamiento que acostum
braba; llevó consígo algunos Españoles, y se previno ll
mándolos él mismo ántes que se los pusiesen al lado co
guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pu
blo esta primera vista de su rey : procuraron todos man
festar su alegría con aquellas demostraciones de que
componian sus aplausos; no porque le amasen ó tuviese
olvidada la opresion en que vivian, sino porque hacía l
natural obligacion el oficio de la voluntad; y tiene s
influencias hasta en la frente del tirano la corona. Él ib
recibiendo las aclamaciones con gratitud majestuosa,
anduvo aquel dia muy liberal, porque hizo diferentes me
cedes á sus nobles, y repartió algunas dádivas entre l

gente popular. Subió despues al templo descansando sobre los brazos de los sacerdotes; y en cumpliendo con los ritos ménos escandalosos de su adoracion, se volvió al cuartel, donde se congratuló nuevamente con los Españoles: dando á entender que le traian con igual fuerza el desempeño de su palabra, y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus salidas sin hacer novedad, unas veces al palacio donde tenía sus mujeres, y otras á sus adoratorios ó casas de recreacion; usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia, ó llevándole consigo cuando era decente la funcion: pero nunca hizo noche fuera del alojamiento, ni discurrió en mudar habitacion; ántes se llegó á mirar entre los Mexicanos aquella perseverancia suya como favor de los Españoles; tanto, que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiéndose de su intercesion para encaminar sus pretensiones, y todos los Españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las cortes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

Entretanto que duraba este género de tranquilidad no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad, y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon sin objeto determinado, ni saber hasta entónces hácia donde le llamaba la oscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luégo que vacó el gobierno de la Vera-Cruz por muerte de Juan de Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al capitan Gonzalo de Sandoval; y porque no faltase de su lado en esta ocurrencia un cabo de tanta satisfaccion, envió con título de teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sujeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le occupaba por satisfacerle y desviarle, pero no fué buena política poner hombre poco seguro en una plaza que se mantenia para

la retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente su asistencia eu aquel puerto, si llegáran poco ántes los bajeles que fletó Diego Velázquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fué necesario traerle preso, y enviar al propietario.

Con la ocasion de estos viajes dispuso Hernan Cortés que se condujesen de la Vera-Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; porque no podia echar de sí las medias palabras que oyeron los Tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. Introdujo primero esta novedad, haciéndosela desear á Motezuma, con pretexto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacía capaz sin la demostracion, porque ignoraban los Mejicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya, que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera-Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el ejército con plaza de soldados, ásistiendo á cortar y conducir la madera de órden de Motezuma los carpinteros de la ciudad; con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcándose con los Españoles para conocer desde más cerca las maestrías de aquella navegacion.

Previno para este fin una de sus monterías más solemnes en paraje de larga travesía porque no faltase tiempo á su observacion; y el dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ellas la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarca-

ciones extrangeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dejaron atrás las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los Indios. Fué dia muy festivo y de gran divertimiento para los Españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejeaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los Españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timon, y el oficio de las velas que á su entender mandaban al agua y al viento; invencion que celebraron los más avisados como invencion del arte, superior á su ingenio; y el vulgo como sutileza más que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricaron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se gano reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey; ponderaba su clemencia y engrandecia su poder, trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los Españoles, como interés de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros tan léjos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores de-

lineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion; y permitió despues que fuesen algunos Españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles : propúsolo Hernan Cortés, con pretexto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo más notable; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias : bastante seña de que vivia sin recelo, y andaban conformes su Intencion y sus palabras.

Pero en esta sazon, y cuando más se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza, refieren nuestros historiadores una resolucion de los Españoles, tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gomara, concordando alguna vez en lo ménos tolerable : que se determinaron á derribar los ídolos de Méjico, y convertir en iglesia el adoratorio principal : que salieron á ejecutarlo por más que lo resistió y procuró embarazar Motezuma : que se armaron los sacerdotes, y estuvo conmovida toda la cuidad en defensa de sus dioses; durando la porfía, sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Cristo, y la imágen de su Madre Santísima : se celebró misa cantada, y perseveró muchos dias ei altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Así lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que pasan los límites de la exornacion, si ésta puede caber en la retórica del historiador porque describe una procesion devota y armada, que se ordenó para conducir las santas imágenes al adoratorio : pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un crucifijo; y pondera un casi milagro de su

devocion, animándose á decir, no sabemos de qué orígen, que se inquietaron poco despues los Mejicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos: que acudieron al mismo Cortés con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras: que para conseguir que se quietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño enque se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad; ni extrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entónces aquel átomo de fé viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese asi el hecho de arruinar los ídolos de Méjico en la forma y en el tiempo que viene supuesto, siendo lícito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere, hallamos en ésta diferentes reparos, que nos obligan por lo ménos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fué dificultoso en Cozumel. Corríase bien con Motezuma: consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba: no habia dado esperanzas de admitir el Evangelio; ántes duraba inexorable y obstinado en idolatría: los Mejicanos sobre la dureza con que adoraban y defendian sus errores, andaban fáciles de inquietar contra los Españoles. ¿Pues qué prudencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Si miramos al fin que se pretendia, le hallarémos inútil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los idólatras: tratar una exterioridad infructosa como triunfo de la religion: colocar las santas imágenes en un lugar inmundo y detestable: dejarlas al

arbitrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio: celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Y Antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Jùzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando en duda el acierto, querríamos ántes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increibles [1].

1. Solís refuta con sobrados fundamentos el supuesto derribo de los ídolos del gran templo de Méjico, porque ninguna razon política ó religiosa podia autorizar un hecho tan imprudente como ridículo é intempestivo : es muy de creer, vista la disposicion de ánimo de los Mejicanos, que el haber consumado aquel hecho hubiera sido lo mismo que sonar la hora de muerte para todos los Españoles, tal fuerza tiene el espíritu religioso áun en los pueblos mas idiotas, y esa es la razon porque los conquistadores prudentes han respetado en todo tiempo la religion de los vencidos. Hernan Cortés se jacta en su relacion de haber hecho rodar los ídolos por las gradas del templo; accion increible y que hace dudar de la veracidad del historiador en las demás referidas en sus escritos. Bernal Diaz á pesar de no ser siempre muy verídico, y de tener casí igual interés que su gefe en hacer alarde de aquella valentonada religiosa, pues le acompañó al templo, dice que en efecto tuvo aquel pensamiento Cortés; pero que á persuasion de fray Bartolomé de Olmedo, se redujo á proponer á Motezuma le permitiese hacer una capilla inmediata á los idolos, para que viera en el miedo de éstos su falsedad por ser representacion del diablo, etc.; de lo cual se mostró muy enojado Motezuma como prudentemente lo habia previsto el padre Olmedo : añadiendo que el emperador se puso á orar como por via de expiacion del pecado cometido en haber mostrado sus dioses á los Españoles, y que éstos aceleraron su salida del templo para que Motezuma y los sacerdotes no estuviesen inquietos con su presencia. El mismo Cortés haciendo referencia de este suceso, se contradice lastimosamente; porque en una parte asegura que Motezuma y los grandes *sintieron mucho* el derribo de los ídolos; y en otra dice que los mismos estuvieron á su lado *con alegre semblante* hasta que se quitaron aquéllos y se colocaron imágenes de la Vírgen, etc., etc. Herrera en su Década solamente refiere haber dicho Cortés á Motezuma que *era gran lástima que*

señor de tan gran señorío, y tan gran príncipe, y tanta gente, estuviesen tan engañados adorando y siguiendo al demonio. Esto es lo más verosímil. Robertson, á pesar de su juicio, dá crédito á semejante patraña, para poner una tacha más á la prudencia de Cortés, harto imprudente en verdad por haberlo escrito en sus relaciones.

CAPÍTULO II

Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los Españoles, ordenada por el rey de Tezcuco [1]; y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba.

Tuvo desde sus principios esta empresa de los Españoles notable desigualdad de accidentes : alternábanse contínuamente la quietud y los cuidades : unos dias reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad : propia condicion de los sucesos humanos, encadenarse y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fué conveniente su instabilidad para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

La ciega gentilidad ponia esta série de los acaecimientos en una rueda imaginaria que se formaba en la trabazon de lo próspero y lo adverso, á cuyo movimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna, con que dejaban al acaso todo lo que deseaban ó temian; siendo en la verdad alta disposicion de la divina Providencia que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra, para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Hallábanse ya los Españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma y en la estimacion de los Mejicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Movióla Cacumatzin, sobrino de Motezuma, rey de Tezcuco y primer elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bulli-

1. En la época de la conquista eran reputados por monarcas los señores de *Tezcuco*, *Méjico*, *Clacopan*, *y Gulhuacan :* de éste y de leino de *Tlatilulco*, era monarca Motezuma, y los demás súbditos y feudatarios suyos.

cioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los Españoles con pretexto de poner en libertad á su rey : favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fué desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los Españoles, culpando como principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno, sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma cizaña entre los demás reyezuelos de la laguna : y hallando bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos, á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los reyes de Cuyoacan. Iztacpalapa, Tacuba y Matalcingo [1], y otros señores ó caciques del contorno, personas de séquito y suposicion que mandaban gente de guerra y se preciaban de soldados.

Hízoles un razonamiento de grande aparato; y dando colores de celo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado al parecer de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos como buenos vasallos á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre que le interesaba en los aciertos de su tio, y volviendo la mira contra los Españoles: « ¿A qué aguardamos, amigos y parientes, dijo,
» que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion, y
» á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿Nosotros que nacimos
» á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el
» terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al
» yugo afrentoso de una gente avenediza? ¿Qué son sus a-
» trevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y des-

1. Éstos no eran reyes; pero si tenian el señorio de sus respectivas ciudades y términos anexos.

» precios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han
» conseguido en breves dias, y conoceremos primero nues-
» tro desaire, y despues nuestra obligacion. Arrojáronse
» á la corte de Méjico, insolentes de cuatro victorias en
» que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron
» en ella triunfantes á despecho de nuestro rey, y contra
» la voluntad de la nobleza, y gobierno. Introdujeron con-
» sígo á nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen ar-
» mados á nuestros ojos dando vanidad á los Tlascaltecas,
» y pisando el pundonor de los Mejicanos. Quitaron la
» vida con público y escandaloso castigo á un general del
» imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de ma-
» gistrados, ó autoridad de legisladores. Y últimamente,
» prendieron al gran Motezuma en su alojamiento sacán-
» dole violentamente de su palacio; y no contentos con
» ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su
» persona y dignidad con las prisiones de sus delincuen-
» tes. Así pasó : todos lo sabemos; ¿pero quién habrá que
» lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ignominiosa,
» digna del silencio y mejor para el olvído! ¿Pues en qué
» os deteneis, illustres Mejicanos? ¿Preso vuestro, rey, y
» vosotros desarmados? Esa libertad aparente de que le
» veis gozar estos dias no es libertad, sino un tránsito en-
» gañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro
» cautiverio de mayor indecencía, pues le han tiranizado
» el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que
» es la prision más indigna de los reyes. Ellos no gobier-
» nan y nos mandan, pues el que nos habia de mandar
» les obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion
» de sus dominios, desatento á la defensa de sus leyes, y
» convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros que
» suponemos tanto en el imperio mejicano, debemos im-
» pedir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es
» juntar nuestras fuerzas, acabar con estos avenedizos, y
» poner en libertad á nuestro rey. Si le desagradáremos,
» dejándole de obedecer en lo que conviene, conocerá el
» remedio cuando convalezca de la enfermedad; y si no
» le conociere, hombres tiene Méjico que sabrán llenar
» con sus sienes la corona; y no será el primero de nues-

» tros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuida-
» damente, se dejó caer el cetro de las manos. »

En esta sustancia oró Cacumatzin, y con tanto fervor, que le siguieron todos, prorrumpiendo en grandes amenazas contra los Españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Sólo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado pariente de Motezuma, y tenía sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo : « que tenía por necesario, y por más
» conveniente á la obligacion de todos, que se previniese
» á Motezuma de lo que intentaban y se tomase primero
» su licencia; pues no era razon que se arrojasen armados
» á la casa donde residia sin poner en salvo su persona,
» tanto por el peligro de su vida, como por la disonancia
» de que pereciesen aquellos hombres debajo de las alas
» de su rey. » Itallaron los demás esta proposicion como impraticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion : Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espías y confidentes. Buscáronse luégo los dos para comunicarse la noticia de semejante novedad, y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dejó sane ada su intencion, Dióle cuenta de lo que pasaba : mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcuco, y contra los demás conjurados, y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés, dándole á entender que sabia todo el caso con algunas circunstancias que no dejasen en duda su comprension, le respondió : « que sen-
» tia mucho haber ocasionado aquella inquietud en sus
» vasallos, y que por la misma razon se hallaba obligado
» á tomar por su cuenta el remedio y venía con ánimo de
» pedirle licencia para marchar con sus Españoles á Tez-
» cuco, y atajar en su orígen el daño, trayéndole preso
» á Cacumatzin, ántes que se uniese con los demás coliga-

» dos, y fuese necesario pasar á mayores remedios. » No admitió Motezuma esta proposicion, ántes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su autoridad y su poder, si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimiento de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion : « que no que-
» ria ni era conveniente que se moviesen los Españoles,
» porque no se hiciese obstinacion el odio con que pro-
» curaban apartarlos de su lado, sino que ayudasen á
» sujetar aquellos rebeldes, asistiéndole con el con-
» sejo, y haciendo, si fuese menester, el oficio de media-
» neros. »

Pareciόle despues que sería bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona más dependiente de su respeto, sería fácil de reducir á la quietud acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los Españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la órden que llevaba de su rey, y le dijo de parte de Cortés : « que deseaba
» su amistad, y tenerle más cerca para que la experimen-
» tase. » Pero él que se hallaba ya léjos de la obediencia, ó tenia más cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma; diciéndole : « que aquel
» era de los casos en que se debia usar primero del enten-
» dimiento que de las manos, y que le dejase obrar segun
» la experiencia y conocimiento que tenía de aquellos hu-
» mores y de sus causas. »

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delincuente; á cuyo fin les decia : « que aquel atrevimiento de su sobrino
« se debia tomar como ardor juvenil, ó primer movimiento
» de hombre sin capacidad. » Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiéndose de algunos criados suyos que atendieron á su primera obligacion, ó la conocieron á vista de las dádivas y

las promesas : por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcándose con él en una canoa que tenian prevenida, le trajesen preso á Méjico sin que pudiese resistirlo. Descubrió entónces Motezuma todo el enojo que disimulaba, y sin permitir que le viese, ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner, con acuerdo y parecer de Cortés, en la cárcel más estrecha de sus nobles, tratándole como á reo de culpa irremisible y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias ántes escapó dichosamente de sus manos, porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades, bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano, haciéndole con unos y otros más recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado contra su príncipe : díjole « que no era seguro castigar por entónces » con pena de la vida á un delincuente de tanto séquito » cuando estaban conmovidos los ánimos de los nobles : » que privándole del reino le daba otro género de muerte » ménos ruidosa y de bastante severidad para el terror de » sus parciales : que aquel mozo tenía mejor natural ; y » debiéndole ya la vida le deberia tambien la corona, y » quedaria más obligado á su obediencia por la oposicion » de su hermano ; y últimamente que con esta demostra- » cion daba el reino á quien debia suceder en él, y de- » jaba en su sangre la dignidad de primer elector que » tanto suponia en el imperio. »

Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés que lo comunicó luégo á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion, y autorizando los ministros el decreto real, fué desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como

rebelde á su príncipe; y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura que tenía sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion majestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente: « que habia tomado aquella determinacion por consejo de « Hernan Cortés; » dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabria el interesado, porque no era tiempo de obscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los ánimos de los suyos á favor de los Españoles.

Partió luégo el nuevo rey á su corte, y fué recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos: unos porque le amaban y sentian su persecucion: otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin; y los más por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre que se atribuyó al superior juicio de los Españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion; y fué de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demas conjurados derramaron luégo sus tropas, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consiguieron por su medio el perdon, con que se deshizo aquella tempestad; y habiéndose levantado contra él, salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio, y favoreciendo á los demas que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

CAPÍTULO III

Rusuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada: junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.

Sosegados aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba; pareciόle que ya se detenian mucho los Españoles, y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debia familiarizarse ménos, y dar otro color á las exterioridades. Avergonzábase del pretexto que tomó Cacumatzin para su conjuracion, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion: sentia la flaqueza de su autoridad, cuyos celos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temía que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortés que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los recelos por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta resolucion, y últimamente determinó que le convenía en todo caso despachar luégo á los Españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con noble sagacidad; porque ántes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudieran fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solía: recibióle sin hacer novedad en el agrado, ni en el cumplimiento: introdujo la plática de su rey al modo que otras veces: ponderó cuanto le veneraba, y dejando traer su propuesta de la misma conversacion, le dijo: « que ha-

» bia discurrido en reconocerle de su propia voluntad el
» vasallage que se le debia, como á sucesor de Quezalcoal
» y dueño propietario de aquel imperio. » Así lo entendia, y en esto sólo habló con afectacion; pero no se trataba entónces de restituirle sus dominios, sino de aparta á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió : qu
» pensaba convocar la nobleza de sus reinos, y hacer en
» su presencia este reconocimiento para que todos, á su
» imitacion, le diesen la obediencia y estableciesen el va
» sallaje con alguna contribucion en que pensaba tam
» bien darles ejemplo, pues tenia ya prevenidas diferente
» joyas y preseas de mucho valor para cumplir por su
» parte con esta obligacion; y no dudaba que sus noble
» acudirian á ella con lo mejor de sus riquezas, ni descon
» fiaba de que se juntaria cantidad tan considerable qu
» pudiese llegar sin desaire á la presencia de aquel prín
» cipe, como primera demostracion del imperio meji
» cano. »

Esta fué su proposicion, y en ella concedia de una ve todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los Españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su cort ántes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no lo conoció entónces Hernan Cortés; ántes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin extrañarla ni encarecerla, como quien aceptaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido más de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey don Cárlos si conseguian que se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso : discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entónces apartarse de su empresa, ni le parecia dificultoso el mantenerse hasta que sabiendo en España el estado en que la tenía, se le ordenase lo que debia ejecutar : seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma

los amigos que iba ganando; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo para que á vista de cuanto pudiera desear, no se acabase de componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma que tiraba sus líneas á otro centro, y sabía resolver despacio y ejecutar sin dilacion, despachó luégo sus convocatorias á los caciques de su reino como se acostumbraba cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los más distantes por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á Méjico dentro de pocos dias con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numerosos, que hiciera ruido en el cuidado si se ignorára la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortés que fué llamado á esta conferencia, y concurrió á ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, les hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés á la primera : pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle, no era tiempo de juntas reservadas.

Fué de grande aparato y autoridad esta funcion, por que asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte; y Motezuma despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable majestad, empezó su oracion haciéndolos benévolos y atentos con ponerles delante : « cuánto los amaba, y cuánto le debian. Acordóles » que tenían de su mano todas las riquezas y dignidades » que poseian; y sacó por ilacion de este principio, la obli» gacion en que se hallaban de creer que no les propon» dria materia que no fuese de su mayor conveniencia » despues de haberla premeditado con madura delibera» cion, consultando á sus dioses el acierto, y tenido seña» les evidentes de que hacía su voluntad. »

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion

para dar algo de divinidad á sus resoluciones, y ent
le creyeron, porque no era novedad que le favorecies
sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvenc
este misterio, refirió con brevedad « el orígen del im
» mejicano, la expedicion de los Nabatlacas, las ha
» prodigiosas de Quezalcoal, su primer emperador,
» que dejó profetizado cuando se apartó á las conq
» del Oriente, previniendo con impulso del cielo qu
» bian de volver á reinar en aquella tierra sus descen
» tes. Tocó despues como punto indubitable : que e
» de los Españoles que dominaba en aquellas reg
» orientales, era legítimo sucesor del mismo Quezal
» Y añadió : que siendó él monarca, de quien habi
» proceder aquel príncipe tan deseado entre los Me
» nos, y tan prometido en los oráculos y profecías
» veneraba su nacion, debian todos reconocer en su
» sona este derecho hereditario, dando á su sangre lo
» á falta de ella se introdujo en eleccion : que si hu
» venido entónces personalmente, como envió sus e
» jadores, era tan amigo de la razon, y amaba tanto
» vasallos, que por su mayor felicidad sería el primer
» desnudarse de la dignidad que poseía, rindiendo
» pies la corona, fuese para dejarla en sus sienes, ó
» recibirla de su mano. Pero que debiendo á los dios
» buena fortuna de que hubiese llegado en su tiemp
» ticia tan deseada, queria ser el primero en manifest
» prontitud de su ánimo; y habia discurrido en ofre
» desde luégo su obediencia, y hacerle algun servicio
» siderable. Á cuyo fin tenía destinadas las joyas
» preciosas de su tesoro, y queria que sus nobles le i
» sen, no sólo en hacer el mismo reconocimiento, sin
» acompañarle con alguna contribucion de sus riqu
» para que siendo mayor el servicio, llegase más dec
» á los ojos de aquel príncipe. »

En esta sustancia concluyó Motezuma su razonami
aunque no de una vez; porque á despecho de lo q
procuró esforzar en este acto, cuando llegó á pronunc
vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposi
que se detuvo un rato sin hallar las palabras con qu

bia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lágrimas discurrir por su rostro, como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los Mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse prorrumpiendo eu sollozos ménos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja que hiciese ruido su fidelidad. Fué necesario que Cortés pidiese licencia de hablar y alentase á Motezuma diciendo : « que no era el ánimo de su » rey desposeerle de su dignidad, ni trataba de que se hi» ciese novedad en sus dominios, porque sólo querria que » se aclarase por entónces su derecho á favor de sus des» cendientes, respecto de hallarse tan distante de aquellas » regiones, y tan ocupado en otras conquistas, que no » podria llegar en muchos años el caso en que hablaban » sus tradiciones y profecías » con cuyo desahogo cobró aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Quedaron los Mejicano atónitos ó confusos de oir semejante resolucion, extrañándola como desproporcionada ó ménos decente á la majestad de un príncipe tan grande y tan celoso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar, ni á conceder, dudando en qué se ajustarian más á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas : « que todos los nobles que con» currian en aquella junta le respetaban como á su rey y » señor natural, y estarian prontos á obedecer lo que pro» ponia por su benignidad y mandaba con su ejemplo, » porque no dudaban que lo tendria bien discurrido y con» sultado con el cielo, ni tenian instrumento más sagrado » que el de su voz para entender la voluntad de los dio» ses : » concurrieron todos en el mismo sentir, y Hernan Cortés cuando llegó el caso de significar su agradecimiento, fué dictando á sus intérpretes otra oracion no ménos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demostracion, aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones

con la máxima de no extrañar mucho que asistiesen á su obligacion; al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastaron aquellas lágrimas de Motezuma para que recelase Cortés entónces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprension de los descendientes de Quezalcoal, y temian á su rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallaje, á la misma violencia con que se desprende la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por más que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fué deshacerse de los Españoles y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra; y no estaria fuera de su centro entre aquellos reyes bárbaros la simulacion; cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reinar.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó reconocido el emperador Cárlos V, por señor del imperio mejicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente; y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona, sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenajes que solian prestar á sus reyes, dando este allanamiento de príncipe y vasallos, poco más que el nombre de rey, al emperador, y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar, circunstancia particu-

lar que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio sobre las demas consideraciones generales, que no sólo hicieran lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.

CAPÍTULO IV

Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes : dícele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.

No se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los Españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se hallaba obligado á conservar, porque no dejase de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenía prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro con alguna pedrería; unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza y servian á la ostentacion: diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio : cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuís, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian ménos que fingir en la imitacion de la naturaleza : dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demostracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujeron á piezas de oro y otras preseas de la misma calidad, en que se compitieron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta su-

bordinacion con algo de propia vanidad. Todo venía dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortés. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey, y del resíduo, segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velázquez, y lo que le prestaron sus amigos en la isla de Cuba; y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo á los que se hallaban en la Vera-Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios; ó ménos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian ménos, y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar en razon la desigualdad.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto; y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento, hasta referir como donaire y discrecion lo que dijo ésto ó aquél en los corrillos [1].

Habla más como pobre soldado que como historiador; y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se quietó este

1. No es esa, efectivamente, la ocasion en que Bernal se hace más recomendable á sus lectores.

desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le habia tocado lo que fué necesario para satisfacer á los quejosos, y alaban despues su liberalidad y desinterés, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narracion.

Motezuma, luégo que por su parte y la de sus nobles se dió cumplimiento al servicio que se ofreció en la junta, hizo llamar á Cortés, y con alguna severidad fuera de su costumbre, le dijo: « que ya era razon que tratase de su » jornada, pues se hallaba enteramente despachado; y » que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de » su detencion, y conseguido en obsequio de su rey tan » favorable respuesta de su embajada, ni sus vasallos » dejarian de presumir intentos mayores si le viesen perse- » verar en su corte voluntariamente, ni él podria estar de » su parte cuando no estaba de su parte la razon. » Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta; y conociendo entónces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiéndose del genio superior con que le dominaba; y fuese con este fin, ó porque llegó á recelar viéndole tan sobre sí que traeria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo, se determinó á condescender por entónces con su voluntad; y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viéndole ménos agradable cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole: « que trataria luégo de abreviar su viage: » que ya traía entre las manos las prevenciones de que » necesitaba; y que deseando ejecutarlo sin dilacion, ha- » bia discurrido en pedirle licencia para que se fabricasen » algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, por » haberse perdido, como sabia, los que le condujeron á » sus costas. » Con que dejó introducida y pendiente su

obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion [1].

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario; y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba excusar el rompimiento, porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad que tenía parte de inclinacion y parte de respeto; y bien hallado con su mismo desenojo le dijo: « que no era su in- » tento apresurase su jornada sin darle medios para que » la ejecutase: que se dispondria luégo la fábrica de los » bajeles, y entretanto no tenía que hacer novedad ni apar- » tarse de su lado, pues bastaria para la satisfaccion de sus » dioses y quietud de sus vasallos, aquella prontitud con » que se trataba de obedecer á los unos y complacer á los » otros. » Fatigábale aquellos dias el demonio con horribles amenazas, dando voz ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los Españoles. Congojábanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravámen que bajaria con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se hallaba combatido por una parte de la política, y por otra de la religion; y fué mucho que se determinase á dar esta permision á Cortés, por ser observantísimo con sus dioses, y no ménos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Diéronse luégo las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, señalando les parajes donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con Indios

1. Esta narracion la copió Solís de las décadas de Herrera; pero Cortés nada dice en sus relaciones al rey; y ciertamente no hubiera omitido en ellas un hecho tan importante, y digámoslo así, diplomático, si hubiese sido cierto.

de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las exterioridades de obediente. Despachó luégo á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los Mejicanos. Discurrió públicamente con ellos porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenaron; y todo era tratar del viage como si le tuviera resuelto; con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera-Cruz habló reservadamente á Martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle « que se fuese poco á poco en » la formacion de los bajeles, y procurase alargar la obra » cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese la tar» danza sin que pareciese dilacion. » Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que le trajesen algun socorro de gente, ó por lo ménos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera-Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los Mejicanos : admirable constancia, que no sólo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulúa diez y ocho navíos extranjeros, y los ministros de aquel paraje se los enviaron pintados en aquellos lienzos que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caractéres en que venia significado lo que se podria recelar de sus intentos, siendo Españoles al parecer, y lle

gando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diésele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores lo que resultó de ella fué llamar luégo á Cortés, ponerle delante la pintura, y decirle: « que ya no sería necesaria la prevencion que se hacia » para su jornada, pues habian llegado á la costa bajeles » de su nacion en que podria ejecutarla. » Miró Cortés la pintura con más atencion que sobresalto; y aunque no entendió los caractéres que la especificaban, conoció en el traje de la gente, porte y hechura de los navíos, lo bastante para no dudar que fuesen Españoles. Su primer movimiento fué alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto númuero de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entónces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder; y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fué: « que se partiria luégo si aquellos navíos estuvie» sen de vuelta para los dominios de su rey. » Y no extrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabia la incesable diligencia de sus correos, añadió: « que no podia tardar el aviso de los Españoles » que asistian en Zempoala, por cuyo medio se sabrian con » fundamento la derrota y designios de aquella gente, y » se veria si era necesario proseguir en la fábrica de los » bajeles, ó posible adelantar sin ellos su viage. » Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud y conociendo la razon. Pero tardaron poco en llegar las cartas de la Vera-Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval: « que » aquellos bajeles eran de Diego Velázquez, y venian en » ellos ochocientos Españoles contra Hernan Cortés y su » conquista; » cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible: angustias por todas partes: desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma, endulzó

la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPÍTULO V.

Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velázquez para destruir á Hernan Cortés: el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los Españoles de la Vera-Cruz.

Dejamos á Diejo Velázquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés, y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado Benito Martin, su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no sólo de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las Indias, obispo de Búrgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortés. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con que los oyó el emperador en Tordesillas; del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dándola el primer lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente, y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar más, en los más poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion más empeñada ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el traje de justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés, y aunque no le pesaba

de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian, tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador; y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de aprensiones trató luégo de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortés y á cuantos le seguian : compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla, visitando las estancias de los Españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio : partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entónces (así lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que salieron de Cuba fugitivos para no dejar en duda su falta de valor; con cuyas esperanzas y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un ejército. que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narbaez, natural de Valladolid, sujeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándose gobernador, cuando ménos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba : « « que procurase prender á Cortés; y se le remitiese con » buena guardia para que recibiese de su mano el castigo » que merecia : que hiciese lo mismo con la gente princi» pal que le seguia si no se redujesen á dejar su partido, » y que tomase posesion en su nombre de todo lo con» quistado, adjudicándolo al distrito de su adelantamiento; » sin detenerse mucho á discurrir en los acciden-

tes que se le podian ofrecer, porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le proponia su deseo y la confianza; vicio familiar de ingenios apasionados que ó mira desde léjos los peligros, ó no conoce, hasta que las padece, las dificultades.

Tuvieron aviso de este movimiento y prevenciones los religiosos de San Gerónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego Velázquez: y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba, mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada, y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so color de pertenecerle por cualquiera razon ó pretexto que fuese; y dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo, y siete poco más que bergantines, unos y otros de buena calidad; y Diego Velázquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer
« lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, in
» teresados ya en defender sus mismas utilidades los solda-
» dos que le seguian : el daño que podria resultar de que
» viesen aquellos Indios belicosos y recien conquistados
» una guerra civil entre los Españoles; que si por esta de-
» sunion se perdiese una conquista, de que ya se hacía
» tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un
» cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los
» que más le favorecian. » Púsose de parte de su justicia
» para persuadirle á que la pidiese, donde se miraria con

» diferente atencion, si no la desacreditase con aquella violencia. » Y últimamente, viéndole incapaz de consejo porque le parecia impraticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se lashizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion, porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer snperior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viaje con apariencias de curiosidad, á que salió fácilmente Diego Velázquez porque llegase más tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos: resolucion que, bien fuese de su dictámen ó procediese de suinstruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos Españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que sería más fácil de conseguir léjos de Diego Velázquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narbez, y aunque fué su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer [alabanza su celo y su discurso : que los sucesos por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andres de Duero, aquel secretario de Velázquez que favoreció tanto á Cortés en los principios de su fortuna. Dicen unos qne se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas acordando el beneficio; y otros que fué su intencion mediar con Narbaez y embarazar, en cuanto pudiese, la ruina de su amigo; á cuyo sentír nos aplicaremos ántes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndolos el viento se ha-

llaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulúa, y Pánfilo de Narbaez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron éstos á poca diligencia dos ó tres Españoles que andaban desmandados por aquel paraje. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera-Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortés: sobre cuya noticia fué lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion ménos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenía Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen unas á otras, por cuyo medio supo que venian mucho ántes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo, despues de las primeras urbanida des, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de Narbaez á tomar satisfaccion por Diego Velázquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego exterior: « que Pánfilo de Narbaez era su amigo, y tan atento va-
» sallo de su rey, que sólo desearia lo que fuese más con-

» veniente á su servicio : que la ocurrencia de las cosas y
» el mismo estado en que se hallaba la conquista pedian
» que se uniesen sus fuerzas con las de Cortés, y le ayu-
» dasen á perfeccionar lo que tenía tan adelantado, tra-
» tándose primero de la primera obligacion, pues no se
» hizo el tribunal de las armas para querellas de particu-
» lares; pero que dado caso que anteponiendo el interes
» ó la venganza de su amigo se arrojase á intentar alguna
» violencia contra Hernan Cortés, tuviese desde luégo en-
» tendido que asi él como todos los soldados de aquella
» plaza querrian ántes morir á su lado, que concurrir á
» semejante desalumbramiento. »

Sintió el clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y más acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorrumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés, llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval, y cuantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo ménos la razon por qué le sufrian; pero él, levantando la voz sin mudar el estilo, mandó al escribano : « que hiciese notorias las órdenes que » llevaba para que supiesen todos que habian de obedecer » á Narbaez, pena de la vida; » y no pudo lograr esta diligencia porque la embarazó Gonzalo de Sandoval, diciendo al escribano que le haria poner en una horca si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbaez, resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan Cortés, ó procurase reducirlos; y lo ejecutó sin delacion, haciendo prevenir Indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fué con ellos por cabo de la guardia un Español de su confianza que se llamaba Pedro de Solís : encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino : despachó correo adelantando á Cortés esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los Indios

migos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto e tocaba, como advertido y cuidadoso capitan.

CAPÍTULO VI

Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en órden á excusar le rompimiento; introduce tratados de paz: no los admite Narbaez; ántes publica la guerra, y prende al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon.

De todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés frecuentes avisos que hicieron evidencia su recelo; y poco despues supo que habia tomado tierra Pánfilo de Narbaez, y marchaba con su ejército en órden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos dias con su mismo discurso, vario en los medios y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedase mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narbaez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado à dejar en Méjico parte de su gente para cubrir el cuartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad era revolver los humores sediciosos de que adolecian ya los Mejicanos, darles ocasion para que se armasen con pretexto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas: introducir pláticas de paz con Narbaez y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo más conveniente, le pareció lo más dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad; á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desairado medianero. Poniasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dejando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos Españoles eran vasallos de su rey que traerian segunda embajada en prosecucion de la primera: que venian con ejército por costumbre de su nacion: que procuraria disponer que se volviesen, y se volveria con ellos pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dejado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia Decíales que Narbaez era su amigo, y hombre de tantas obligaciones y de tan buena capacidad, que no dejaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del rey á los intereses de un particular: que Diego Velázquez habia despoblado la isla de Cuba para disponer su venganza, y á su parecer les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista: porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos. Con sus capitanes andaba ménos recatado; comunicábales parte de sus recelos, discurria como de prevencion en los accidentes que se podian ofrecer; ponderaba la poca milicia de Narbaez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa, y otros motivos de consuelo en que trabajaba tambien su disimulacion, dándoles en la verdad más esperanzas que tenía.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante consecuencia, y disponiendo que le aconsejasen lo que tenía por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narbaez, que no se pudiese negar á ellos sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad. Avisó á sus amigos los de Tlascala que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una faccion en que sería posible haberlos menester. Ordenó al cabo de tres ó cuatro soldados españoles que andaban en la provincia de Chinantla descubriendo las minas de aquel paraje, que procurase disponer con los caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos al primer aviso. Eran les Chinantecas enemigos de los Mejicanos, y se habian declarado con grande afecto

por los Españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia; gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su ejército; y acordándose de haber oido alabar las picas ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le trajesen luégo trescientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado que suplia bastantemente la falta del hierro: prevencion que adelantó á las demas porque le daba cuidado la caballeria de Narbaez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo de ellas á los Españoles.

Llegó entretanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval: avisó á Cortès, y esperó su órden ántes de entrar en la laguna. Pero él que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con más que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones: abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Díjole: « que castigaria á Gonzalo de San» doval la desatencion de no respetar como debia su per» sona y dignidad. Llevóle á su cuarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con bien adornada exterioridad « cuánto celebraba la dicha de tener á Pánfilo de Nar» baez en aquella tierra, por lo que se prometia de su » amistad y antiguas obligaciones. » Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los Españoles. Púsole donde viese los favores que le hacía Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narbaez, los despachó dentro de cuatro dias inclinados á su razon y cautivos de su liberalidad.

Hecha esta primorosa diligencia, y dejando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narbaez los medios que parecian praticables y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al padre fray Bartolomé de Olmedo, en quien concur-

rian con ventajas conocidas la elocuencia y la autoridad. Abrevió cuanto fué posible su despacho, y le dió cartas para Narbaez, para el licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, y para el secretario Andrés de Duero con diferentes joyas que repartiese, conforme al dictámen de su prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narbaez le daba la bien venida con palabras de toda estimacion; y despues de acordarle su amistad y confianza, « le » informaba el estado en que tenía su conquista, descubrién- » dole por mayor las provincias que habia sujetado, la » sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y gran- » dezas de Motezuma. » No tanto para encarecer su hazaña, como para traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender « cuánto se debia recelar que » los Mejicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á » conocer discordia entre los Españoles, porque sabrian » aprovecharse de la ocasion y destruir ambos partidos » para sacudir el yugo forastero. » Y últimamente le » decia : « que para excusar lances y disputas convendria » que sin más dilacion le hiciese notorias las órdenes que » llevaba; porque si eran del rey estaba pronto á obede- » cerlas, dejando en sus manos el baston y el ejército de » su cargo; pero si eran de Diego Velázquez debian ambos » considerar con igual atencion lo que aventuraban; por- » que á vista de una dependencia, en que se interponia la » causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un » vasallo, que se podrian ajustar á ménos costa, siendo » su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer avío, y » partir con él no solamente las riquezas, sino la misma » gloria de la conquista. » En este sentir concluyó su carta; y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender « que no se valia de la razon porque le » faltasen las manos; y que de la misma suerte que sabia ponderarla, sabria defenderla. »

Tenía Pántilo de Narbaez asentado su cuartel y alojado su ejército en Zempoala; y el cacique gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos Españoles, creyendo que

venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenían enseñado los primeros; y aunque no traian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narbaez un género de imperiosa desazon que le puso en cuidado, y no le quedó que dudar cuando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dejado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el ejemplo de su capitan, trataban à sus huéspedes como enemigos, y ejecutaba la extorsion lo que mandaba la codicia.

Llegó el licenciado Guevara y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuán bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella corte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos : encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado : empezó á discurrir en lo que deseaba, que no se llegase á conocer discordia entre los Españoles, inclinándose al ajustamiento ; y no pudo proseguir porque le atajó Narbaez diciéndole que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que más importaba la diligencia de Cortés : porque algunos se inclinaron á su razon : otros á su liberalidad, quedando todos aficionados á la paz, y llegando los más á tener por sospechosa la dureza de Narbaez.

Poco despues vino el padre fray Bartolomé de Olmedo, y halló en Pánfilo de Narbaez más entereza que agasajo. Puso en sus manos la carta, leyóla por cumplimiento, y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el embajador. Fué la oracion del religioso elocuente y sustancial. Acordó en el exordio « las obligaciones de su pro- » fesion para introducirse á medianero desinteresado en » aquellas diferencias. » Procuró « sincerar el ánimo de » Cortés, como testigo de vista obligado á la verdad. »

Asentó « que por su parte sería fácil de conseguir cuanto » se le propusiese razonable y conveniente : » pondreó « lo » que se aventuraba en la desunion de los Españoles : » cuanto adelantaria Diego Velázquez su derecho si coo» perase con aquellas armas á la perfeccion de la con» quista ; » y añadió : « que teniéndolas él á su disposi» cion debia medir el uso de ellas con el estado presente de » las cosas ; punto que vendria presupuesto en su instruc» cion : pues se dejaba siempre á la prudencia de los ca» pitanes el arbitrio de los médios con que se habia de » asegurar el pretendido ; y ellos estaban obligados á obrar » segun el tiempo y sus accidentes, para no destruir con » la ejecucion el intento de las órdenes. »

La respuesta de Narbaez fué precipitada y descompuesta : « que no era decente á Diego Velázquez el pactar » con un súbdito rebelde cuyo castigo era el primer nego» cio de aquel ejército : que mandaria luégo declarar por » traidores á cuantos le siguiesen ; y que traia bastantes » fuerzas para quitarle de las manos la conquista, sin » necesitar de advertencias presumidas ó consejos de » culpados que se valian para persuadirle de la razon » con que se hallaban para temerle. » Replicóle fray Barlolomé sin dejar su moderacion : « que mirase bien » lo que determinaba, porque ántes de llegar á Méjico » habia provincias enteras de Indios guerreros amigos » de Cortés que tomarian las armas en su defensa ; y que » no era tan fácil como pensaba el atropellarle ; porque » sus Españoles estaban arrestados á perderse con él, y » que tenía de su parte á Motezuma, príncipe de tantas » fuerzas que podria juntar un ejército para cada uno de » sus soldados ; y últimamente, que una materia de » aquella calidad no era para resuelta de la primera vez ; » que la discurriese con segunda reflexion, y él volviera » por la respuesta. » Con lo cual se despidió, dejando en sus oidos este género de animosidad, porque le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luégo á ejecutar las otras diligencias de su intruccion. Visitó al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon y al

secretario Andrés de Duero que alabaron su celo, aprobando lo que propuso á Narbaez, y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles, para que consiguiese la paz que tanto convenia. Dejóse ver de los capitanes y soldados que conocia : publicó su comision : procuró acreditar la intencion de Cortés : hizo desear el ajustamiento : repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas ; y pudo esperar que se formase partido á favor de Cortés, ó por lo ménos á favor de la paz, si Pánfilo de Narbaez, que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandóle venir á su presencia y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso : calificó por especie de traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés ; y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera ejecutado si no se interpusiera el secretario Andrés de Duero ; á cuya instancia corrigió su dictámen ordenando que saliese luégo de Zempoala.

Pero el licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazon, fué de sentir que se debia convocar ántes una junta en que se hallasen todos los cabos del ejército para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclínado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegase á poner en términos proporcionados y decentes ; á cuya proposicion se inclinaban algunos de los capitanes que se hallaron presentes ; pero Narbaez la oyó con un género de impaciencia que tocaba en desprecio : y para responder de una vez al oidor y al religioso, mandó publicar á sus oidos con voz de pregonero la guerra contra Hernan Cortés á sangre y fuego, declarándole por traidor al rey, señalando talla para quien le prendiese ó matase y dando las órdenes para que se previniese la marcha del ejército.

No pudo ni debió aquel ministro sufrir ó tolerar semejante desacato, ni dejar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones : hízole notificar « que no se moviese de Zempoala pena de la vida, ni usase » de aquellas armas sin acuerdo y parecer de todo el

» ejército : » ordenó á los capitanes y soldados que no le obedeciesen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narbaez, ciego ya de cólera y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luégo á la isla de Cuba en uno de sus bajeles : de cuya ejecucion volvió escandalizado el padre fray Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta ; y lo quedaron tanto sus mismos capitanes y soldados, que los de mayor discurso viendo prender á un ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del rey ; y los de ménos punto con bastante materia para la murmuracion y el desafecto á su capitan ; mejorándose con este atrevimiento de Narbaez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviéndole como diligencias suyas los mismos desaciertos de su enemigo.

CAPÍTULO VII

Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los Españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narbaez : resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente.

Asientan algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narbaez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma : que iban y venian correos de Méjico á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que traía comision de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés : que no sólo él, sino todos los que seguian sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia; y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luégo de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios ; con otras imposturas de semejante malignidad ; á cuyas esperanzas dicen no sólo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizó grandes presentes, recatándose de Cortés, y descande rom-

per su prision con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar á sus oidos estas sugestiones; porque Narbaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los Indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguage de las señas tan concertada negociacion. De sus Españoles sólo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas que remitió Sandoval, y éstos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los Indios zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros: porque no es dudable que la tuvo ántes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion se arguye que tenía el ánimo seguro, y sin algua preocupacion de siniestros informes [1].

1. Los argumentos que hace Solis para probar que no mediaron inteligencias entre Motezuma y Pánfilo de Narbaez, no demuestran suficientemente que no existiesen aquéllas. Lisonjeado el príncipe con la oferta que Narbaez le hacia de su próxima libertad y de ver desembarazada de Españoles su tierra, dificilmente podia haber resistido al deseo de concertar los medios de ver realizada su esperanza. Ni se debe suponer tampoco tal escasez de lenguas ó intérpretes que Narbaez careciese absolutamente de ellos; siendo más ajustado á razon el dar por supuesto que habiéndose de entender en negocio tan árduo con los naturales del pais para interesarlos en su partido, forzosamente habia de procurarse ese medio único de comunicacion para las negociaciones. Solis no debia ignorar tampoco que á Cortés se le desertaron tres soldados que se fueron con Narbaez, los cuales sirvieron efectivamente de intérpretes, segun lo asegura Bernal Diaz en el capítulo 110 de su historia. Por último, las palabras de Cortés á Cárlos V, dichas con el fin de buscar en ellas pretextos para nuevos procedimientos contra Motezuma, no dejan duda de que éste tuvo alguna secreta comunicacion con Narbaez, aun cuándo por su timidez se suponga no haber sido ni muy declarada, ni haber omitido tampoco el riguroso sigilo.

He aquí como se expresa Cortés: « E tambien me dijo, como » habia hallado con el dicho Narbaez á un señor natural de esta » tierra, vasallo del dicho Motezuma: y que le tenía por gober» nador suyo en toda su tierra de los puertos hácia la costa de la

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narbaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos príncipes solian usar este género de agasajo con los extranjeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer ménos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narbaez más complacen-

» Mar : y que supo que al dicho Narbaez le habia hablado de » parte del dicho Motezuma, y dádole ciertas joyas de oro : y el » dicho Narbaez le habia dado tambien á él ciertas cosillas : y que » supo que habia despachado de alli ciertos mensajeros para el » dicho Motezuma, y enviado á le decir, que él le soltaria, y que » venia á prenderme á mi y á todos los de mi compañía, é irse » luégo, y dejar la tierra : y que él no queria oro, sino preso yo, » y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra, y sus » naturales de ella en su libertad..... » Y prosigue diciendo luégo : « Y no queriendo yo, ni los de mi compañia tenerle por » capitan, y justicia en nombre de dicho Diego Velázquez, venir » contra nosotros, y tomarnos por guerra : y que para ello estaba » confederado con los naturales de la tierra, en especial con el » dicho Motezuma, por sus mensajeros : y como yo viese tan » manifiesto el daño, y deservicio, que á vuestra Majesdad de lo » susodicho se podia seguir, etc. »

El lector juzgará del valor que debe darse á los hechos indicados en esa narracion de Cortés al lado de las observaciones de Solís. Herrera, á quien éste sigue con más fidelidad que á ningun otro historiador de América, se extiende á dar largos pormenores de la empresa de Narbaez y de su inteligencia con Motezuma : y hablando de la notificacion que el clérigo Guevara hizo á Sandoval para que entregara á Narbaez la fortaleza de Vera-Cruz, dice que fué acompañado de seis Españoles y *algunos* Indios venidos de Cuba, lo mismo que refiere Bernal Diaz del Castillo de quien aquel lo tomó. Este dato indica tambien que entre esos Indios habria alguno de las costas del continente que conociese el dialecto de los Mejicanos, poco diferente del de las demas provincias y bastante conocido ademas por el vasallage que rendian á Motezuma : lo cual corrobora el juicio que ántes hemos formado acerca de la indispensable necesidad que tuvo Narbaez de proveerse de algun intérprete para entablar comunicaciones con los habitantes del pais por donde habia de penetrar.

cia ó más aplicacion que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que más favorecia; y los soldados, que no conocen su avarícia cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas; y poniendo el propio interés entre las causas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al ménos generoso

Volvió finalmente de su jornada fray Bartolomé de Olmedo, y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que recelaba de Narbaez : sintió el desprecio de sus proposiciones, ménos por sí que por su razon, conoció en la prision del oidor cuán léjos estaba de atender al servicio del rey quien traía tan desenfrenada la osadía : oyó sin enojo, á lo ménos exterior, las injurias y denuestos con que maltrataba sus ausencias, y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y cuanto le repetia el oprobio de traidor, no se le oyó jamas una palabra descompuesta, ni dejar de llamar á Pánfilo de Narbaez por su nombre : ¡rara constancia ó predominio sobre sus pasiones, y digno siempre de envidia un corazon donde caben los agravios sin estorbar el sufrimiento !

Consolóle mucho con la noticia que le dió fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narbaez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traerle al ajustamiento que deseaba, con la fuerza, ó con la flojedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus capitanes, y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrian, se tuvo por el menor ó el ménos aventurado salir á la campaña con el mayor número de gente que fuese posible, procurar incorporarse con los Indios que se habian prevenido en Tlascala y Chinantla, y marchar unidos la vuelta de Zempoala; con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde más cerca las pláticas de la paz; logrando la ventaja de capitular con las

armas en la mano, y la conveniencia de asistir en paraje donde se pudiese recoger la gente de Narbaez, que se determinase á dejar su partido. Publicóse luégo entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegría. No ignoraban la desigualdad incomparable del ejército contrário; pero estuvieron á vista del peligro tan léjos del temor, que los de ménos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa, y fué necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, cuando llegó el caso de nombrar á los que se dejaron en Méjico : tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los más en la fortuna de su capitan, que asi llamaban aquella repeticion extraordinaria de sucesos favorables con que soia conseguir cuanto intentaba : propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados; y pudiera más, si supieran retribuir á su autor estos efectos inopinados que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Pasó luégo Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, prevenido ya de varios pretextos, para darle cuenta de su viaje, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso; dando principio á la conversacion. Recibiólc diciendo : « que habia reparado » en que andaba cuidadoso; y sentia que le hubiese recatado la ocasion, cuando por diferentes partes le avisaban que venía de mal ánimo contra él y contra los suyos, » aquel capitan de su nacion que residía en Zempoala; y » que no extrañaba tanto que fuesen enemigos por alguna » querella particular, como que siendo vasallos de un mismo » rey, acaudillasen dos ejércitos de contrária faccion, en los » cuales era preciso que por lo ménos el uno anduviese » fuera de su obediencia. » Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que tenía fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés; y no dejaron de turbarle interiormente : pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos, le respondió sin detenerse : « que los que habian observado la mala » voluntad de aquella gente, y las amenazas imprudentes » de su caudillo, le avisaban la verdad; y él venía cor

» ánimo de comunicársela, no habiendo podido cumplir
» ántes con esta obligacion, porque acababa de llegar el
» padre fray Bartolomé de Olmedo con el primer aviso
» de semejante novedad. Que aquel capitan de su nacion,
» aunque tan arrojado en las demostraciones de su enojo,
» no se debia mirar como inobediente, sino como engañado
» en el servicio de su rey; porque venía despachado con
» voces de substituto y lugar-teniente de un gobernador
» poco advertido, que por residir en provincia muy dis-
» tante no sabia las últimas resoluciones de la corte, y
» estaba persuadido á que le tocaba por su puesto la fun-
» cion de aquella embajada. Pero que todo el aparato de
» tan frívola pretension se desvaneceria fácilmente, sin
» más diligencia que manifestarle sus despachos, en cuya
» virtud se hallaba con plena jurisdiccion para que le obe-
» deciesen todos los capitanes y soldados que se dejasen
» ver en aquellas costas : y ántes que pasase á mayor em-
» peño su ceguedad, habia resuelto marchar à Zempoala
» con parte de su gente, para disponer que se volviesen á
» embarcar aquellos Españoles, y darles á entender que ya
» debian respetar los pueblos del imperio mejicano, como
» admitidos á la proteccion de su rey; lo cual ejecutaria
» luégo : siendo el principal motivo de abreviar su jor-
» nada la justa consideracion de no permitir que se acer-
» casen á su corte, por componerse aquel ejército de gente
» ménos atenta, y ménos corregida que fuera razon, para
» fiarse de su vecindad, sin riesgo de que pudiesen oca-
» sionar alguna turbacion entre sus vasallos. »

Asi procuró interesarle como pudo en su resolucion ; y Motezuma, que sabia ya las vejaciones de que se quejaban los Zempoales, alabó su atencion, teniendo por conveniente que se procurase apartar de su corte aquellos soldados de tan violento proceder : pero le pareció temeridad que habiéndose ya declarado por sus enemigos, y hallándose con fuerzas tan superiores á las suyas, se aventurase á la contingencia de que no le atendiesen ó le atropellasen. Ofrecióle formar ejército que le guardase las espaldas, cuyos cabos irian á su órden, y la llevarian de obedecerle y respetarle como á su misma persona : punto

que procuró esforzar con diferentes instancias, en que se dejaba conocer el afecto sin alguna mezcla de afectacion: pero Hernan Cortés agradeció la oferta, y se defendió de admitirla; porque á la verdad fiaba poco de los Mejicanos, y no quiso incurrir en el desacierto de admitir armas auxiliares que le pudiesen dominar: como quien sabía cuánto embaraza en las facciones de la guerra tener á un tiempo empeñada la frente, y el lado receloso.

Suavizados en esta forma los motivos de su viaje, dió todo el cuidado á las demás prevenciones, con ánimo de volver á sus inteligencias ántes que se moviese Narbaez. Resolvió dejar en Méjico hasta ochenta Españoles á cargo de Pedro de Alvarado, que pareció á todos más á propósito, porque tenía el afecto de Motezuma; y sobre ser capitan de valor y entendimiento, le ayudaban mucho la cortesanía y el despejo natural, para no ceder á las dificultades y pedir al ingenio lo que faltase á las fuerzas. Encargóle que procurase mantener á Motezuma en aquella especie de libertad que le hacía desconocer su prision; resistiendo cuanto fuese posible que se estrechase á pláticas secretas con los Mejicanos: dejó á su cargo el tesoro del rey y de los particulares, y sobre todo le advirtió « cuánto importaba conservar aquel pié de su ejército en » la corte, y aquel príncipe á su devocion: » presupuestos á que debia encaminar sus operaciones con igual vigilancia, por consistir en ellos la comun seguridad.

Á los soldados ordenó « que obedeciesen á su capitan, » que sirviesen y respetasen con mayor solicitud y rendi» miento á Motezuma, que corriesen de buena conformidad » con su familia y los de su cortejo, » exhortándoles por su misma seguridad á la union entre sí, y á la modestia con los demas.

Despachó correo á Gonzalo de Sandoval, ordenándole que le saliese á recibir, ó le esperase con los Españoles de su cargo en el paraje donde pensaba detenerse, y que dejase la fortaleza de la Vera-Cruz á la confianza de los confederados, que sería poco ménos que abandonarla; porque ya no era tiempo de mantenerse desunidos, ni aquella fortificacion que se fabricaba contra los Indios, era capaz

de resistir á los Españoles. Previno los víveres que parecieron necesarios, para no ir á la providencia ó á la extorsion de los paisanos : hizo juntar los Indios de carga que habian de conducir el bagaje; y tomando la mañana el dia de la marcha, dispuso que se dijese una misa del Espíritu Santo, y que la oyesen todos sus soldados, y encomendasen á Dios el buen suceso de aquella jornada: protestando en presencia del altar que sólo deseaba su servicio y el de su rey, inseparables en aquella ocurrencia; y que iba sin odio ni ambicion, puesta la mira en ambas obligaciones, y asegurado en lo mismo que abogaba por él la justicicia de su causa.

Entró luégo á despedirse de Motezuma, y le pidió con encarecimiento « que cuidase de aquellos pocos Españoles » que dejaba en su compañía, que no los desamparase, ó » descubriese con apartarse de ellos, porque de cualquiera » mudanza ó ménos gratitud que reconociesen los suyos, » podian resultar graves inconvenientes que pidiesen gra- » ves remedios; y que sentiria mucho hallarse obligado á » volver quejoso, cuando iba tan reconocido : á que aña- » dió : que Pedro de Alvarado quedaba substituyendo su » persona ; y así, como le tocaban en su ausencia las pre- » rogativas de embajador, dejaba en él su misma obliga- » cion de asistir en todo á su mayor servicio ; y que no des- » confiaba de volver con mucha brevedad á su presencia, » libre de aquel embarazo, para recibir sus órdenes, » disponer su viaje, y llevar al emperader con sus pre- » sentes la noticia de su amistad y confederacion, que » sería la joya de su mayor aprecio. »

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle « que si necesitase de las » armas para dar á entender su razon, procurase dilatar » el rompimiento hasta que llegasen los socorros de su » gente, que tendria prontos en el número que los pidiese. » Dióle palabra de no desamparar á los Españoles que » dejaba con Pedro de Alvarado, ni hacer mudanza en su » habitacion pendiente su ausencia. » Y añade Antonio de Herrera que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su corte; pero atribuye, con malicia volunta-

ría, esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los Españoles, suponiéndole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés y contra los suyos. Lo que vemos es que cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento, y en su primera benignidad, por más que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los Españoles que le asistian, como en lo que dejó de obrar contra los demas en esta desunion de sus fuerzas, se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intencion.

CAPÍTULO VIII

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continúa su viaje hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.

Dióse principio á la marcha, y se fué siguiendo el camino de Cholula con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad, y abrazaba fácilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De allí pasaron á Tlascala, y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la nobleza y el senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegría, correspondientes al nuevo mérito con que volvian los Españoles por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los Mejicanos: circunstancia que multiplicó entónces los aplausos, y mejoró las asistencias. Juntóse luégo el senado para tratar de la respuesta que se debia dar á Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren con frecuente infe-

ticidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abrace lo más verosímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió cuatro mil hombres, y que se los negaron con pretexto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra Españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego: y Antonio de Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número, los cuales refiere que se agregaron á las compañías de los Españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear léjos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los Tlascaltecas en esta faccion: pidiólos Hernan Cortés, más por hacer ruido á Narbaez, que porque se fiase de sus armas, ni fuese de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles: pero tambien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya ni desconfianza de los Tlascaltecas; porque los buscó despues, y los halló cuando los hubo menester contra otros indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los Mejicanos, tan cerca de su corte, y en tiempo de un príncipe que tenía su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detúvose poco el ejército en Tlascala, y alargando los tránsitos, pasó á Matalequita, lugar de Indios amigos, distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados más, que se pasaron á la Vera-Cruz del ejército de Narbaez el dia siguiente á la prision del oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés cuanto pasaba en el cuartel de su enemigo, y Gonzalo de Sandoval le dió mas frescas noticias de todo, porque ántes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los Indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Éstos se desnudaron con alegre solicitud, y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron

al amanecer en Zempoala con dos banastas de fruta sobre la cabeza; y puestos entre los demas que manejaban este género de grangería, la fueron trocando á cuenta de vidrio, tan díestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban: pero no contentos con esta diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con qué género de guardias pasaba la noche aquel ejército volvieron á entrar con segunda carga de yerba entre algunos indios que salian á forragear; y no sólo reconocieron la poca vigilancia del cuartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera-Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza, sin que hubiese quien se lo embarazase; y acertó á ser del capitan Salvatierra, uno de los que mas irritaban á Narbaez contra Hernan Cortés: circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos exploradores por su fama cuanto cupo en la industria y el valor; y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien ejecutada, y en una historia donde se hallan á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente; y el descuído con que gobernaba su cuartel Pánfilo de Narbaez, le traía varios designios á la imaginacion: podia nacer de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y así lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas que produjesen aquella seguridad en el ejército contrário, la cual favorecia su intento, y á su parecer militaba de su parte, en que discurria sobre buenos principios; siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos capitanes.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos sesenta y seis Españoles inclusos los oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los Indios de carga que fueron necesarios para el bagage. Despachó segunda vez al padre fray Bartolomé de Olmedo, para que volviese á porfiar en el ajustamiento, y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo más por la razon, ó ganar algun tiempo

en que pudiesen llegar los dos mil Indios que aguardaba de Chinantla, determinó enviar al capitan Juan Velázquez de Leon, creyendo que por su autoridad y por el parentesco de Diego Velázquez sería mejor admitida su mediacion. Tenía experimentada su fidelidad, y pocos dias ántes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narbaez, llamándole á su partido con grandes conveniencias: demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entónces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Creyeron todos cuando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente : y Narbaez salió á recibirle con grande alborozo; pero cuando llegó á entender su comision, y conoció que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento, y se apartó de él con alguna desazon, aunque no sin esperanzas de reducirle; porque ántes de volver á la plática ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente, deseando al parecer atemorizarle, ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas, Aconsejáronle algunos que le prendiese, pero no se atrevió, porque tenía muchos amigos en aquel ejército: ántes le convidó á comer el dia siguiente, y convidó tambien á los capitanes de su confidencia, para que le ayudasen á persuadirle. Diéronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion; pero á breve rato se introdujo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete, y aunque procuró disimular Juan Velázquez por no destruir el negocio de su cargo, pasando á términos indecentes la irrision y el desacato, no se pudo contener en el desaire de su paciencia, y dijo en voz alta y descompuesta : « que pasasen á otra » plática, porque delante de un hombre como él no debian » tratar como ausente á su capitan; y que cualquiera de» ellos que no tuviese á Cortés y á cuantos le seguian por » buenos vasallos del rey, se lo dijese con ménos testigos, » y le desengañaria como quisiese. » Callaron todos, y calló Pánfilo de Narbaez, como embarazado en la dificultad de la respuesta; pero un capitan mozo, sobrino de

Diego Velázquez, y de su mismo nombre, se adelantó á decirle: « que no tenía sangre de Velázquez, ó la tenía indig- » namente quien apadrinaba con tanto empeño la causa de un traidor: » á que respondió Juan Velázquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y últimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luégo, llevándose consigo al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo, al partir, algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedaron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narbaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian: « que una persona de aquella suposicion y autoridad, se » debia tratar con otro género de atencion: que de su » juicio y entereza no se podia creer que hubiese venido » con proposiciones descaminadas, ó ménos razonables: » que las puntualidades de la guerra nunca llegaban á » impedir la franqueza de los oidos; ni era buena polí- » tica, ó buen camino de poner en cuidado al enemigo, » darle á entender que se temia su razon: » discursos que pasaron de los capitanes á los soldados, con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pánfilo de Narbaez necesitó para sosegarlos de nombrar persona que fuese á disculpar en su nombre y el de todos aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué punto se reducia la comision de Juan Velázquez de Leon; para cuya diligencia eligieron él y los suyos al secretario Andrés de Duero, que por ménos apasionado contra Hernan Cortés, pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velázquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorbar el ajustamiento.

Hernan Cortés entretanto, con las noticias que llevaron fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobrada-

mente con las diligencias de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse más, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los chinantecas, y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volvieron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el secretario Andrés de Duero; y Hernan Cortés, no sin esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demostracion de su afecto: renováronse con los abrazos, ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad: concurrieron al aplauso de su venida todos les capitanes, y ántes de llegar á lo inmediato de la negociacion, le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer, y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios, en órden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbaez, cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dejaria la empresa de Méjico, y se apartaria con los suyos á otras conquistas: y Andrés de Duero, viéndole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciéndole que podria conseguir de Narbaez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba órden para introducir esta plática: otros que fué pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luégo que volvió Andrés de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia, y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con sólos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andrés de Dueso que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por

otros confidentes) le obligó á darse por entendido con Narbaez de que habia descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio.

CAPÍTULO IX

Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narbaez: sobreviene una tempestad y se retira: con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

Quedó Hernan Cortés más animoso que irritado con esta última sinrazon de Narbaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su ejército ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en más que ordinaria diligencia, no por que tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en paraje defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera-Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones: bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol, y proligidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrário, donde tenía ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto y las cortas experiencias de Narbaez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narbaez la noticia del paraje donde se hallaba su enemigo; y más apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública : señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés : puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de Leon : mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo : mezclábanse las órdenes con las amenazas : y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, ménos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto : persuadiéndose á que venía tan desalumbrado que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza : conceder el pillage á los soldados : enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes; y hablar más en la victoria que en la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel : en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbaez, que sentia tambien su incomodidad, faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco ántes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa conjeturaron que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto ménos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narbaez que su ejército se desuniese aquella noche; más porque discurrió en salir temprano á la cam-

paña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque áfectó por lo demás el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz; á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas; y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan léjos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luégo Andrés de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; más por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenía premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde léjos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin más dilacion, y la puso en órden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puer-

tas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los torreones del adoratorio · ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podian ser asaltados ántes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no sólo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion, « esta » noche, prosiguió diciendo con nuevo fervor, esta noche, » amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor » ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: veréis ahora » lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro » mismo valor hace grandes mis intentos. Poco há que » aguardábamos á nuestros enemigos con esperanzas de » vencerlos al reparo de esa ribera : ya los tenemos descui- » dados y desunidos, militando por nosotros el mismo des- » precio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa » con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores » de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige » como estarán en el sosiego unos hombres que le busca- » ron con flojedad y le disfrutan sin recelo. Narbaez en- » tiende poco de las puntualidades á que obligan las con- » tingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte » son visoños, gente de la primera ocasion que no ha me- » nester la noche para moverse con desacierto y ceguedad: » muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan: » no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro par- » tido : ni son pocos los que aborrecen como voluntario » este rompimiento ; y suelen pesar los brazos cuando se » mueven contra el dictámen ó contra la voluntad : unos » y otros se deben tratar como enemigos hasta que se de- » claren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros » los traidores. Verdad es que nos asiste la razon : pero » en la guerra es la razon enemiga de los negligentes, y » ordinariamente se quedan con ella los que pueden más. » Á usurparos vienen cuanto habeis adquirido : no aspi- » piran á ménos que hacerse dueños de vuestra libertad, » de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas : suyas » se han de llamar nuestras victorias : suya la tierra que

» habeis conquistado con vuestra sangre : suya la gloria » de vuestras hazañas : y lo peor es que con el mismo pié » que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el » servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra » religion : porque se han de perder si nos pierden; y » siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpa» dos. Á todo se ocurre con que obreis esta noche como » acostumbrais: mejor sabréis ejecutarlo que yo discurrirlo: » alto á las armas y á la costumbre de vencer : Dios y el » rey en el corazon, el pundanor á la vista, y la razon en » las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro, » y entiendo ménos de animar con las palabras que de per» suadir con el ejemplo. »

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narbaez le habian de negar la obediencia : palabras de hombres resueltos que no le sonaron mal, porque hacian al brio más que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con setenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velázquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestro de campo Cristóbal de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andrés de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo, y Bernardino Vázquez de Tapia ; y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóbal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo, de Alburquerque. La órden fué que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería ; dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente : que Cristóbal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al tor-

reon de Narbaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar color y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entónces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luégo fray Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritúal, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero; porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros; ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pascua sucedió esta interpresa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco por que llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase más del enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á ménos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba ménos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales: siendo los engaños que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X

Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia : consigue con las armas la victoria : prende á Narbaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

Habria marchado el ejército de Cortés algo más de media legua cuando volvieron los batidores con una centinela de Narbaez que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que venía poco despues : accidente que destruía el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entónces á seguir el camino derecho, siendo más verosímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro : de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar ántes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos : suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo ménos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demás impedimentos. Pero la centinela que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar ántes y puso en arma el cuartel diciendo á voces que venía el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron más prontos : lleváronle á la presencia de Narbaez, y él despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso, y al que le traía, teniendo por impraticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan obscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbaez, que al parecer perdieron el ca-

mino con la obscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de gardia. ni una centinela en que detenerse. Duraba entónces la disputa de Narbaez con el soldado que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretextos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el átrio superior : unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco ménos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos ántes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luégo á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion : estrechóse á las picas y á las espadas el combate ; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse forcejeando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entónces Christóbal de Olid ; y Hernan Cortés dejando su reten, se arrojó á lo más ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz, á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la úliima grada, y poco más en retirarse desordenadamente, desamparando el átrio y la artilleria. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narbaez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo más recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra sin más aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que más se quisieron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente : con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco ménos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron; y el que poco ántes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no sólo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le poniam más léjos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narbaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y sólo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el rey, y los más atentos por el Espíritu Santo : gritos de alborozo anticipado que ayudaron entónces al terror de los enemigos, y fué circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura que se persuadiesen los más á que traia Cortés un ejército muy poderoso : el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la obscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor

tmaño y resplandor en aquel hemisferio : aprension queó ahizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dej dudosos á los que se animaban : tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés pue cesasen las aclamaciones de la victoria; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones : dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen : ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas : libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas : diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo ántes que el dia, cuya primera luz no estaba léjos, desengañase aquella gente de las fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida : que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apénas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortés sin faltar á la urbanidad, ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demás. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narbaez; y Hernan Cortés que acudia incansablemente á todas partes, y tenía en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narbaez volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna

le dijo : « Tened en mucho, señor capitan, la dicha que » habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero. » A » que le respondió Cortés : De todo, amigo, se deben las » gracias á Dios ; pero sin género de vanidad os puedo ase- » gurar que pongo esta victoria y vuestra prision entre las » cosas menores que se han obrado en esta tierra. ».

Liegó entónces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velázquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas : hízoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería, y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, más para espantar que para ofender. Así lo ejecutaron, y no fué necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar Juan Velázquez de Leon con una escuadra de los suyos : prendieron á los capitanes Salvatierra y Velázquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte sólo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuáles hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitan, y fué mucho mayor el número de los heridos. Narbaez y Salvatierra fueron llevados á la Vera-Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velázquez de Leon Diego Velázquez el mozo ; y aunque le tenía justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo : generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado ántes de amanecer. ¡Notable faccion! en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los deslumbramientos de Narbaez.

Al romper el alba llegaron los dos mil chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narbaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban : dióles el dia con su ignominia en los ojos : vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria : maldecian la confianza de Narbaez : acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia, y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian : pueden sentir su fortuna los perdidosos ; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor : máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno sin fiarse de los demás, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion : dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luégo los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demás. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan : arrojáranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos : dieron todos el nombre haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas : no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba ; y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos Españoles. Fué reconociendo los ánimos ; y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luégo que se les volviesen las armas : accion que resistieron algunos de sus capitanes ; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que más suponian entre aquella gente, y estando allí los chinantecas que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian : aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves

horas con un ejército que pasaba ya de mil Españoles; presos los enemigos de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion; deshecho el último esfuerzo de Velázquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no ménos al valor de sus soldados que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las más veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados [1].

1. En este acontecimiento importante que puso en imminente riesgo la fortuna de Cortés y todo cuanto hasta entónces habia adelantado en la conquista de Nueva España, se manifiestan en todo su esplendor las relevantes cualidades que, como político y como militar, reunia en su persona aquel hombre extraordinario; cuyo arrojo sólo puede medirse por la grandeza misma de los pensamientos que puso en ejecucion. La venida de Pánfilo de Narbaez con fuerzas muy superiores á las suyas, cuando tan crítica era su situacion en medio de un gran pueblo, admirado pero no vencido, rodeado por todas partes de provincias enemigas y belicosas, y mal seguro todavia de la reciente amistad de otros pueblos que fácilmente podian reconocer en la causa comun de todo el pais la salvacion de su independencia; eran por sí mismos suficientes motivos para hacer desmayar otra alma ménos varonil y acendrada que la de Hernan Cortés. Éste negociando un amistoso acontecimiento legal con el imprudente Narbaez, y obligado por último recurso á apelar á la suerte de las armas habiendo de dividir sus escasas fuerzas para conservar su dominacion en Méjico y arriesgar una dudosa batalla en los campos de Zempoala, se muestra tan grande y sublime como mezquinos sus miserables competidores. Miéntras aquél, atento á lo que debia á su rey y á él mismo, procura conservar lo adquirido y combatir valerosamente á sus antagonistas, éstos no escuchando otro acento que el de una ruin venganza, apelan á traidoras asechanzas, al soborno y al engaño, para levantar el país contra el conquistador, aventurando en ello la misma conquista y el honor de las armas españolas: y no satisfechos de la seguridad que su mayor fuerza numérica debia inspirarles, áun conciben la villania de poner á precio las cabezas de Cortés y de sus principales capitanes. Su vergonzosa derrota fué un nuevo baldon para su nombre; y si el

CAPÍTULO XI

Pone Cortés en obediencia la caballeria de Narbaez que andaba en la campaña: recibe noticia de que habian tomado las armas los Mejicanos contra los Españoles que dejó en aquella córte: marcha luégo con su ejército, y entra en ella sin oposicion.

No se dejó ver aquella noche la caballería de Narbaez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo; pero allí se olvidaron todas las reglas de la milicia; y dado el yerro de la negligencia en un capitan, ó se hace ménos extraño lo que se dejó de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valiéronse de los caballos para escapar los que duraron ménos en la ocasion; y á la mañana se tuvo noticia de que andaban incorporados con los batidores que salieron la noche ántes, formando un cuerpo de hasta cuarenta caballos, que discurrian por la campaña con señas de resistir. Dió poco recelo esta novedad, y Hernan Cortés, ántes de pasar á términos de mayor resolucion, nombró al maestre de campo Cristóbal de Olid y al capitan Diego de Ordaz para que fuesen á procurar reducirlos con suavidad, como lo ejecutaron y consiguieron á la primera insinuacion, de que serian admitidos en el ejército con la misma gratitud que sus compañeros: cuyo partido y ejemplar bastó para que viniesen todos á rendirse, y tomar servicio con sus armas y caballos. Tratóse luégo de curar los heridos y alojar á la gente, á que asistieron alegres y oficiosos el cacique y sus zempoales, celebrando la victoria, y disponiendo el hospedaje de sus amigos con un género de

de Narbaez ha pasado hasta nosotros con el sello de la arrogancia necia, el de Diego Velázquez, fautor de tan odiosa tentativa, lleva consigo el de la insaciable codicia ante quien todo lo sacrificaba. El nombre de Cortés brilla en medio de ellos como el astro vespertino entre la densa niebla que viene esparciendo por todas partes la obscuridad de la noche.

regocijo interesado, en que al parecer respiraban de la fatiga y servidumbre antecedente.

No se descuidó Hernan Cortés en asegurarse de la armada : punto esencial en aquella ocurrencia. Despachó sin dilacion al capitan Francisco de Lugo para que hiciese poner en tierra y conducir á la Vera-Cruz las velas, jarcias y timones de todos los bajeles. Ordenó que viniesen á Zempoala los pilotos y marineros de Narbaez, y envió de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los buques, por cuyo cabo fué un maestre que se llamaba Pedro Caballero : bastante ocupacion para que le honrase Bernal Diaz con titulo de almirante de la mar.

Dispuso que se volviesen á su provincia los Chinantecas, agradeciendo el socorro como si hubiera servido ; y despues se dieron algunos dias al descanso de la gente, en los cuales vinieron los pueblos vecinos y caciques del contorno á congratularse con los Españoles buenos, ó teules mansos, que asi llamaban á los de Cortés. Volvieron á revalidar su obediencia y á ofrecer su amistad, acompañando esta demostracion con varios presentes y regalos, de que no poco se admiraban los de Narbaez, empezando á experimentar las mejoras del nuevo partido en el agasajo y seguridad de aquella gente que vieron poco ántes escarmentada y desabrida.

En todo este fervor de sucesos favorables traía Hernan Cortés á Méjico en el corazon : no se apartaba un instante su memoria del riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus Españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le dió Motezuma de no hacer novedad en su ausencia, vínculo desacreditado en la soberana voluntad de los reyes.

Hecho el ánimo á volverse luégo, y no atreviéndose á llevar consigo tanta gente, por no desconfiar á Motezuma, ó remover los humores de su corte, resolvió dividir el ejército, y emplear alguna parte de él en otras conquistas. Nombró á Juan Velázquez de Leon para que fuese con doscientos hombres á pacificar la provincia de Panuco ; y á Diego de Ordaz para que se apartase con otros doscien-

tos á poblar la de Guazacoalco, reservando para sí poco más de seiscientos Españoles : número que le pareció proporcionado para entrar en la corte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de vencedor.

Pero al mismo tiempo que se daba ejecucion á este designio, se ofreció novedad que le obligó á tomar otra senda en sus disposiciones. Llegó carta de Pedro de Alvarado, en que le avisaba « que habian tomado las armas » contra él los Mejicanos ; y á pesar de Motezuma, que » perseveraba todavía en su alojamiento, le combatian » con frecuentes asaltos, y tanto número de gente, que se » perderian sin remedio él y todos los suyos, si no fuesen » socorridos con breveded. » Vino con esta noticia un soldado español, y en su escolta un embajador de Motezuma, cuya representacion fué : « darle á entender que no habia » sido en su mano el reprimir á sus vasallos ; ponerle delante lo que padecia su autoridad con los amotinados ; » asegurarle que no se apartaria de Pedro de Alvarado y » sus Españoles ; y últimamente, llamarle á su corte para » el remedio, » fuese de la misma sedicion, ó fuese del peligro en que se hallaban aquellos Españoles, que uno y otro arguye confianza y sinceridad.

No fué necesario poner en consulta la resolucion que se debia tomar en este caso, porque se adelantó el voto comun de los capitanes y soldados á mirar como empeño inexcusable la jornada, pasando algunos á tener por oportuno y de buen presagio un accidente que les servia de pretexto para excusar la desunion de sus fuerzas, y volver con todo el grueso á la corte : de cuya reduccion debian tomar su principio las demas conquistas. Nombró luégo Hernan Cortés por gobernador de la Vera-Cruz, como teniente de Gonzalo de Sandoval, á Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia y cuidado pudo fiar la seguridad de los prisioneros y la conservacion de los aliados. Hizo que pasase muestra su ejército, y dejando en aquella plaza la guarnicion que pareció necesaria, y bastante seguridad en los bajeles, halló que constaba de mil infantes y cien caballos. Dividióse la marcha en diferentes veredas, por no incomodar los pueblos, ó por facilitar la provision de los vive-

res: señalóse por plaza de armas un paraje conocido cerca de Tlascala, donde pareció que debian entrar unidos y ordenados. Y aunque fueron delante algunos comisarios á tener bastecidos los tránsitos, no bastó su diligencia para que dejasen de padecer los que iban fuera del camino principal algunos ratos de hambre y sed intolerable: fatiga que sufrieron los de Narbaez sin descaecer ni murmurar, siendo aquellos mismos que poco ántes rindieron el sufrimiento á menor inclemencia. Púdose atribuir esta novedad ad ejemplo de los veteranos, ó á las esperanzas que llevaban en el corazon, dejando alguna parte á la diferencia del capitan, cuya opinion suele tener sus influencias ocultas en el valor y en la paciencia de los soldados.

Ántes de partir respondió Hernan Cortés por escrito á Pedro de Alvarado, y por su embajador á Motezuma, dándoles cuenta de su victoria, de su vuelta y del aumento de su ejército; al uno para que se alentase con esperanza de mayor socorro, y al otro para que no extrañase verle con tantas fuerzas cuando los tumultos de su corte le obligaban á no dividirlas. Procuró medir el tiempo con la necesidad; alargó las marchas cuanto pudo; estrechó las horas al descanso, hallándole su actividad en su mismo trabajo. Hizo alguna mansion en la plaza de armas para recoger la gente que venía extraviada; y últimamente llegó á Tlascala en diez y siete de junio con todo el ejército puesto en órden, cuya entrada fué lucida y festejada. Magiscatzin hospedó á Cortés en su casa; los demas hallaron comodidad, obsequio y regalo en su alojamiento. Andaha en los Tlascaltecas mal encubierto el ódio de los Mejicanos con el amor de los Españoles: referian su conspiracion y el aprieto en que se hallaba Pedro de Alvarado, con circunstancias de más afectacion que certidumbre: ponderaban el atrevimiento y la poca fé de aquella nacion, provocando los ánimos á la venganza, y mezclando con poco artificio el avisar y el influir: culpas encarecidas con celo sospechoso, y verdades en boca del enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Resolvió el senado hacer un esfuerzo grande, y convo-

car todas sus milicios para que asistiesen á Cortés en esta ocasion, no sin alguna razon de estado, mejor entendida que recatada; porque deseaban arrimar su interés á la causa del amigo, y servirse de sus fuerzas para destruir de una vez la nacion dominante que tanto aborrecian. Conocióse fácilmente su intencion; y Hernan Cortés, con señas de agradecido y lisonjero, reprimió el orgullo con que se disponian á seguirle, contraponiendo á las instancias del senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian á ser pretextos contra pretextos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus capitanes ó cabos de cuadrillas, los cuales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los Tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los Mejicanos; y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma, ó poner en desesperacion á los rebeldes. Era su intento entrar en Méjico de paz, y ver si podia reducir aquel pueblo con los remedios moderados, sin acordarse por entónces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados, si ya no queria que fuese primero la quietud; por ser dos cosas que se consiguen mal á un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion y el escarmiento de los sediciosos.

Llegó á Méjico dia de San Juan, sin haber hallado en el camino más embarazo que la variedad y discordancia de las noticias. Pasó el ejército la laguna sin oposicion, aunque no faltaron señales que hiciesen novedad en el cuidado. Halláronse deshechos y abrasados los dos bergantines de fábrica española; desiertos los arrabales y el barrio de la entrada; rotos los puentes que servian á la commu-nicacion de las calles, y todo en un silencio que parecia cauteloso: indicios que obligaron á caminar poco á poco, suspendiendo los avances, y ocupando la infantería lo que dejaban reconocido los caballos. Duró este recelo hasta que descubriendo el socorro los Españoles que asistian á Motezuma, levantaron el grito y aseguraron la marcha. Bajó con ellos Pedro de Alvarado á la puerta del alojamiento, y se celebró la comun felicidad con igual regocijo.

Victoreábanse unos á otros en vez de saludarse; todos hablaban y todos se interrumpian; dijeron mucho los brazos y las medias razones: elocuencias del contento, en que significan más las voces que las palabras.

Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copiosa de afectos su alegría, que tocó en exceso, y se llevó tras sí la majestad. Es cierto, y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privacion en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitia Cortés, dejándole salir á sus divertimientos: licentia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia; siendo cierto que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los Españoles en aquella turbacion de su república.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernan Cortés con desabrimiento á esta demostracion de Motezuma: que le torció el rostro, y se retiró á su cuarto sin visitarle, ni dejarse visitar: que dijo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados; y añade, como de propio dictámen, « que por tener con» sigo tantos Españoles, hablaba tan airado y descome» dido. » Términos son de su historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza más en la suya, porque se vale de su misma confesion para comprobar su desacierto con estas palabras: « Muchos han dicho haber oido decir á Her» nando Cortés, que si en llegando visitára á Motezuma, » sus cosas pasáran bien, y que lo dejó estimándole en » poco, por hallarse tan poderoso. » Y trae á este propósito un lugar de Cornelio Tácito, cuya sustancia es, que los sucesos prósperos hacen insolentes á los grandes capitanes. No lo dice así Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada, que pudiera tocarlo para dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviese razon, ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad el crédito que se debe á los autores; y séanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito Los mismos Herrera y Castillo

asientan, que Motezuma resistió esta sedicion de sus vasallos : que los detuvo y reprimió siempre que intentaron asaltar el cuartel; y que si no fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que Cortés lo llevó entendido así; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dejaba razon de dudar : siendo fuera de toda proporcion que aquel príncipe moviese las armas que detenia, y se dejase estar cerca de los que intentaba destruir. Accion parece indigna de Cortés el despreciarle, cuando podia llegar el caso de haberle menester; y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puédese creer, ó sospechar á lo ménos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Diaz, apasionado intérprete de Cortés, y pudo ser que se inclinase á seguir su opinion por lograr la sentencia de Tácito : ambicion peligrosa en los historiadores, porque suele torcerse ó ladearse la narracion, para que vengan á propósito las márgenes; y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudicion.

CAPÍTULO XII

Dáse noticia de los motivos que tuvieron los Mejicanos para tomar las armas : sale Diego de Ordaz con algunas compañías á reconocer la ciudad : dá en una celada que tenian prevenida, y Hernan Cortés resuelve la guerra.

Dos ó tres dias ántes que llegase á Méjico el ejército de Cortés, se retiraron los rebeldes á la otra parte de la ciudad, cesando en sus hostilidades cavilosamente, segun lo que se pudo inferir del suceso. Hallábanse asegurados en el exceso de sus fuerzas, y orgullosos de haber muerto en los combates pasados tres ó cuatro Españoles : caso extraordinario en que adquirieron, á costa de mucha gente, nueva osadía ó mayor insolencia. Supieron que venía Cortés, y no pudieron ignorar lo que habia crecido su ejército; pero

estuvieron tan léjos de temerle, que hicieron aquel ademan de retirarse para dejárle franca la entrada, y acabar con todos los Españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. No se llegó á penetrar entónces este designio aunque se tuvo por ardid la retirada, y pocas veces se engaña quien discurre con malicia en las acciones del enemigo.

Alojóse todo el ejército en el recinto del mismo cuartel, donde cupieron Españoles y Tlascaltecas con bastante comodidad: distribuyéronse las guardias y las centinelas segun el recelo á que obligaba una guerra que habia cesado sin ocasíon; y Hernan Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el orígen de aquella sedicion, y pasar á los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos, que las inteligencias de Narbaez consiguieron esta conjuracion del pueblo mejicano; y otros que dispuso el motin, y lo fomentó Motezuma con ansia de su libertad, en que no es necesario detenernos, pues se ha vísto ya el poco fundamento con que se atribuyeron á Narbaez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsecuencia. Dieron algunos el principio de la conspiracion á la fidelidad de los Mejicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresion á su rey: dictámen que se acerca más á la razon que á la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los sacerdotes, y no sin alguna probabilidad, porque anduvieron mezclados en tumulto, publicando á voces las amenazas de sus dioses, y enfureciendo á los demás con aquel mismo furor que los disponie para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablaba el demonio en sus ídolos: y aunque no fué suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los ánimos y mantener la sedicion.

Los escritores forasteros se apartan más de lo verosímil, poniendo el orígen y los motivos de aquella turbacion entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los Españoles en la conquista de las Indias: y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fué despues obispo de Chiapa,

cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es, que los Mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir ó festejar á Motezuma; y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente y embistió con ellos, haciéndolos pedazos para quitárselas, en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados á cuchillo más de dos mil hombres de la nobleza mejicana; con que deja la conspiracion en términos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entónces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecian, cuidó ménos de la verdad que de la ponderacion. Los más de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los Españoles. Dicha es hallarle impugnado para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

Pero lo cierto fué, que Pedro de Alvarado, poco despues quo se apartó de Méjico Hernan Cortés, reconoció en los nobles de aquella corte ménos atencion ó ménos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes que observasen lo que pasaba en la ciudad. Supo que andaba la gente inquieta y misteriosa, y que se hacian juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro que ocultaba el intento y descubria la intencion. Dió calor á sus inteligencias; y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuracion que se iba forjando contra los Españoles, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos afeando la traicion, sin olvidar el interés. Ibase acercando una fiesta muy solemne de ídolos, que celebraban con aquellos bailes públicos, mezcla de nobleza y plebe, y conmocion de toda la ciudad. Eligieron este dia para su faccion, suponiendo que se podrian juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al baile para convocar el pueblo y llevársele tras sí, con la diligencia de apellidar la libértad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para entónces el publi-

car la conjuracion, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenian mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al dia señalado algunos de los promovedores del motin á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavía en su recelo, se la concedió, con calidad de que no llevasen armas, ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solícitos escondiendo las armas en el barrio más vecino al templo: noticia que no le dejó que dudar, y le dió motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicára con la debida moderacion. Resolvió asaltarlos en el principio de su fiesta, sin dejarles lugar para que tomasen las armas, ni levantasen el pueblo; y asi lo puso en ejecucion, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender, que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embriaguez, y envueltos en el regocijo cauteloso de que se iba formando la traicion. Embistió con ellos, y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando algunos que no pudieron huir, ó tardaron más en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento fué castigarlos y desunirlos, lo cual se consiguió sin dificultad pero no sin desórden; porque los Españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos: licencia mal reprimida entónces, y siempro dificultosa de reprimir en los soldados cuando se hallan con la espada en la mano y el oro á la vista.

Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con más ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entónces la traicion que prevenian contra él aquellos nobles, manifestar las armas que tenian escondidas, ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, fácil siempre de mover contra la

nobleza; pero volvió satisfecho de que habia sido justo el castigo y conveniente la resolucion, ó no conoció lo que importan al acierto los adornos de la razon. Y aquel pueblo, que ignoraba la provocacion, y vió el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luégo las armas, y dió cuerpo formidable á la sedicion, hallándose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados [1].

Reprendió Hernan Cortés á Pedro de Alvarado, por el arrojamiento y falta de consideracion con que aventuró la

1. No tiene otro apoyo la narracion de suceso de tanta gravedad que el dicho de Bernal Diaz del Castillo, quien refiere haber venido cuatro embajadores de Motezuma á quejarse ante Cortés de que Pedro de Alvarado, sin causa alguna, habia caido sobre los que estaban celebrando fiestas en el templo de sus dioses y muerto muchos de ellos. Herrera supone una conspiracion premeditada por los Mejicanos, quienes para poder reunirse en gran número sin llamar la atencion de los Españoles pretextaron la ya citada festividad, teniendo escondidas las armas en las casas immediatas para usarlas en el momento convenido.

Es singular que Cortés guarde silencio en sus relaciones acerca de esa conspiracion, con la cual hubiera explicado suficientemente la causa de la rebelion de Méjico. Asi como no sería extraño ese silencio, si en efecto Alvarado habia cometido el atentado que se le imputa. Pero ¿cómo creer que este capitan, aislado con ciento cincuenta Españoles en pueblo enemigo y de tan considerable poder, hubiese cometido la imprudencia y excesiva necedad de provocar una lucha tan desigual, de lo que sólo podia prometerse una muerte inevitable? No es menester en nuestro juicio apelar á semejantes causas para explicar en esa ocasion la conducta de los Mejicanos. Su odio á los conquistadores era invencible: veian en su poder considerables riquezas, preso su monarca, amenazada su independencia, y próximos á sufrir la ley atroz de la venganza, impuesta por los Tlascaltecas y demás provincias rebeladas contra el imperio; y nada más natural y consiguiente á la irritabilidad que esas ideas debieron producir en aquellos indios, que aprovechándose de la ocasion en que Cortés embarazado con Narbaez y puestas en revolucion las provincias ántes obedientes á los Españoles, intentasen acabar con la pequeña fuerza de éstos en Méjico; devolver á pesar suyo la libertad á un principe que tan fácilmente se la habia dejado arrebatar, y coronar despues su obra oprimiendo con sus inmensas fuerzas á los pocos Españoles que podian reunirse en Vera-Cruz. Esta explicacion parece más conforme á la verosimilitud histórica.

mayor parte de sus fuerzas en dia de tanta conmocion, dejando el cuartel, y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes que podian sobrevenir. Sintió que recatase á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud; porque no se fió de él hasta que le vió á su lado en la occasion; y debiera comunicarle sus recelos, cuando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dejaba seguro con tan poca guarnicion; lo cual fué lo mismo que volver las espaldas al enemigo de quien más se debia recelar: culpó la inadvertencia de no justificar á voces con el pueblo, y con los mismos delincuentes una resolucion de tan violenta exterioridad: de que se conoce que no hubo en el hecho, ni en sus motivos ó circunstancias la maldad que le imputaron; porque no se contentaria Hernan Cortés con reprender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasion de castigarle, ó prenderle por lo ménos, para introducir la paz con este género de satisfaccion: ántes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prision, como uno de los medios que podrian facilitar la reduccion de aquella gente; y no vino en ello, porque le pareció camino más real servirse de la razon que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados, para desengañar el pueblo y enflaquecer la faccion de los nobles.

No se dejaron ver aquella tarde los rebeldes, ni despues hubo accidente que turbasse la quietud de la noche. Llegó la mañana, y viendo Hernan Cortés que duraba el silencio del enemigo, con señas de cavilacion, porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzaba con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad y apurar el fondo á este misterio. Llevó cuatrocientos hombres españoles y tlascaltecas: marchó con buen órden por la calle principal, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que le arrojaron al parecer los enemigos para cebarle. Y avanzando entónces, con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, descubrió un ejército de innumerable muchedumbre, que le buscaba por la frente, y otro á las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados. cerrando el paso

á la retirada. Embistiéronle unos y otros con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dejó ver en las ventanas y azoteas de las casas tercer ejército de gente popular, que cerraba tambien el camino de la respiracion, llenando el aire de piedras y armas arrojadizas.

Pero Diego de Ordaz, que necessitó de su valor y experiencia para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formó y dividió su escuadron segun el terreno, dando segundo frente á la retaguardia, picas y espadas contra las dos avenidas, y bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fué posible avisar á Cortés del aprieto en que se hallaba; ni él sin esta noticia tuvo por necesario el socorrerle, cuando se suponia con bastantes fuerzas para ejecutar la órden que llevaba. Pero duró poco el calor de la batalla, porque los indios embistieron tumultuariamente, y anegados en su mismo número, se impedian el uso de las armas, perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se redujeron los demás á distancia, que ni podian ofender, ni ser ofendidos. Las bocas de fuego despejaron brevemente los terrados; y Diego de Ordaz, que venia sólo á reconocer, y no debia pasar á mayor empeño, viendo que los enemigos le sitiaban á lo largo, reducidos á pelear con las voces y las amenazas, se resolvió á retirarse, abriendo el camino con la espada; y dada la órden, se movió en la misma formacion que se hallaba, cercando á viva fuerza con los que ocupaban el paso del cuartel, y peleando al mismo tiempo con los que se le acercaban por la parte contrapuesta, ó se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dejó de costar alguna sangre, porque volvieron heridos Diego de Ordaz, y los más de los suyos, quedando muertos ocho soldados que no se pudieron retirar. Serian acaso Tlascaltecas, porque sólo se hace memoria de un Español que obró señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dice que se llamaba Lezcano. Los demás no hablan en él. Quedó sin el nombre cabal que merecia; pero no quede sín la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortés en este suceso que ya no

era tiempo de intentar proposiciones de paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas aumentasen la insolencia de los sediciosos. Determinó hacérsela desear ántes de proponérsela, y salir á la ciudad con la mayor parte de su ejército para llamarlos con el rigor á la quietud. No se hallaba persona entónces por cuyo medio se pudiese introducir el tratado. Motezuma desconfiaba de su autoridad, ó temia la inobediencia de sus vasallos. Entre los rebeldes no habia quien mandase, ni quien obedeciese, ó mandaban todos, y nadie obedecia : vulgo entónces sin distincion ni gobierno, que se componia de nobles y plebeyos. Deseaba Cortés con todo el ánimo seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de volverle á cobrar; pero tuvo por necesario hacerse atender ántes de ponerse á persuadir; en que obró como diestro capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada para detener los ímpetus de un pueblo sedicioso : ella encogida ó balbuciente, cuando no lleva seguras las espaldas; y él un monstruo inexorable, que áun teniendo cabeza le faltan los oidos.

CAPÍTULO XIII

Intentan los Mejicanos asaltar el cuartel y son rechazados : hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés : y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos.

Persiguieron los Mejicanos á Diego de Ordaz tratando como fuga su retirada, y siguiendo con ímpetu desordenado el alcance hasta que los detuvo á su despecho la artilleria del cuartel : cuyo estrago los obligó á retroceder, lo que tuvieron por necesario para desviarse del peligro; pero hicieron alto á la vista, y se conoció del silencio y diligencia con que se andaban convocando y disponiendo que trataban de pasar á nuevo designio.

Era su intento asaltar á viva fuerza el cuartel por todas partes, y á breve rato se vieron cubiertas de gentes las calles del contorno. Hicieron poco despues la seña de aco-

meter sus atabales y bocinas, avanzaron todos á un tiempo con igual precipitacion. Traian de vanguardia tropas de flecheros para que barriendo la muralla pudiesen acercarse los demás. Fueron tan cerradas y tan repetidas las cargas que despidieron, haciendo lugar á los que iban señalados para el asalto, que se hallaron los defensores en confusion, acudiendo con dificultad á los dos tiempos de reparar y ofender. Vióse casi anegado en flechas el cuartel; y no parezca locucion sobradamente animosa, pues se llegó á señalar gente que las apartase, porque ofendian segunda vez cerrando el paso á la defensa. Las piezas de artilleria y demas bocas de fuego hacian horrible destrozo en los enemigos; pero venian tan resueltos á morir ó vencer, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacio de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente pisando los muertos y atropellando los heridos.

Llegaron muchos á ponerse debajo del cañon y á intentar el asalto con increible determinacion: valíanse de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas y picar las paredes: unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas: otros hacian escalas de sus mismas picas para ganar las ventanas ó terrados, y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas: notable repeticion de temeridades que pudieran celebrarse como hazañas si obrára en ellos el valor algo de lo que obraba la ferocidad.

Pero últimamente fueron rechazados, y se retiraron para cubrirse á las travesias de las calles, donde se mantuvieron hasta que los dividió la noche más por la costumbre que tenian de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de haberse decidido la cuestion; ántes se atrevieron poco despues á turbar el sosiego de los Españoles, poniendo por diferentes partes fuego al cuartel, ó ya lo consiguiesen arrimándose á las puertas y ventanas con el amparo de la obscuridad, ó ya le arrojasen á mayor distancia con las flechas de fuego artificial; que pareció más verosímil, porque la llama creció súbitamente á tomar posesion del edificio con tanto vigor, que fué necesario atajarla derribando algunas paredes, y tra-

bajar despues en cerrar y poner en defensa los portillos que se hicieron para impedir la comunicacion del incendio : fatiga que duró la mayor parte de la noche.

Pero apénas se declaró la primera luz de la mañana cuando se dejaron ver los enemigos, escarmentados al parecer de acercarse á la muralla, porque sólo provocaban á los Españoles para que saliesen de sus reparos : llamábanlos á la batalla con grandes injurias : tratábanlos de cobardes porque se defendian encerrados; y Hernan Cortés, que habia resuelto salir contra ellos aquel dia, tuvo por oportuna esta provocacion para encender los ánimos de los suyos. Dispúsolos con una breve oracion al desagravio de su ofensa; y formó sin más dilacion tres escuadrones del grueso que pareció conveniente, dando á cada uno mas Españoles que Tlascaltecas : los dos para que fuesen desembarazando las calles vecinas ó colaterales; y el tercero donde iba su persona y la fuerza principal de su ejército, para que acometiese por la calle de Tácuba, donde habia cargado el mayor grueso del enemigo. Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por la frente y por los lados; acomodándose á lo que observó Diego de Ordaz en su retirada; y teniendo por digno de su imitacion lo que poco ántes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se dedignan de caminar por las huellas de los que fueron delante, cuando hay tan poca distancia entre el errar y el diferenciarse de los que acertaron.

Embistieron todos á un tiempo; y los enemigos dieron y recibieron las primeras cargas sin perder tierra ni conocer el peligro, esperando unas veces, y otras acometiendo, hasta llegar á lo estrecho de las armas y los brazos. Esgrimian los chuzos y los montantes con desesperada intrepidez. Entrábanse por las picas y las espadas para lograr el golpe á precio de la vida. Las bocas de fuego que iban señaladas al opósito de las azoteas y ventanas, no podian atajar la lluvia de las piedras, porque las arrojaban sin descubrirse, y fué necesario poner fuego en algunas casas para que cesase aquella prolija hostilidad.

Cedieron finalmente al esfuerzo de los Españoles; pero iban rompiendo los puentes de las calles, y hacian rostro de la otra parte, obligándolos á que cegasen, peleando, las acequias para seguir en alcance. Los que partieron á desembarazar las calles de los lados, cargaron la multitud que las ocupaba con tanta resolucion que se consiguió por su medio el asegurar la retaguardia y el llevar siempre al enemigo por la frente, hasta que saliendo á lo ancho de una plaza se unieron los tres escuadrones y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas atropelladamente, dando á la fuga el mismo ímpetu que dieron á la batalla.

No permitió Hernan Cortés que se pasase á destruir enteramente aquellos vasallos de Motezuma fugitivos ya y desordenados; ó no le sufrió su ánimo que se hiciese más sangrienta la victoria, pareciéndole que dejaba castigado con bastante rigor su atrevimiento. Recogióse su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear. Faltaron de su ejército diez ó doce soldados, y hubo muchos heridos, los más de piedra ó flecha, y ninguno de cuidado. En el ejército de los Mejicanos murió innumerable gente : los cuerpos que no pudieron retirar, llenaban de horror las calles despues de haber teñido en su sangre las acequias. Duró toda la mañana el combate, y se llegaron á ver en conflicto algunas veces los Españoles : pero se debió á su valor el suceso, y le hizo posible su experiencia y buena disciplina. No hubo quien sobresaliese, porque obraron todos con igual bizarría señalándose los soldados como los capitanes, y quitando unas hazañas el nombre de las otras. Hizo la imitacion valientes sin principio á los Tlascaltecas; y Hernan Cortés gobernó la faccion como valeroso y prudente capitan, acudiendo á todas partes, y más diligente á los peligros; siempre la espada en el enemigo; la vista en los suyos, y el consejo en su lugar; dejando en duda si se debió más á su ardimiento que á su pericia militar : virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes capitanes.

Fué necesario dejar algun tiempo al descanso dela genet

y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias ó poco más, en que se atendió solamente á la defensa del cuartel, que tuvo siempre á la vista el ejército de los amotinados, y fué algunas veces combatido con ligeras escaramuzas, en que andaba mezclado el huir y el acometer. En este medio tiempo volvió Cortés á las pláticas de la paz, fueron saliendo con diferentes partidos algunos mejicanos de los que asistian al servicio de Motezuma; pero no se descuidó miéntras duraba la negociacion en las demás prevenciones. Hizo fabricar al mismo tiempo cuatro castillos de madera que se movian sobre ruedas con poca dificultad, por si llegase la ocasion de hacer nueva salida. Era capaz cada uno de veinte ó treinta hombres, guarnecido el techo de gruesos tablones contra las piedras que venian de lo alto; frente y lados con sus troneras, para dar la carga sin descubrir el pecho : imitacion de las mantas que usa la milicia para echar gente á picar las murallas; cuyo reparo tuvo entónces por conveniente para que se pudiesen arrimar sus soldados á poner fuego en las casas, y á romper las trincheras con que iban atajando las calles; si ya no fué para que al embestir aquellas máquinas portátiles pelease tambien la novedad asombrando al enemigo.

De los Mejicanos que salieron á proponer la paz volvieron unos mal despachados, y otros se quedaron entre los rebeldes, no sin grande irritacion de Motezuma, que deseaba con empeño la reducion de sus vasallos, y recataba con artificio fácil de penetrar, el recelo de que acabasen de perder el miedo á su autoridad. Hacíanse á este tiempo nuevas prevenciones de guerra en la ciudad. Los señores de vasallos que andaban en la sedicion iban llamando la gente de sus lugares : crecia por instantes la fuerza del enemigo, y no cesaba la provocacion en el cuartel de los Españoles, cansados ya de sufrir la embarazosa repeticion de voces y flechas, que aunque se perdian en el viento, no dejaban de ofender en la paciencia.

Con esta buena disposicion de su gente, con el parecer de sus capitanes y aprobacion de Motezuma, ejecutó Cortés la segunda salida contra los Mejicanos : llevó consigo

la mayor parte de los Españoles y hasta dos mil Tlascaltecas, algunas piezas de artillería, las máquinas de madera con guarnicicn proporcionada, y algunos caballos á la mano para usar de ellos cuando lo permitiesen las quiebras del terreno. Estaba entónces el tumulto en un profundo silencio, y apénas se dió principio á la marcha cuando se conoció la primera dificultad de la empresa, en lo que abultaron súbitamente los gritos de la multitud, alternados con el estruendo pavoroso de los atabales y caracoles. No esperaron á ser acometidos, ántes se vinieon á los Españoles con notable resolucion y movimento ménos atropellado que solian. Dieron y recibieron las primeras cargars sin descomponerse ni precipitarse; pero á breve rato conocieron el daño que recibian, y se fueron retirando poco á poco, sin volver las espaldas, al primero de los reparos con que tenian atajadas las calles, en cuya defensa volvieron á pelear con tanta obstinacion, que fué necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos. Tenian cerca las retiradas, y en algunas levantando los puentes de las acequias con que se repetia importunadamente la dificultad, y no se hallaba la sazon de poderlos combatir en descubierto. Viéronse aquel dia en sus operaciones algunas advertencias que parecian de guerra más que popular. Disparaban á tiempo, y baja la puntería para no málograr el tiro en la resistencia de las armas. Los puestos se defendian con desahogo, y se abandonaban sin desórden. Echaron gente á las acequias para que ofendiesen nadando con el bote de las picas. Hicieron subir grandes peñascos á las azoteas para destruir los castillos de madera, y lo consiguieron haciéndolos pedazos. Todas las señas daban á entender que habia quien gobernase, porque se animaban y socorrian tempestivamente, y se dejaba conocer alguna obediencia entre los mismos desconciertos de la multitud.

Duró el combate la mayor parte del dia, reducidos los Españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hízose gran daño en la ciudad: quemáronse muchas casas; y costó más sangre á los Mejicanos esta ocasion que las dos antecedentes, porque anduvieron más

cerca de las balas; ó porque no pudieron huir como solian con el impedimento de sus mismos reparos.

Ibase acercando la noche, y Hernan Cortés, viéndose obligado, no sin alguna desazon, á la disputa inútil de ganar puestos que no se habian de mantener, se volvió á su alojamiento, dejando en la verdad ménos corregida que hostigada la sedicion. Perdió hasta cuarenta soldados, los más Tlascaltecas: salieron heridos y maltratados más de cincuenta Españoles, y él con un flechazo en la mano izquierda; pero más herido interiormente de haber conocido en esta ocasion que no era posible continuar aquella guerra tan desigual sin riesgo de perder el ejército y la reputacion: primer desaliento suyo, cuya novedad extrañó su corazon y padeció su constancia. Encerróse con pretexto de la herida y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consigo la mayor parte de la noche. Sentia el retirarse de Méjico, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse contra la dificultad, y se ponia la razon de parte del recelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver: impaciente y desabrido con los dictámenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, ántes de aprovechar el desengaño.

CAPÍTULO XIV

Propone á Cortés Motezuma que se retire, y él le ofrece que se retirará luégo que dejen las armas sus vasallos: vuelven éstos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido perdiendo las esperanzas de reducirlos

No tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrários afectos que unos seguian y otros violentaban su inclinacion: ímpetus de la ira, moderaciones del miedo y repugnancia de la soberbia. Estuvo aquel dia en la torre más alta del cuartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al

señor de Iztacpalapa, y otros príncipes de los que podian aspirar al imperio: viólos discurrir á todas partes animando la gente y disponiendo la faccion: no recelaba de sus nobles semejante alevosía: crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dejó caer en el desaliento, quedando sin accion para ponerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad: horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de temidos.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luégo á los Españoles y salir á la ciudad, sirviéndose de la mansedumbre y de la equidad ántes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortès por la mañana y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo más que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo: « que ya pedian » pronto remedio aquellas turbaciones de su república, y » convenia quitar el pretexto á los sediciosos y darles á » conocer su engaño ántes de castigar su delito: que todos los tumultos se fundaban sobre apariencias de razon; y en las aprensiones de la multitud era prudencia » entrar cediendo para salir dominando: que los clamores » de sus vasallos tenian de su parte la disculpa del buen » sonido, pues se reducian á pedir la libertad de su rey, » persuadidos á que no la tenía, y errando el camino de » pretenderla: que ya llegaba el caso de ser inexcusable » que saliesen de Méjico sin más dilacion Cortés y los » suyos para que pudiese volver por su autoridad, á poner » en sujecion á los rebeldes, y atajar el fuego desviando » la materia. » Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los recelos que más le congojaban; pero fueron rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicase, que se descu-

brian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictámen de que le convenia retirarse por entónces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento; y sirviéndose de lo que llevaba discurrido para extrañar ménos esta proposicion, le respondió sin detenerse: « que su » ánimo y su entendimiento estaban conformes en obede- » cerle con ciega resignacion, porque sólo deseaba eje- » cutar lo que fuese de su mayor agrado, sin discurrir en » los motivos de aquella resolucion, ni detenerse á repre- » sentar inconvenientes que tendria previstos y considera- » dos; en cuyo exámen debe rendir su juicio el inferior, ó » suele bastar por razon la voluntad de los príncipes. Qué » sentiria mucho apartarse de su lado sin dejarle restituido » en la obediencia de sus vasallos, particularmente cuando » pedia mayor precaucion la circunstancia de haberse de- » clarado la nobleza por los populares: novedad que ne- » cesitaba de todo su cuidado; porque los nobles, roto » una vez el freno de su obligacion, se hallan más cerca » de los mayores atrevimientos; pero que no le tocaba » formar dictámenes que pudiesen retardar su obediencia, » cuando le proponia, como remedio necesario, su jor- » nada, conociendo la enfermedad y los humores de que » adolecia su república: sobre cuyo presupuesto, y la cer- » tidumbre de que marcharia luégo con su ejército la » vuelta de Zempoala, debia suplicarle que ántes de su » partida hiciese dejar las armas á sus vasallos, porque » no sería de buena consecuencia que atribuyesen á su » rebeldía lo que debian á la benignidad de su rey; cuyo » reparo hacía más por el decoro de su autoridad, que » porque le diese cuidado la obstinacion de aquellos re- » beldes, pues dejaba el empeño de castigarlos por com- » placerle, llevando en su espada y en el valor de los » suyos todo lo que habia menester para retirarse con se- » guridad. »

No esperaba Motezuma tanta prontitud en las respuestas de Cortés: creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfía ó con la desazon en materia que tenía resuelta y deliberada. Dióle á entender su

agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luégo á sus vasallos que dejasen las armas, y aprobó su advertencia, estimándola como disposicion necesaria para que llegasen ménos indignos á capitular con su rey: punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado, y no hallaba camino de componer la soberanía con la disimulacion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia se tocó un arma muy viva en el cuartel. Salió Hernan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fué posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que caminando al parecer su vanguardia sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fuéronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos; y Hernan Cortés, que tenía formado su retén de Tlascaltecas y Españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros á los puntos más aventurados, siendo necesario toda su actividad y todo el ardimiento de los suyos para que no flaquease la defensa, ó se llegase á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés; llamó á doña Marina, y por su medio le propuso: « que » segun el estado presente de las cosas y lo que tenía discurrido, sería conveniente dejarse ver desde la muralla » para mandar que se retirasen los sediciosos populares, » y viniesen desarmados los nobles á representar lo que » unos y otros pretendian. » Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que

respirase por un rato su gente, cuando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexorable. Y Motezuma se dispuso luégo á ejecutar esta diligencia con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hízose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza, dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenía socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la majestad. Con todo este aparato, y con los Mejicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion y asomándose uno de ellos al pretil, dijo en voces altas: que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces y amedrentada la respiracion. Dejóse ver entónces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible compuesta de su enojo y su recelo. Doblaron muchos la rodilla cuando le descubrieron, y los más se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejeando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento, aunque le hallamos referido con alguna diferencia, fué, segun dicen los más, en esta conformidad.

« Tan léjos estoy, vasallos mios, de mirar como delito » esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo » negarme inclinado á vuestra disculpa. Exceso fué tomar » las armas sin mi licencia, pero exceso de vuestra fideli» dad. Creísteis, no sin alguna razon, que yo estaba en » este palacio de mis predecesores detenido y violentado;

» y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande » para intentado sin desórden, que no hay leyes que pue- » dan sujetar el nimio dolor á los términos de la pru- » dencia; y aunque tomásteis con poco fundamento la » ocasion de vuestra inquietud (porque yo estoy sin vio- » lencia entre los forasteros que tratais como enemigos) » ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el en- » gaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseve- » rado con ellos; y he debido toda esta benignidad á su » atencion, y todo este obsequio al príncipe que los envia. » Ya están despachados: ya he resuelto que se retiren: y » ellos saldrán luégo de mi corte; pero no es bien que me » obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de » vuestra obligacion su cortesía. Dejad las armas y venid » como debéis á mi presencia, para que cesando el rumor » y callando el tumulto, quedéis capaces de conocer lo » que os favorezco en lo mismo que os perdono. »

Así acabó su oracion y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey, ó lo que disuena más, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, fácil siempre de llevar á los extremos su inconstancia, y no faltaria quien la fomentase cuando tenian elegido nuevo emperador, ó estaban resueltos á elegirle, que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio, dijéronle á grandes voces que ya no era su rey, que dejase la corona y el cetro por la rueca y el huso, llamándole cobarde, afeminado y prisionero vil de sus enemigos. Perdíanse las injurias en los gritos, y él procuraba, con el sobrecejo y con la mano, hacer lugar á sus palabras, cuando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuraron cubrirle con las rodelas dos soldados que puso Hernan Cortés á su lado previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dejasen de alcanzarle algunas flechas, y más rigurosamente una piedra que le hirió en la cabeza, rompiendo parte de la sien,

cuyo golpe le derribó en tierra sin sentido: suceso que sintió Cortés como uno de los mayores contratiempos que se le podian ofrecer. Hízole retirar á su cuarto, y acudió con nueva irritacion á la defensa del cuartel; pero se halló sin enemigos en quien tomar satisfaccion de su enojo; porque al mismo instante que vieron caer á su rey, ó pudieron conocer que iba herido, se asombraron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quién, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, corrieron á esconderse del cielo con apuel género de confusion ó fealdad espantosa que suelen dejar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luégo Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fué necesario detenerle para que no se quitase la vida. No era posible curarle porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas que terminaban en gemidos: esforzábase la ira y declinaba en pusilanimidad: la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dejarle por un rato y dar algun tiempo á la consideracion para que se desembarazase de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural y el abatimiento de su espíritu; sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos: bárbaro recurso de ánimos cobardes que gimen debajo de la calamidad, y sólo tienen valor contra el que puede ménos.

CAPÍTULO XV

Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo: envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exequias los Mejicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociéndose por instantes lo

que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal, porque no fué posible curarle como era necesario hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecíase lo mismo para reducirle á que tomase algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando : sólo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro ; y Hernan Cortés, que faltaba pocas veces de su lado porque se moderaba y componia en su presencia, trató con todas véras de persuadirle á lo que más le importaba. Volvióle á tocar el punto de la religion, llamándole con suavidad á la detestacion de sus errores y al conocimiento de la verdad. Habia mostrado en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la fé católica; desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena cuando le dejaba la suya : y dando al temor de sus vasallos más que á la reverencia de sus dioses.

Hizo Cortés de su parte cuanto pedia la obligacion de cristiano. Rogábale unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese á Dios y asegurase la eternidad recibiendo el bautismo. El padre fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia : los capitanes que se preciaban de sus favorecidos querian entenderse con su voluntad : doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos; y diga lo que quisiere la emulacion ó la malicia, que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles, no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito : discurrir en su ofensa : prorumpir en amenazas : dejarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores; en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dejando al

mundo un ejemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y más absolutas en los poderosos; porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fué general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto; unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia más que todos y hacía mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo; y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dejase de manifestar el secreto de su corazon con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos tarde, ó mal detenidas. Tenía fundada en la voluntaria sujecion de aquel príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia, y sobre todo, le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fué llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los más principales para que sacasen el cuerpo á la ciudad, en cuyo número fueron comprendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos, unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dijesen de su parte á los príncipes que gobernaban el tumulto popular: « que allí les enviaba el » cadáver de su rey muerto á sus manos, cuyo enorme » delito daba nueva razon á sus armas. Que ántes de mo» rir le pidió repetidas veces, como sabian, que tomase » por su cuenta la venganza de su agravio y el castigo de » tan horrible conspiracion. Pero que mirando aquella » culpa como brutalidad impetuosa de la ínfima plebe, y » como atrevimiento cuya enormidad habrian conocido » y castigo los de mayor entendimiento y obligaciones,

» volvia de nuevo á proponer la paz, y estaba pronto á » concedérsela viniendo los diputados que nombrasen á » conferir y ajustar los medios que pareciesen convenien- » tes. Pero que al mismo tiempo tuviesen entendido que » si no se ponian luégo en la razon y en el arrepentimiento, » serian tratados como enemigos, con la circunstancia de » traidores á su rey, esperimentando los últimos rigores de » sus armas; porque muerto Motezuma, cuyo respeto le » detenia y moderaba, trataria de asolar y destruir ente- » ramente la ciudad, y conocerian con tardo escarmiento » lo que iba de una hostilidad poco más que defensiva, en » que sólo se cuidaba de reducirlos, á una guerra decla- » rada en que se llevaria delante de los ojos la obligacion » de castigarlos. »

Partieron luégo con este mensage los seis Mejicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguiéronle todos arrojando las armas y desamparando sus puestos, y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos : bastante demostracion de que pudo más el espectáculo miserable ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido emperador segun la noticia que se tuvo despues, y sería dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirándolas en el nombre y no en la persona del rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mujeres. Otros que le tuvieron expuesto á la irrision y desacato de la plebe; hasta que un criado suyo formando una humilde pira de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Púdose creer uno y otro de un pueblo desbocado, en cuya inhumanidad se acerca más á lo verosímil lo que se aparta más de la razon. Pero lo cierto fué que respetaron el cadáver, afectando en su adorno y en la pompa

funeral, que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion; si ya no aspiraron á conseguir con aquella exterioridad reverente la satisfaccion ó el engaño de sus dioses. Lleváronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exequias y guardaban las cenizas de sus reyes : y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones : cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su rey como hazaña de atencion, ó como enmienda sustancial de su delito.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo ménos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dijo; y no le defiende ni lo niega : descuido que sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen años despues los Mejicanos, por concitar el odio contra los Españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dijeron entónces, ni lo imaginaron. Notablemente se fatigan los extrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quédese la envidia en su confusion.

Fué Motezuma, como dijimos, príncipe de raros dotes nàturales; de agradable y majestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento ; falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos ántes de llegar á la corona, y despues le dió entre los extraños la opinion más venerable de los reyes. Tenia el genio y la inclinacion militar : entendia las artes de la guerra ; y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales : conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fué

naturalmente dadivoso y liberal : hacía grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la majestad. Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros, con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes tanto de hombre como de rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacía más vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas. Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Púdose dudar entónces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este mónstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los Españoles : principio de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Dejó algunos hijos : dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los Mejicanos cuando se retiró Cortés : y otros dos ó tres hijas que se convirtieron despues y casaron con Españoles Pero el principal de todos fué don Pedro de Motezuma, que se redujo tambien á la religion católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residian en el palacio real con igual dignidad; la cual se redujo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo doña Maria de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordacion de tan alto principio.

Reinó este príncipe diez y siete años : undécimo en el

número de aquellos emperadores : segundo en el nombre de Motezuma ; y últimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxilios que parecian eficaces. ¡O siempre inexcrutables permisiones de la eterna justicia! Mejores para el corazon que para el entendimiento.

CAPÍTULO XVI

Vuelven los Mejicanos á sitiar el alojamiento de los Españoles : hace Cortés nueva salida : gana un adoratorio que habian ocupado y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.

No intentaron los indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Púdose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacia de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo emperador que, segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlabaca [1], rey de Iztacpalapa, y segundo elector del imperio : vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco ménos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los Mejicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma, y con la proposicion de la paz, no volvieron con respuesta : y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno, traía malas consecuencias á la imaginacion. Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus capitanes y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á

1. Su verdadero nombre era segun unos *Cuihahuatzin*, y segun otros *Cuitlahuotzin*, que tiene sonido semejante. Herrera y Cortés dicen que era hermano de Motezuma ; pero nada de eso se dice en la cronologia de los emperadores mejicanos.

que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á Méjico ménos aventurado, cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entónces como empeño necesario, muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites ménos animosos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los indios; porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exequias de Motezuma, volvieron á la guerra con más fundamento, y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del cuartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas : puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés si se hallára con fuerzas bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad por acudir á la prevencion.

Subíase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad. Habianse alojado en él hasta quinientos soldados escogidos en la nobleza mejicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas, una vez conocidas y puestas en uso, pedian breve remedio; y para conseguirlo sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiéndola en escuadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al capitan Escobar con su compañía, y hasta cien Españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los Españoles todas las bocas de las calles; y al mismo tiempo acometió Escobar penetrando el átrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los indios le dejaron empeñar en ellas advertidamente por ofenderle mejor desde más cerca; y en viendo la ocasion se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga dis-

parando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian; pero no le fué posible resistir á la segunda carga que fué ménos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras y gruesas vigas, que dejadas caer de lo alto, y cobrando fuerza en el pendiente de las gradas, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez : algunas de las vigas bajaban medio encendidas para que hiciesen mayor daño : ruda imitacion de las armas de fuego, que sería grande arbitrio entre sus ingenieros, pero se descomponia la gente para evitar el golpe ; y turbada la union, se hacía la retirada inevitable.

Reconociólo Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba, y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañía de Escobar con algunos tlascaltecas del reten y la gente de su tropa. Hízose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dejó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Venciéronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto : ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos mejicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dejábanse hacer pedazos por no rendir las armas : algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio, despues de apellidar la defensa de sus dioses, murieron peleando con presuncion de valientes, y á breve rato quedó por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza mejicana sin perder un hombre, ni ser muchos los heridos.

Fué notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecucion de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su

patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion, y apénas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á el con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad, y quedó con ménos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicieron posible á ménos costa. Turbáronse los indios al verse acometer de mayor número, y del mismo capitan á quien tenian por invencible. Anduvieron más acelerados que diligentes en la defensa de las gradas; y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas, en cuyo golpe consistia su mayor defensa, se observó que bajaron de punta, con que pasaban sin ofender: accidente que pareció muy repetido para casual; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas ménos advertidamente; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad, y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no sería mucho exceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se transportasen luégo á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres, y algunas casas interpuestas que podian embarazar para que su artillería mandase la eminencia. Cometió este cuidado á los Tlascaltecas, que lo pusieron luégo en ejecu-

cion; y volviendo los ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tácuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida. Cobró luégo su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza y partió al socorro haciendo que le siguiesen los demas caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasaron los caballos delante, cuyo choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fué sangriento el combate, porque los indios que se iban quedando atrás, por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dejándose lisonjear más que debiera de sus mismas hazañas, y cuandó volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venía cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella ménos oposicion, y á pocos pasos encontró una partida numerosa de indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andrés de Duero, porque dió en sus manos cayendo su caballo; y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian para servirse de un puñal que le dejaron por descuido cuando le desarmaron. Hízose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo; y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo, rompiendo por las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vínosele á las manos la ocasion cuando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna tomada en su real y católica significacion, que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no

pareció conveniente pasar á mayor empeño, porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el cuartel. Hízose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fué sin otra pérdida que la de algunos heridos: cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemáronse muchas casas este dia, y murieron tantos mejicanos, que á vista de su castigo se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta sálida entre las que se hicieron ántes que muriese Motezuma; pero fué despues segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exámen, por no ser éste de los casos en que importa mucho la graducion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su resolucion y con su ejemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peligros ménos considerado que valiente: excesos del corazon, que áun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Hicieron tanto aprecio los Mejicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable, y se hallaron despues algunos lienzos que contenian toda la faccion, el acometimiento de las gradas, el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo sustancial del suceso por ser estas pinturas sus historias, cuya fé veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltase malicia para fingir algunos adminículos que miraban al crédito de su nacion. Pintaron muchos Españoles muertos, despeñados y heridos; cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dejando al parecer colorida la pérdida con la circunstancia de costosa: falta de puntualidad en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los cuales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hácia la inclinacion que gobierna la pluma; tanto,

que son raras las historias en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor.

CAPÍTULO XVII

Proponen los Mejicanos la paz con ánimo de sitiar por hambre á los Españoles : conócese la intencion del tratado : junta Hernan Cortés sus capitanes, y se resuelve salir de Méjico aquella misma noche.

El dia siguiente hicieron llamada los Mejicanos, y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla ; y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo emperador : « que tratase » de marchar luégo con su ejército á la marina, donde le » aguardaban sus grandes canoas, y cesaria la guerra por » el tiempo de que necesitase para disponer su jornada. » Pero que no determinándose á tomar luégo esta resolu- » cion, tuviese por cierto que se perderian él y todos los » suyos irremediablemente, porque ya tenian experiencia » de que no eran inmortales ; y cuando les costase veinte » mil hombres cada Español que muriese, les sobraria mu- » cha gente para cantar la última victoria. » Respondióles Hernan Cortés : « que sus Españoles nunca presumieron » de inmortales, sino de valerosos y esforzados sobre todos » los mortales ; y tan superiores á los de su nacion, que » sin más fuerzas ni mayor número de gente le bastaba el » ánimo á destruir no solamente la ciudad, sino todo el » imperio mejicano. Pero que doliéndose de lo que habia » padecido por su obstinacion, y hallándose ya sin el mo- » tivo de su embajada, muerto el gran Motezuma, cuya » benignidad y atenciones le detenian, estaba resuelto á » retirarse, y lo ejecutaria sin dilacion, asentándose de » una parte y otra los pactos que fuesen convenientes para » ia disposicion de su viaje. » Dieron á entender los Meji- canos que volvian satisfechos y bien despachados ; y á la

verdad llevaron la respuesta que deseaban, aunque tenía su malignidad oculta la proposicion.

Habíanse juntado los ministros del nuevo gobierno para discurrir en presencia de su rey sobre los puntos de la guerra. Y despues de varias conferencias resolvieron que para evitar el daño grande que recibian de las armas españolas, la mortandad lastimosa de su gente y la ruina de la ciudad, sería conveniente sitiarlos por hambre, no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sino por enflaquecerlos y embestirlos cuando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio : novedad hasta entónces en su milicia. Fué la resolucion que se moviesen pláticas de paz para conseguir la suspension de armas que deseaban, suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el cuartel, á cuyo fin ordenaron que se cuidase mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera-Cruz, porque ya no era conveniente dejarlos salir de la ciudad para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascala.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes Mejicanos de gran suposicion que se hallaban prisioneros en el mismo cuartel : los cuales era necesario que pereciesen de hambre primero que la llegasen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy celosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion, si muriesen por el bien de la patria : y pudo ser que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no sería mal recibida en aquel congreso por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sujeto de quien se debia recelar el nuevo emperador, flaqueza lastimosa de semejantes ministros, dejarse llevar hácia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque

le veneraban como á la segunda persona del rey, y tenian por ofensa de sus dioses el dejarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertal. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos enviados, y propusieron de parte de su príncipe que para excusar demandas y respuestas que retardasen el tratado, sería bien que saliese á la ciudad alguno de los Mejicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular: medio que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luégo que le vieron admitido, se dejaron caer, como por via de consejo amigable, que ninguno sería tan á propositó como un sacerdote anciano que paraba en su poder, porque sabria dar á entender la razon y vencer las dificultades que se ofreciesen: cuyo especioso y bien ordenado pretexto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban, no porque se dejase de conocer el descuido artifieioco de la proposicion, sino porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote bien instruido en algunas demandas fáciles de conceder que miraban á la comodidad y buen pasaje de los tránsitos para llegar, caso que volviese á lo que se debia capitular en órden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de más consideracion. Pero no fué necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia que solian: que andaban recatados y solícitos, levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias, y que habian echado gente á la laguna que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascala: diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades cobró el sosiego natural; y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los remedios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de

la calzada que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen mover y conducir hasta cuarenta hombres. Y sin detenerse más de lo que fué necesario para dejar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus capitanes en órden al tiempo en que se debia ejecutar la retirada : punto en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictámen, ó porque lo llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividiéronse los votos, y paró en disputa la conferencia : unos que se hiciese de noche la retirada : otros que fuese de dia ; y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada ; y Hernan Cortés cedió al mayor número dejándose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresurase la salida ; y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dejase tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras, de las que solian usa. en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente ; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro, como fuese pasando el ejército : suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus capitanes con más neutralidad ó ménos accion que solia Túvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un astrólogo, que al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marchase aquella misma noche, porque se perderia la mayor parte de su ejército, si dejaba pasar cierta constelacion favorable, que andaba cerca de terminar en otro aspecto infortunado. Llamábase Botello este adivino, soldado español, de plaza sencilla,

y más conocido en el ejército por el renombre del Nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad : hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo, que dejase de gobernarse por algunos caractéres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sujeto por la profesion, y entónces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y cuando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado :

CAPÍTULO XVIII

Marcha el ejército recatadamente, y al entrar en la calzada le descubren y acometen los indios con todo el grueso por agua y tierra : peléase largo rato, y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al paraje de Tácuba.

Envióse aquella misma tarde nuevo embajador mejicano á la ciudad, con pretexto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote : diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado; y que á lo más largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luégo Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes : instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles, con los Tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz Francisco de Lugo y Andrés de Tapia.

Encargó la retaguardia, con algo mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, y otros cabos de los que vinieron con Narbaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagaje, con el resto del ejército : reservando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias, donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escogidos, con los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y y peligros del intento, porque andaba muy válida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los Mejicanos, y era necesario introducir el recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido para entregarlos á la turbacion; asi como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luégo sacar á una pieza de su cuarto el oro y plata, joyas y preseas del tesoro que tenía en depósito Cristóbal de Guzman, su camarero : y de él se apartó el quinto del rey en los géneros más preciosos y de ménos volúmen, de que se hizo entrega formal á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, dando para su conducion una yegua suya, y algunos caballos heridos, por no embarazar los indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el residuo, segun el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos, cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando públicamente : « que no era tiempo de retirarla, ni tolerable que » se detuviese á ocupar indignamente las manos que de- » bian ir libres para la defensa de la vida y de la reputa- » cion. » Pero reconociendo en los soldados ménos aplaudido el acierto de aquella pérdida inexcusable, añadió al apartarse : « que no se debia mirar entónces la retirada » como desamparo del caudal adquirido, ni del intento » principal, sino como una disposicion necesaria para vol- » ver á la empresa con mayor esfuerzo, al modo que suele » servir al impulso del golpe la diligencia de retirar el » brazo. » Y les dió á entender, que no sería gran delito

aprovecharse de lo que buenamente pudiesen; que fué lo mismo en la sustancia, que dejar la moderacion al arbitrio de la codicia; y aunque los más, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbaez, que se dieron al pillaje con sobrada inconsideracion, acusando la estrechez de las mochilas, y sirviéndose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas: dispensacion en que al parecer dormitaron las advertencias militares de Cortés: porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado, no sólo es embarazo exterior cuando llega el caso de pelear, sino impedimento que suele hacer estorbo en el ánimo, siendo más fácil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa, que haberse persuadido á que podria ejecutar su marcha sin oposicion; y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera culpa.

Sería poco ménos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse nudar á los demas canales, como se habia presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo, porque ántes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando ménos lo recelaban.

Fué digna de admiracion en aquellos bárbaros la maes-

tría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion; y al empezar la cólera cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los Españoles en aquella gente desnuda y desordenada, pero no bastaban las fuerzas al contínuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo más ejecutivo del combate, porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro, porque fueron fáciles de romper; y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Asi lo refieren algunos escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera

que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion, la dificultad de aquel paso inexcusable se venció mediando la industria ó la felicidad: la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal, porque se debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular, que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y más peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer descubrieron la marcha; ó sería lo más cierto, que no se hizo lugar entre su confusion y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente; y ordenándo sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no ménos con su presencia que con su ejemplo: reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entretanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho más lo que padeció su espíritu, porque le traia el aire á los oidos envueltas en el horror de la obscuridad, las voces de los Españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo ántes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los Españoles, porque cerró con

ellos el principal grueso de los Mejicanos, obligándoles á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los ménos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al crédito de la faccion, porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco ménos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural; y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dejase de ser fingido este salto; ántes le impugnó en su historia, no sin alguna demasía, porque lo deja y vuelve á repetir con desconfianza de hombre que temió ser engañado entónces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es ménos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña, sin proporcion ni probabilidad, que cuando se creyese, dejaba más encarecida su ligereza que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demás escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del Salto de Alvarado, sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron con-

currir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo inverosímil; y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura ménos digno de admiracion el suceso, teniéndole no tanto por raro contingente, negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

CAPÍTULO XIX

Marcha Hernan Cortes la vuelta de Tlascala: síguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los Mejicanos acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tácuba; no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los Mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luégo la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fué bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos Españoles y Tlascaltecas que mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron éstos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia, y puesta en escuadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos Españoles, más de mil Tlascaltecas; cuarenta y seis caballos, y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion [1]. Estaba la gente quebrantada y recelosa, disminuido el

1. Dice Cortés en sus relaciones, que en el paso de la calzada murieron 500 Españoles, 45 yeguas y caballos, y más de 2000 Tlascaltecas. No hace mencion de la total pérdida que sufrió en ese y los demas combates hasta llegar á la provincia de Tlascala; pero Bernal Diaz la hace subir en todos esos encuentros á 800 Españoles.

ejército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada; y sobre tantos motivos de sentimiento, se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velázquez de Leon, que se retiraba en lo último de la retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durante en el valor hasta el último aliento : pérdida que fué de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era capitan de grande utilidad, no ménos para el consejo, que para las ejecuciones; de austera condicion y contínuas véras, pero sin desagrado ni prolijidad; apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingénuo, que se apartó de su pariente Diego Válazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes, y siguió á Cortés, porque iba en su bando la razon. Murió con opinion de hombre necesario en aquella conquista y dejó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra, entretanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó más que nunca de si, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dejaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Sería digno espectáculo de grande admiracion, verle afligido sin faltar á la entereza del aliento y bañado el rostro en lágrimas sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlándose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la

calzada, sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon, sino de los que se introducen á judiciarios ó adivinos: hombres que por la mayor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felicidades, y siempre infelices ó ménos cuidadosos de su fortuna: tanto que alguno de los autores clásicos llegó á presumir, que sólo el inclinarse à la vana observacion de las estrellas, se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Fué de gran consuelo para Hernan Cortés y para todo el ejército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entónces como en lo pasado; porque sin ellos fuera imposible incitar ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los Mejicanos en seguir el alcance, porque dieron tiempo á los Españoles para que respirasen de su fatiga y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en ménos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado que se pudo atribuir á providencia del cielo: murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma, que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el convoy del bagaje; porque cebados al amanecer los indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos príncipes miserables que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion: unos se apartaban para que llegasen otros; y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, cayó sobre todos el miedo y el asombro, suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias, con aquel género de súbita enagenacion que llamaban terror pánico los antiguos. Resolvieron los cabos que se diese cuenta de aquella no-

vedad al emperador; y él, que necesitaba de afectar el sentimiento para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el ejército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los Españoles á la muerte de estos príncipes, el primer desahogo de su turbacion y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas, y particularmente Cortés, que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor parte de sus esperanzas [1].

Marchaba entretanto Cortés la vuelta de Tlascala con guias de aquella nacion, puesto el ejército en batalla, y sin dejar de tener por sospechosa la tardanza del enemigo, en cuyas operaciones acierta más veces el temor que la seguridad.

Tardaron poco en dejarse ver algunas tropas de guerreros que seguian la huella sin acercarse, gente de Tácuba, Escapuzalco y Tenecuya, convocada por los Mejicanos para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion: ¡ notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia que sólo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad hasta que llegando la multitud mejicana su unieron todos apresuradamente; y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse más frente al escuadron; pasaron á ella los arcabuces y ballestas; y se volvió á la batalla en paraje abierto, sin retirada ni seguridad en las espaldas. Morian cuantos indios se acercaban, sin escarmentar á los demás. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemi-

1. La batalla nocturna en la calzada fué la más horrorosa y funesta para los Españoles; é hizo en ellos impresion tan dolorosa, que desde entónces le dieron el sobrenombre de *noche triste*.

gos, y ofendian desde léjos los arcos y las hondas. Cansábanse los Españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de capitan, descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron asi los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel paraje las ventajas del sitio; y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerlo, movió el ejército y trató de ocuparlo, no sin mayor dificultad, porque fué necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; perc se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él cuanto pudiera entónces fabricar la imaginacion.

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Dejáronle desierto los sacerdotes y ministros que asistían al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenía el átrio bastante capacidad y su género de muralla, que unida con las torres daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los Españoles al abrigo de aquellos reparos, que allí se miraban como fortaleza inexpugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja, como socorro de superior providencia, y permaneció fuera del peligro esta devota consideracion; pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio, para salir de un conflicto, en que se tuvo á la vista el último riesgo, fabricaron despues en el mismo paraje una ermita de nuestra Señora, con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro

de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las más veces al aire, y algunas con rabicsa puntería las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia se retiraron todos hácia el camino de la ciudad, fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos, como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicando al retirarse que dejaban pendiente la cuestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento, con el cuidado á que obligaba una noche mal segura en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocase á todos el descanso. Hiciéronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo como por consumir las flechas mejicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente, del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos indios del bagaje. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventaron medicinas manuales que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y vendas las mantas de los caballos [1].

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba; y ántes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se de-

1. Segun Bernal Diaz, suplian los Españoles la falta de ungüentos para curarse las heridas con unto de hombre que tomaban de los indios muertos en la pelea; y añade que era muy eficaz su efecto.

bia ejecutar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas; y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dejándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo: « que no era para dos veces la » congoja en que se vieron aquella tarde; ni se podia repetir » sin temeridad el empeño de marchar peleando con un ejér- » cito de número tan desigual, obligados á traer en contrário » movimiento las manos y los pies. » Á « que añadió : que » para evitar esta resolucion tan peligrosa y de tantos incon- » venientes, habia discurrido en asaltar al enemigo en » su alojamiento con el favor de la noche; pero que le pa- » recia diligencia infructuosa, porque sólo se habia de » conseguir que huyese la multitud para volverse á juntar: » costumbre á que se reducia lo más prolijo de aquella » guerra : que despues habia pensado en mantener aquel » puesto; esperando en él á que se cansasen los Mejicanos » de asistir en la campaña; pero que la falta de bastimen- » tos, que ya se padecia, dejaba este recurso en términos » de impracticable. » Y últimamente dijo : « que tambien » se le habia ofrecido, si conviendria, » y esto era lo que » llevaba resuelto, « marchar aquella misma noche, y » amanecer dos ó tres leguas de aquel paraje : que no mo- » viéndose los enemigos, segun su estilo hasta la mañana, » tendria la conveniencia de adelantar el camino sin otro » cuidado; y cuando se resolviesen á seguir el alcance, » llegarian cansados, y sería mas fácil continuar la retirada » con ménos briosa oposicion. Pero que viniendo tan que- » brantado el ejército y tan fatigada la gente, sería inhu- » manidad, fuera de toda razon, ponerla sin nueva causa » en el trabajo de una marcha intempestiva, obscura la » noche y el camino incierto; aunque la ocasion, ó el » aprieto en que se hallaban, pedia remedios extraordina- » rios, breve determinacion ; y donde nada era seguro, » pesar las dificultades, y fiar el acierto de menor incon- » veniente. »

Apénas acabó su razonamiento, cuando se conformaron

todos los capitanes en que sólo era posible, ó ménos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin más detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno: primor de que solia valerse para excusar disputas, cuando instaba la resolucion, y de que sólo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dejar que discurrir preguntando.

CAPÍTULO XX

Continúan su retirada los Españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano.

Poco ántes de la hora señalada se convocó la gente que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la órden y la razon de la órden, con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento; y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella por hallarse más cerca del peligro, y afianzar, con su cuidado la seguridad los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y orl denando á las guias que se apartasen del camino reapara volverle á cobrar con el dia, marcharon poco más de media legua, sin que dejase de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencío de la noche.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montuosa, dieron los batidores en una celada que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Bajaban de los montes y salian de la maleza diversas tropas de in-

dios que acometian desunídamente por los costados; y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha fué necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del ejército que se dejaba de la otra parte del adoratorio; y algunos de nuestros escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos mejicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir eran las milicias de aquellos lugares cercanos que de órden anterior salian á cortar la marcha ocupando las quiebras del camino; porque si los Mejicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel, como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion, de ménos peligro que molestia, caminó dos leguas el ejército, y poco ántes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio ménos capaz y ménos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña y medir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos indios; y hallándose reducido á correrías de paisanos, lo que se llegó á recelar como nueva carga del ejército enemigo, se volvió á la marcha sin más detencion, con ánimo de adelantarla cuanto fuese posible para evitar ó hacer más dificultoso el alcance de los Mejicanos.

Duraron los indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde léjos como perros amedrentados que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas más adelante se descubrió un lugar en paraje oportuno, y al parecer de considerable poblacion. Eligiólo Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupase por fuerza si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitantes, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entónces como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el ejército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hiciéronse despues otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavía fuera del camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche; ni cesaba la persecucion de aquellos indios, que anduvieron siempre á la vista, si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera órden á correr su distrito. Pero sobre todo se dejó sentir en aquellos tránsitos el hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animábanse unos á otros los soldados y los capitanes, y hacía sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegáronse á comer las yerbas y raíces del campo, sin atender al recelo de que fuesen venenosas; aunque los más advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los Tlascaltecas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó, con alegre facilidad, la falta que hacía en el ejército, porque se repartió como regalo particular entre los más necesitados, y éstos celebraron la fiesta convidando á sus amigos: banquete sazonado entónces, en que cedieron á la necesidad los escrúpulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada sin retirarse como los demás, ni dejar de asistir con agrado y solicitud á cuanto se les ordenaba: puntualidad y agasajo que fué nuevo ardid de los Mejicanos para que sus enemigos se acercasen ménos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision y trajeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvidase lo padecido. Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascala. Reconocióse novedad en los indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian más de contento que de indignacion. Reparó doña Marina en que decian muchas veces: « andad, tiranos, que presto llegaréis donde perezcáis. »

Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegase á dudar si aquellos indios, confinantes ya con los términos de Tlascala, festejarian el peligro á que iban encaminados los Españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquella nacion; pero Hernan Cortés y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna celada vecina, porque no faltaban experiencias de la sencillez ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el ejército mismo de los Mejicanos, que se dejó en el paraje del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos capitanes. Reconocieron por la mañana segun la presuncion que se ajusta más con las circunstancias del suceso, la retirada intempestiva de los Españoles, y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos ántes de salir á tierra de Tlascala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña: y despacharon á Méjico para que se tomase con mayores véras lo que tanto importaba, cuya proposicion fué tan bien admitida en la ciudad, que partió luégo toda la nobleza con el resto de las milicias que tenian convocadas á incorporarse con su ejército; y en el breve plazo de tres ó cuatro dias se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los Españoles y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse y esperar encubiertos: notables advertencias en lo discurrido, y rara ejecucion de lo resuelto, que uno y otro se pudiera envidiar en cabos de mayor experiencia, y en gente de ménos bárbara disciplina.

No se llegó á recelar entónces que fuesen los Mejicanos, ántes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y flojedad que solian, pero al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de ménos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista : último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitan general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obeceder sus órdenes la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño : su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores : vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones ; y hallándolos más cerca de la ira que de la turbacion, « llegó » el caso, dijo, de morir ó vencer : la causa de nuestro » Dios milita por nosotros. » Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la órden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion ; y apellidando, como solia, unas veces á Santiago y otras á san Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apénas tuvo lugar el

enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los Españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los Tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo ménos indios que apretados á llenar el puesto de los que morian; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego, y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo dementian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente, que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóval de Olid y Alonso Dávila para que le si-

guiesen y guardasen las espaldas, con los demas que asistian á su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco más de media rienda por la parte que parecia más flaca ó ménos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian, el choque de los caballos; y ántes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el capitan general de los Mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luégo en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entónces la hazaña de su capitan, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte [1].

1. Casi todos los historiadores de la conquista de Nueva España, incluso Mr. Robertson, escriben que el mismo Hernan Cortés derribó de un bote de lanza al general de los Mejicanos, y que un soldado de aquél se apoderó del estandarte del imperio. En esta parte se desvian demasiado de lo que el mismo Cortés escribió á Cárlos V; sin que podamos adivinar porqué Robertson no le siguió esta vez, como lo hace constantemente en lo respectivo á la exactitud de los hechos; puesto que lo hallaba escrito por el que más interés podia tener en atribuir el buen éxito de una batalla tan importante como la de Otumba, á una hazaña personal que de tal manera podia realzar su fama. Pero Cortés nada dice respecto de si propio; y las palabras con que señala el motivo de haberse alcanzado la victoria, son tan claras y precisas que no dejan lugar á gratuitas interpretaciones. *Duró la batalla* (dice) *mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.* Al referir esta batalla Hernan Cortés, nó dice cuál era el nú-

Apénas le vieron aquellos bárbaros en poder de los Españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales : cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los Españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar; y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres Españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo, y fué considerable ;porque los Mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieran veinte mil en esta batalla : siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará ménos disonancia en la desproporcion del primer número [1].

Todos los escritores nuestros y extraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en

mero de combatientes mejicanos, pero supone ser crecidísimo, valiéndose de esta frase hiperbólica : *ninguna cosa de los campos, que se podian ver, habia de ellos vacía.* Faltan palabras para encarecer el valor y sufrimiento de aquel puñado de héroes que fugitivos y acosados por todas partes y experimentando continuas pérdidas, tuvieron el denuedo y coraje suficientes para escarmentar en el valle de Otumba la osadía de los Mejicanos, sin embargo de que, segun escribe el mismo Cortés, los Españoles *iban muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre.* Los extrangeros tan dispuestos á encarecer los actos de barbarie de que acusan á los vencedores de cien y cien combates, no han encarecido en la misma proporcion el indomable valor y constancia á toda prueba de que se hallaban animados en medio de las más espantosas privaciones.

1. Solís copia aquí lo que halló escrito en Herrera sobre el número y mortandad del ejército mejicano. Bernal Diaz nada dice de lo primero ni de lo segundo ; solamente afirma que en ninguna batalla se vió tal multitud de indios reunidos.

las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el aire por sus Españoles, como lo afirman algunos prisioneros, quedará más creible ó ménos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible donde se conoció con tantas evidencias la mano de Dios; á cuyo poder se deben siempre atribuir, con especial consideracion, los sucesos de las armas: pues se hizo aclamar señor de los ejércitos para que supiesen los hombres que sólo deben esperar y reconocer de su altísima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas: porque algunas veces castiga la sinrazon asistiendo á los ménos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece, fiando el azote de la mano aborrecida.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Entra el ejército en los términos de Tlascala, y alojado en Gualipar visitan á Cortés los caciques y senadores : celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas experiencias.

Recogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillage : volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun recelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todavía se dejaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas; pero no siendo posible salir aquel dia de los confines mejicanos, á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos, se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro, y al amanecer se halló el camino sin alguna oposicion, despojados ya y libres de asechanzas los llanos convecinos, aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Descubriéronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascala, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos moradores para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parajes donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la república con aclamaciones de todo el ejército. Los Tlascaltecas se arrojaron á besar la tierra como hijos desalados al regazo

de su madre. Los Españoles dieron al cielo con voces de piadoso reconocimiento la primera respiracion de su fatiga. Y todos se inclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entónces de saludable y delicado, porque se refiere con particularidad, lo que celebraron el agua los Españoles, fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos dándoles á entender : « cuanto importaba con» servar con el agrado y la modestia el afecto de los » Tlascaltecas, y que mirase cada uno en la ciudad, como » peligro de todos, la queja de un paisano. » Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua y disponer la entrada con noticia y permision del senado, y á poco más de medio dia se hizo alto en Gualipar, villa entónces de considerable poblacion ; cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas y cuanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian recelosos llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su cuartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quitar los escrúpulos de la seguridad.

Trató luégo de participar al senado la noticia de su retirada y sucesos con dos Tlascaltecas; y por más que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria ; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la república su grande amigo Magiscatzin, el ciego Xicotencal, su hijo, y otros ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzin, arrojándose á sus brazos y apartándose de ellos para mirarle y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencal se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos; y manifestó su voluntad aún más afectuosamente, porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que al parecer, tomaban á su cargo el ejercicio de los

ojos Iban llegando los demás, entretanto que se apartaban los primeros, á congratularse con los capitanes y soldados conocidos. Pero no dejó de hacerse algun reparo en Xicotencal el mozo, que anduvo más desagradable ó más templado en los cumplimientos; y aunque se atribuyó entónces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavía en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion cuantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dijéronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Doliéronse de sus heridas mirándolas como desman sacrílego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los Españoles, y particularmente la de Juan Velázquez de Leon, á quien amaban, no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los Mejicanos; y últimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias y con las tropas auxiliares de sus aliados : añadiendo para mayor seguridad, que ya no sólo eran amigos de los Españoles, sino vasallos de su rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes y morir á su lado. Así concluyeron su conversacion distinguiendo, no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallaje, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad; y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no sólo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion : porque la pérdida que se hizo al salir de Méjico se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascala como prodigio del valor y último crédito de la retirada. Propusiéronle que pasase luégo á la ciudad, donde tenian prevenido el alo-

jamiento; pero se ajustaron fácilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente, porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad al modo que solian festejar los triunfos de sus generales.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido liberalmente de cuanto hubo menester por cuenta de la república; y luégo que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad y se trató de la marcha. Adornáronse los Españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los Mejicanos vencidos : exterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria, que hay casos en que importa la ostentacion al crédito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el ejército los caciques y ministros en forma de senado con todo el resto de sus galas y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubriéronse de gente los caminos : hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular : andaban mezclados los víctores de los Españoles con los oprobios de los Mejicanos : y al entrar en la ciudad hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles distribuidos en diferentes coros que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el ejército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedaje de Magiscatzin, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo por esta misma razon el ciego Xicotencal á Pedro de Alvarado; y aunque los demas caciques se querian encargar de otros capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los cabos del cuerpo de guardia principal. Fué la entrada que hicieron los Españoles en esta ciudad por el mes de julio de 1520, aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los escritores; pero reservamos este género de reparos para cuando se discuerda en la substancia de los sucesos, donde no cabe la extension del poco más ó ménos

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando

todos sus habilidades al divertimiento de los huéspedes y al aplauso de la victoria, sin exception de los nobles, ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla; fuese por no dejar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó volatines que se procuraban exceder en los peligros de la maroma, ejercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto parte del entretenimiento; pero se alegraban siempre los fines y las véras del espectáculo con los bailes y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena corrrepondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion, lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad y celebraba sus ejercicios agasajando á los unos y honrando á los otros, con igual confianza y satisfaccion. Los capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas; y hasta los soldados cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza: venía mal curada, y el sobrado ejercicio de aquellos dias trajo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas, que postraron el sujeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que llegó á temer el peligro de su vida.

Sintieron los Españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fué más reparable por ménos debida, la turbacion de los

indios, que apénas supieron la enfermedad cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al extremo contrário de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Teule, nombre, como dijimos, que daban á sus semi-dioses, ó poco ménos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida, y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos, y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el senado los médicos más insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad, y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional, que á los principios todo fué de la experiencia; y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fué poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia; conoció Hernan Cortés con otra experiencia más el afecto de los Tlascaltecas; y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, á tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad

CAPÍTULO II

Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca: vienen embajadores de Méjico á Tlascala: y se descubre una conspiration que intentaba Xicotencal el mozo contra los Españoles.

Venia Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera-Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las bases principales sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luégo á Rodrigo Rangel que, como dijimos, quedó nombrado por teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno, y llegó brevemente su respuesta, mediante la extraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya substancia fué : « que no se habia ofrecido novedad que pudiese dar cuidado en la plaza, ni en la costa : que Narbaez y Salvatierra quedaban asegurados en su prision, y que los soldados estaban gustosos y bien asistidos, porque duraba en su primera puntualidad el afecto y buena correspondencia de los Zempoales, Totonaques y demás naciones confederadas. »

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelta á la plaza ocho soldados con un cabo que fueron á Tlascala por el oro que se dejó repartido á los Españoles de aquella guarnicion; y que si era cierta la voz que corria entre los indios de que los habian muerto en la provincia de Tepeaca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbaez que se quedó herida en Zempoala; porque habian marchado en tropas como fueron mejorando, con ansía de llegar á Méjico, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso dejaria de quedar

grande la pérdida en aquella ocasion y en una tierra donde se contaba por millares de indios lo que suponia cada español. Informóse de los Tlascaltecas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habérsela recatado por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de la Vera-Cruz llegaron á Tlascala y volvieron à partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeaca, que fué una de las que dieron la obediencia en el primer viaje de Méjico. Y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros; en que no dejaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas mejicanas con ánimo de mantener la traicion: novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo, cuya diligencia no sufria dilacion, por estar situada esta provincia en paraje que dificultaba la comunicacion de Méjico á la Vera-Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado ántes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los Tepeaqueses habian penetrado pocos dias ántes los confines de Tlascala, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el senado que se castigase con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procurase interesar á los Españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los Españoles. Avisaron de Gualipar que habian llegado á la frontera tres ó cuatro embajadores del nuevo emperador mejicano, dirigidos á la república de Tlascala, y quedaban esperando licencia del senado para pasar á la

ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenzas encubiertas las negociaciones del enemigo: pero aunque se tuvo por cierto que sería la embajada contra los Españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderase á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los embajadores, para que se lograse por lo ménos aquel acto de igualdad tan desusado en la soberbia de los príncipes mejicanos; y se infiere del mismo suceso que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al senado los embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretexto de que se pudiese argüir ménos sinceridad en la intencion de los Tlascaltecas.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y de plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando más apetecido. Traían ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantitad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas [1] y criados: superfluidades en que á su parecer venía figurada la grandeza de su príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada, siendo como unas ostentaciones del poder que asombran ó divierten los ojos para introducir la sinrazon en los oidos. Esperóles el senado en su tribunal sin faltar á la cortesía, ni exceder en el agasajo; pero celoso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Su proposicion fué, despues de nombrar al emperador mejicano con grandes sumisiones y atributos, « ofrecer de » su parte la paz y alianza perpétua entre las dos naciones, » libertad de comercio y comunicacion de intereses; con » calidad y condicion que tomasen luégo las armas contra » los Españoles, ó se aprovechasen de su descuido y segu-

1. Asi se halla escrito en varias ediciones: pero debe decir, *camareros.*

» ridad para deshacerse de ellos. » Y no pudieron acabar su razonamiento porque se hallaron atajados, primero de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia, y despues de una irritacion mal reprimida que prorumpió en voces descompuestas; y se llevó tras sí la circunspeccion.

Pero uno de los senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo cual ejecutado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto, aunque se aliñaron los términos de la repulsa y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera, resolviendo que se nombrasen tres ó cuatro diputados que llevasen la respuesta del senado á los embajadores, cuya sustancia fué : « que se admitiria » con toda estimacion la paz, como viniese propuesta con » partidos razonables, y proporcionados á la conveniencia » y pundonor de ambos dominios; pero que los Tlascalte- » cas observaban religiosamente las leyes del hospedaje, » y no acostumbraban ofender á nadie sobre seguro; pre- » ciándose de tener por imposible lo ilícito, y de irse de- » rechos á la verdad de las cosas, porque no entendian de » pretextos ni sabian otro nombre á la traicion. » Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta, porque los embajadores viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luégo en camino, llevando tanto miedo como trajeron gravedad; y no pareció conveniente detenerlos porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los Españoles, y se temió algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese las atenciones del senado.

Esta diligencia de los Mejicanos, aunque frustrada con tanta satisfaccion de los Españoles, no dejó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencal el mozo en la junta de los senadores su dictámen, dejándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el

respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenía preocupado el corazon, sirviéndose de la paz que proponian los Mejicanos, no porque fuese de su genio ni de su conveniencia, sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia y dañada intencion. « El emperador mejicano, decia, » cuya potencia formidable nos trae siempre con las armas en las manos, y envueltos en la continua infelicidad » de una guerra defensiva, nos ruega con su amistad, sin » pedirnos otra recompensa que la muerte de los Españoles, en que sólo nos propone lo que debiamos ejecutar por nuestra propia conveniencia y conservacion: » pues cuando perdonemos á estos advenedizos el intento » de aniquilar y destruir nuestra religion, no se puede » negar que tratan de alterar nuestras leyes y forma de » gobierno, convirtiendo en monarquía la república venerable de los Tlascaltecas, y reduciéndonos al dominio » aborrecible de los emperadores: yugo tan pesado y tan » violento, que áun visto en la cerviz de nuestros enemigos lastima la consideracion. » No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar las diligencias, y llegaron luégo á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fué llamado á esta conferencia Xicotencal el viejo, sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos

votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que más esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria [1].

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó por su contemplacion el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á ménos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado, y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal; cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion; y á instancia suya fué restituido en sus honores y en la gracia de su padre; aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud que le costó la vida como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Xicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño y castigado el delito, y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los ménos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltecas; que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa, ó por lo ménos se miraba entónces como uno de los efectos en que no se halla razon natural si se busca entre las causas inferiores.

1. Éste es meramente un episodio, de cuya certeza nos es lícito dudar. Pero dado que fuese cierto, nunca debió condenar Solis en el jóven Xicotencal ese noble sentimiento de amor pátrio, que hace su mayor elogio.

CAPÍTULO III

Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca; y vencidos los rebeldes que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entretanto que andaba Xicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entónces de borrar con los excesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia excusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion y llamar á la venganza; pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narbaez, que á vista de los trabajos padecidos se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las granjerías que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera-Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamáica, y volver ménos aventurados á la empresa de Méjico, no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera-Cruz, y no era posible penetrarlo sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de

toda su reportacion para no destemplarse con ellos; porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razou, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltecas, aventurando su amistad, y dejando consentida la traicion de los Tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacía poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dijo solamente: «que teniendo el enemigo » los pasos estrechos de la montaña, precisamente se » habia de pelear para salir á lo llano: que ir sólos á » esta faccion sería perder voluntariamente, ó por lo » ménos aventurar sin disculpa el ejército: que ni era » practicable pedir socorro á los Tlascaltecas, ni ellos lo » darian para una retirada que se hacía contra su voluntad; » y que una vez sujeta la provincia rebelde, y asegurado » el camino, en lo cual asistiria con todas sus fuerzas la » república, les ofrecia sobre la fe de su palabra que po» drian retirarse con licencia suya cuantos no se determi» nasen á seguir sus banderas.» Con que los dejó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luégo en ejecucion su jornada con que se quietaron por entónces.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenía experimentados en el viaje de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Xicotencal que siguiese con el resto de sus milicias; y puesta en órden su gente, se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, inclusos los capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demas en casa de Magiscatzin.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del concurso popular y grande alegría de los mismos soldados tlascaltecas: pronósticos de la victoria en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hízose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascala y cinco de Tepeaca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del ejército y sólo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia de los Tlascaltecas, en cuya irritacion tuvieron diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dijesen de su parte á los caciques y ministros principales de la ciudad: « que venia con aquel ejército á castigar la muerte de » tantos Españoles como habian perdido alevosamente la » vida en su distrito, y la traicion calificada con que se » habian negado á la obediencia de su rey; pero que de» terminándose á tomar las armas contra los Mejicanos, » para cuyo efecto los asistiria con sus fuerzas y las de » Tlascala, quedaria borrada con un perdon general la » memoria de ambas culpas, y serian restituidos á su » amistad, excusando los daños de una guerra, cuya » razon los amenazaba como delincuentes, y los trataria » como enemigos. »

Partieron con este mensaje, y al parecer bastantemente asegurados, porque doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés, algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin recelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y asi lo ejecutaron el dia siguiente, acompañándolos en esta funcion dos Mejicanos, que al parecer venian como celadores de la embajada para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya sustancia fué insolente y descomedida: « que no querian la paz; ni tardarian mucho en buscar á » sus enemigos en campaña para volver con ellos mania» tados á las aras de sus dioses. » Á que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta

con el número de su ejército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió à despachar con nuevo requerimiento que ordenó para su mayor justificacion, en que les protestaba : « que no ad- » mitiendo la paz con las condiciones propuestas, serian » destruidos á fuego y á sangre como traidores á su rey, » y quedarian esclavos de los vencedores, perdiendo ente- » ramente la libertad cuantos no perdiesen la vida. » Hízose la notificacion à los enviados con asistencia de los intérpretes, y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento, no porque le hubiesen de leer, sino porque al oir de sus mensajeros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo más de las palabras sin voz que llevaba el papel : que como extrañaban tanto en los Españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobre-natural que pudiesen hablarse y entenderse desde léjos, quiso darles en los ojos con lo que les hacía ruido en el cuidado; que fué como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Pero sirvió de poco este primor, porque fué aún más briosa y más descortés la segunda respuesta ; con la cual llegó el aviso de que venía marchando en diligencia más que ordinaria el ejército enemigo, y Hernan Cortés, resuelto á buscarle, ordenó luégo su gente, y la puso en marcha sin detenerse á instruirla ni animarla, porque los Españoles estaban diestros en aquel género de batallas, y los Tlascaltecas iban tan deseosos de pelear, que trabajó más la razon en detenerlos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo si fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde léjos el bullicio de su natural inquietud : y la noticia de los batidores llegó á tiempo que dadas las órdenes y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la celada con un género de sosiego que procuraba imitar el descuido.

Dióse principio al combate prolongando los escuadrones, lo que fué necesario para guardar las espaldas; y los Mejicanos que traian la vanguardia, se hallaron acometidos

por todas partes cuando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo cuantos no se retiraron anticipadamente. Fuese ganando tierra sin perder la formacion del ejército, y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehiciéronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los Mejicanos cedieron, no solamente la campaña, sino todo el país buscando su refugio en otros aliados; y á su ejemplo se retiraron los Tepeaqueses con el mismo desórden tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus comisarios á rendir la ciudad, pidiendo cuartel, y dejándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas, hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fué considerable. Los Tlascaltecas pelearon valerosamente; y lo que más se pudo extrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo, y de los Españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente que no fué necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio de los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humilláronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra; y fué necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luégo que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al rey don Cárlos, y publicasen el perdon general en su nombre, cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los Tlascaltecas su cuartel fuera de poblado porque se temió que pudiese más en ellos la costumbre de maltratar á sus

enemigos que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando; y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus Españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de recelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que á la verdad fueron solicitados y asistidos por los Mejicanos, asi para la primera traicion, como para los demás atrevimientos.

Hallábanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion; y tan desengañados en el conocimiento de que, áun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas, que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparase la ciudad; de que se tomó pretexto para levantar allí una fortaleza que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos; y sobre todo, para dar seguridad al paso de la Vera-Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fagina y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña; y en lo más eminente se levantó una fortificacion de materia más sólida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para cualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias; y Hernan Cortés señaló algunos Españoles que se quedasen á defender aquella plaza que hizo llamar Segura de la Frontera, y fué la segunda poblacion española del imperio mejicano.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones, de los prisioneros mejicanos y tepeaqueses de la victoria pasada; y ordenó que fuesen llevados á Tlascala con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entónces en aquella tierra el herrarlos y venderlos como esclavos: abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas

donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; aunque no se refiere como disculpa el ejemplar, que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable, y por más que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprension de semejante desórden, aunque llegó á notícia del emperador, fundado en algunos de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los cristianos, y fué punto que se ventiló en largas disputas y papeles. Pero aquel ánimo real, verdaderamente religioso y compasivo, se dejó pendientes las controversias de los teólogos, y ordenó de propio dictámen que fuesen restituidos en su libertad cuando lo permitiese la razon de la guerra, y en el ínterin tratados como prisioneros y no como esclavos: heróica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallaje, ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

CAPÍTULO IV

Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano que vino á defender su frontera.

Poco despues que se alojó el ejército en Tepeaca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencal, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el ejército auxiliar de los Tlascaltecas. Convenía para sosegar á los Tepeaqueses, que andaban recelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los Mejicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó cuatro lugares de aquel distrito, envió diferentes capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta Españoles, y número considerable de Tlascaltecas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á

castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre, y los capitanes volvieron victoriosos, dejando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los Mejicanos que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fué rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros excedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron sólo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los Españoles. Y ya no se llamaban prisioneros sino cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal; dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Habia muerto en esta sazon, segun la noticia que se tuvo poco despues, el emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que como dijimos se llamaba Quetlabaca, señor de Iztacpalaba; y juntándose los electores, dieron su voto y la investidura del imperio á Guatimozin [1], sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luégo lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los Españoles en la provincia de Tepeaca; y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los Tlascaltecas y demas provincias confinantes, entró en aquel temor razonable de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables prevenciones que dieron grande recomendacion á los principios de su reinado. Alentó la milicia con

1. Su nombre era *Quautemoctzin*, que suena casi lo mismo. Herrera dice que era sobrino de Motezuma : pero no aparece semejante parentesco en la cronologia de los emperadores mejicanos. Algunos autores sólo le dan de 18 á 19 años de edad cuando tomó el mando.

premios y exenciones: ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra: hízose más señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores: repartió dádivas y ofertas entre los caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa; y porque no se quejasen de que les dejaba todo el peso de la guerra, envió un ejército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que sólo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, más que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenía ejército en la frontera, y no le dejaron que dudar tres ó cuatro mensajeros nobles que le despachó el cacique de Guacachula, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de Méjico, y una de las que miraba el nuevo emperador como antemural de sus estados. Venian á pedir socorro contra los Mejicanos: quejábanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos luégo que se dejase ver de sus murallas el ejército de los Españoles. Facilitaban la empresa y la querian justificar, diciendo que su cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés qué grueso tendria el enemigo en aquel paraje; y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de la ciudad, y en otra que se llamaba Izucan, distante cuatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachula y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Examinólos cuidadosamente haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dejaron persuadido á que venía sin doblez la proposicion: y cuando le quedase algun recelo procuraria disimularlo, porque áun en caso

de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas cuidades fronterizas ántes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Tomó tan de véras el empeño, que formó aquel mismo dia un ejército de hasta trescientos Españoles, con doce ó trece caballos, y más de treinta mil Tlascaltecas, encargando la faccion al maestre de campo Cristóbal de Olid; y andaba tan cerca entónces el disponer del ejecutar, que marchó la mañana siguiente, llevando consígo á los mensajeros, y órden para que se procurase adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad; y caso que hubiese algun recelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procurase romper ántes á los Mejicanos, llamándolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeaca, y casi á la misma distancia de Guacachula, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venía en persona el emperador mejicano á socorer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decíanlo así los paisanos sin dar fundamento en el orígen de esta noticia; pero los Españoles de Narbaez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon, ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia que llegó á enojarse con ellos Cristóbal de Olid, y á despedirlos con desabrimiento, amenazándoles con el enojo de Cortés, porque no les hacía fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion y el acierto de la misma jornada.

Viéronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercando en más que ordinaria diligencia; y le obligaron á poner en órden su gente, creyendo que le buscaban ya los Mejicanos; en que obró lo que debia, que nunca daña á la salud de los ejércitos los excesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venía por capitan de aquellas tropas el cacique de Guajocingo, á quien acompañaban otros caciques sus confede-

rados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mejicanos, que tenian ocupada la frontera y amenazados sus domínios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los caciques á verse con él, eomo lo ejecutaron luégo. Pero de lo mismo que al parecer debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército que tomó su principio en las Tlascaltecas, y comprendió brevemente á los Españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida, y que la enviaban los Mejicanos para que se declarase por enemiga cuando llegase la ocasion de la batalla. Oyólos Cristóbal de Olid, y dejándose llevar con poco exámen á la misma sospecha, prendió luégo á los caciques, y los envió á Tepeaca para que determinase Cortés lo que se debia ejecutar: accion atropellada en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos, pero éstos perseveraron á vista de aquella desconfianza sin moverse del paraje donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad; y los demás no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta y quedaron obligados á esperar la órden.

Llegaron los presos en breve á la presencia de Cortés, y se quejaron de Cristóbal de Olid en términos razonables, dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desaire de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos, porque halló en ellos todas las señas que suele traer consígo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion, porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luégo su jornada, y encargando á los ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa que llegó en breves horas al ejército. Alentáronse todos con su presencia:

pusiéronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba oscureciendo los ánimos: reprendió á Cristóbal de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus recelos con la prision de los caciques. Y unidas las fuerzas, marchó sin más detencion la vuelta de Guacachula, ordenando que se adelantasen los mensajeros de aquella ciudad, y diesen aviso á su cacique del paraje donde se hallaba, y de las fuerzas con que venía; no porque necesitase ya de sus ofertas, sino por excusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar

Tenian su alojamiento los Mejicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa, cuando el cacique logró la ocasion y desempeñó su fidelidad cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buen órden y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco más de media hora fueron totalmente deshechos los Mejicanos, siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los Españoles señalando su cuartel fuera de los muros á los Tlascaltecas y demas aliados, cuyo número fué creciendo por instantes, porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debajo de su mano; y creció tanto su ejército, que segun su misma relacion, llegó á Guacachula con más de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al cacique y á los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso; y ellos se ofrecieron para la empresa de Izucan, no sin presuncion de necesarios por la noticia con que se hallaban de la tierra, y porque ya se podia fiar de su valor. Tenía el enemigo en aquella ciu-

dad, como lo avisó el cacique, más de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañábala un rio, que necesariamente se habia de penetrar, y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciase la faccion, ni se dejase de mover todo el ejército.

Iba Cristóbal de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mujeres, quedándose con más de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apénas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes de acometer, cuando cesaron los gritos y desapareció por todas partes la guarnicion. Púdose temer alguna estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mejicanos, que puestos en desórden iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltecas; y aunque militaba por los enemigos lo ágrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan ejecutivamente, que apénas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que sólo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó cuarto de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger a los demás, enviándolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del rey, ofreciesen perdon y buen pasaje á cuantos se volvie-

sen luégo á sus casas; cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detúvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo y abrazasen la obediencia con el ejemplo de Guacachula. Despidió al mismo tiempo las tropas de los caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones; y se volvió á Tepeaca con sus Españoles y Tlascaltecas, dejando libre de Mejicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la experiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo emperador mejicano.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se hallase Cortés en esta expedicion. Puédese dudar si fué por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones ántes, ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto, como en todo, á Francisco Lopez de Gomára; porque los demás escritores afirman lo que dejamos referido, y el mismo Hernan Cortés en la carta para el emperador, escrita en treinta de octubre de mil quinientos y veinte, dá los motivos que le obligaron á seguir entónces el ejército.

CAPÍTULO V.

Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de Méjico: hállase casualmente con un socorro de Españoles: vuelve á Tlascala y halla muerto á Magiscatzin.

Apénas llegó Hernan Cortés á Tepeaca y á Segura de la Frontera, cuando le avisaron de Tlascala que su grande amigo Magiscatzin quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo; porque le debia una voluntad apasionada, que se habia hecho recíproca y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luégo al padre fray Bartolomé de Olmedo

para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la iglesia. Estaba cuando llegó este religioso poco ménos que rendido á la fuerza de la enfermedad; pero con el juicio libre y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion, porque le desagradaban los ritos y la multiplicidad de sus dioses; y hallaba ménos disonancia en la religion de los Españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la razon natural, y ciego, al parecer, más por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle fray Bartolomé porque halló conocido el error y deseado el acierto: con que sólo necesitó de instruirle y amonestarle para excitar la voluntad y quitar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y lo recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dejasen la idolatría y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés, procurando con todas véras, y como punto de convenienca propia, la conservacion de los Españoles; porque segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus manos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirárselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de lôs antecedentes, y ser dictámen suyo éste que se refiere como profecía. Lo que no se debe dudar es que le premió Dios con aquella última docilidad y extraordinaria vocacion lo que obró en favor de los cristianos, asi como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la repúblicade Tlascala. Fué hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el senado, y casi á mandar en sus resoluciones, porque cedian todos á su autoridad y á su talento ; y él sabia disponer como absoluto, sin exceder los límites de aconsejar como repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo, aunque le hacía mas falta como amigo, que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el cielo que al parecer cuidaba de animarle para que no desistiese, le socorrió entónces con un suceso favorable que mitigó

su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un bajel de mediano porte, en que venian trece soldados españoles y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velázquez de socorro á Pánfilo de Narbáez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el ejército de Cortés. Venía por cabo de esta gente Pedro de Carba, el que se hallaba gobernador de la Habana cuando salió Hernan Cortés de la isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viaje. Apénas descubrió el bajel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, cuando salió en un esquife á reconocerlo. Saludó con grande afecto á los recien venidos; y en la cortesía ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pánfilo de Narbáez, conoció á lo que venía. Respondióle sin detenerse: « que no sólo » se hallaba con salud, sino en grandes prosperidades, » porque todas aquellas regiones le habian dado la obe- » diencia; y Hernan Cortés andaba fugitivo por los montes con pocos de los suyos: » cautela ó falta de verdad en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo, pues fué bastante para sacarlos á tierra sin recelo, y para dar con ellos en la Vera-Cruz donde se descubrió el engaño y se hallaron presos por Hernan Cortés, aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero: porque á la verdad no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de hallarse con más Españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luégo una compañía de ballesteros, en fé de que tenía presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debajo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que traía Pedro de Barba para Narbáez en que le ordenaba Diego Velázquez, suponiéndole vencedor y dueño de aquellas conquistas: que se mantuviese á todo

» costa en ellas, para cuyo efecto le ofrecia grandes so-
» corros. » Y últimamente le decia : « que si no hubiese
» muerto á Cortés se le remitiese luégo con bastante se-
» guridad, porque tenía órden expresa del obispo de Búr-
» gos para enviarle preso á la córte : » y sería justificada la órden, si se atendió á no dejar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este ministro á Diego Velázquez, se puede temer que sólo se trataba de que fuese más ruidoso y más ejemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo bajel con nuevo socorro, dirigido á Pánfilo de Narbáez, y le aprendió con la misma industria Pedro Caballero. Traía ocho soldados, una yegua y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del capitan Rodrigo Marejon de Lobera, y todos pasaron luégo á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el ejército, siguiendo el ejemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciéndole que traian dentro de sí algunas especies, como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenía en su imaginacion resuelta la conquista de Méjico; y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictámen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable; porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de la calzadas, no se debia fiar de los pontones levadizos : invencion que sólo pudieron disculpar las angustias del tiempo; á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los indios y transportar su ejército á la ciudad. Los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamenes á la ribera más cercana del lago, desde los montes de Tlascala, catorce ó quince leguas por lo ménos de áspero camino. Tenía raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los

ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio; y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sino facilitada la ejecucion que tomó luégo por su cuenta, le mandó que se adelantase á Tlascala, llevando consigo los soldados españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviéndose tambien de los indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demás que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al mismo tiempo que se trujese de la Vera-Cruz la clavazon, jarcias y demás adherentes que se reservaron de aquellos bajeles que hizo echar á pique. Y porque tenía observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Hallábase tambien falto de pólvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados españoles, entre los cuales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el artillero, que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad, y volvieron finalmente con el azufre que fué necesario para la fábrica. En todo estaba y á todo atendia Hernan Cortés, tan léjos de fatigarse, que al parecer descansaba en su misma diligencia.

Hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando en breves dias, trató de volverse á Tlascala para estrechar cuanto pudiese los términos de su conquista; y ántes de partir dejó sus instrucciones al nuevo ayuntamiento de Segura, y por cabo militar al capitan Francisco de Orozco, dándole hasta veinte soldados españoles y quedando á su obediencia la milicia del pais.

Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzin: prevínose de ropas negras que vistieron sobre las armas él y sus capitanes, á cuyo efecto mandó te-

ñir algunas mantas de la tierra. Hízose la entrada sin más aparato que la buena ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados que iba publicando el duelo de su general. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenía razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades; y que fué una exterioridad á dos luces, en que hizo cuanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los senadores sin proveer el cargo de Magiscatzin, que gobernaba como cacique por la república el barrio principal de la ciudad, para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictámen; y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró y dispuso que nombrasen los demas á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juicio y el valor, y de tanto espíritu, que subió al tribunal sin extrañar la silla ni hallar novedad en las materias del gobierno; y últimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo más importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautimo, y le recibió con pública solemnidad, llamándose don Lorenzo de Magiscatzin : efecto maravilloso de las razones que oyó á fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de su padre, cuya fuerza meditada y digerida en la consideracion, le fué llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el cacique de Izucan, mancebode poco edad, que vino á Tlascala con la investidura y representacion del nuevo señorío, para dar las gracias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleito que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre : que todo se lo consultaban, comprometiendo en él sus diferencias los caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables : tanto le veneraban y tan seguro del acierto le obedecian.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones,

despertó al anciano Xicotencal, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dejaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el ejemplar de Magiscatzin, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la religion católica en el artículo de la muerte le hizo, tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiéndo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece á la verdad que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnates y los sábios de la república, por cuyo dictámen se gobernaban los demás; pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen: y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los Mejicanos se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los Tlascaltecas al sosiego de que necesitaba la enseñanza y nueva introduccion de la doctrina evangélica. Dejóse para despues lo más esencial: enfriáronse los ejemplares y duró la idolatría. Púdose lograr en los dias que se detuvo el ejército el primer fruto, por lo ménos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentase ó consiguiese otra conversion: tiempo erizado, bullicios de armas y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras ú las demás atenciones, y algunas veces á que se oigan mejor las máximas de la violencia con el silencio de la razon.

CAPÍTULO VI

Llegan al ejército nuevos socorros de soldados españoles: retiranse á Cuba los de Narbáez que instaron por su licencia: forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos comisarios al emperador.

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panuco; pero tenía tan rara fortuna sobre sus émulos, que así como le iba socorriendo Diego Velázquez con los medios que juntaba para destruirle y mantener á Pánfilo de Narbáez, le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacía para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como dijimos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia cuando estaba nuestro ejército en Zempoala; y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada, juntó mayor numero de gente, y envió sus mejores capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera, porque apénas saltaron en tierra los Españoles, cuando halleron tan valerosa resistencia en los indíos naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron; y atendiendo sólo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias, y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo a la costa de la Vera-Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el ejército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Túvose por cuidado y disposicion del cielo este socorro: y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte dondo más eran menester, el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fué un suceso digno de re-

flexion particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta repeticion de oportunidades, en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navío que gobernaba el capitan Camargo con sesenta soldados españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos, á cargo del capitan Miguel Diaz de Auz, caballero aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fué su persona socorro particular; y últimamente, la nave del capitan Ramirez que tardó algo más y llegó con mas de cuarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascala, dejando ejemplo á los demás para que siguiesen el mismo viaje, como lo ejecutaron todos voluntariamente; porque hacía ya tanto ruido en las islas cercanas los progresos de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, fáciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de Españoles: llenáronse los ánimos de nuevas esperanzas: redujéronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazábanse como amigos los que sólo se conocian como Españoles; y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dejó llevar á los excesos del contento, sin olvidarse de levantar al cielo el corazon, atribuyendo á Dios y á la justificacion de la causa que defendia, todo lo maravilloso, y todo lo favorable del suceso.

Pero no bastó esta felicidad para que se quietasen los de Narbáez, que volvieron á instar á Cortés sobre que les diese licencia para retirarse á la isla de Cuba, en que le reconvenian con su misma palabra; y no podia negar que los llevó con este presupuesto á la expedicion de Tepeaca, ni quiso entrar con ellos en nueva negociacion porque se hallaba con Españoles de mejor calidad, y no era tiempo ya de sufrir involuntarios y quejosos que hablasen con desconsuelo en los trabajos que allí se padecian, culpando

á todas horas la empresa de que se trataba: gente perjudicial en el cuartel, inútil en la ocasion y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el ejército algo más que los ausentes.

Mandó publicar en el cuerpo de guardia y en los alojamientos: « que todos los que se quisiesen retirar desde » luégo á sus casas lo podrian ejecutar libremente, y se » les daria embarcacion con todo lo necesario para el » viaje; » de cuya permission usaron los más, quedándose algunos á instancia de su reputacion. Deja de nombrar Bernal Diaz á los que se quedaron, y nombra prolijamente á casi todos los que se fueron, defraudando á los primeros, y gastando el papel en deslucir á los segundos; cuando fuera más conforme á razon que perdiesen el nombre los que hicieron tan poco por su fama. Pero no se debe pasar en silencio que fué uno de los que se retiraron entónces Andrés de Duero, á quien hemos visto en varios lances amigo y confidente de Cortés, y aunque no se dice la causa de esta separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretextos de que se valió para honestar su retirada, porque le hallamos poco despues en la corte del emperador haciendo ruido entre los ministros con la voz y con la causa de Diego Velázquez. Si hubo alguna queja entre los dos que diese motivo al rompimiento, sería la razon de Cortés; porque no parece creible que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, que halló salida para dejar á su amigo en el empeño, y para tomar contra él una comision en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, ó cautivar su entendimiento en obsequio de la sinrazon.

Desembarazado Hernan Cortés de aquella gente mal segura y descontenta, cuya embarcacion y despacho se cometió al capitan Pedro de Alvarado, tomó sus medidas con el tiempo que podria durar la fábrica de los bergantines: despachó nuevas órdenes á los confederados, previniéndoles para el primer aviso: encargó á cada uno la provision de víveres y armas que debian hacer, segun el número de sus tropas; y en los ratos que le dejaba libre esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba

recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista para dar cuenta de sí al emperador, con ánimo de fletar bajel para España, y enviar nuevos comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella corte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacía lugar entre sus mayores cuidados.

Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo más substancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, refirió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, próspero y adverso, desde que salió de Zempoala; y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la corte de aquel imperio, hasta que se retiró quebrantado y con pérdida considerable á Tlascala. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados españoles con que se iba reforzando su ejército, y de las grandes confederaciones de indios que tenía movidas para volver sobre los mejicanos. Hablaba con alientos generosos en las esperanzas de reducir á la obediencia de su majestad todo aquel nuevo mundo; cuyos términos por la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas y las opulencias de aquellos príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus Españoles, la fidelidad y el afecto de los Tlascaltecas; y en lo concerniente á su persona dejaba que hablasen por él sus operaciones, aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin obscurecer al conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velázquez y Francisco de Garay, y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luégo soldados españoles, con el mayor número que fuese posible de caballos, armas y municiones, haciendo particular instancia en lo que importaba enviar religiosos y sacerdotes de aprobada virtud, que ayudasen al padre fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos indios: punto en que hacía mayor fuerza; refiriendo que se

habian reducido y bautizado algunos de los que más suponian, y dejado en los demás un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entónces al emperador, poniendo en su real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dijo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia ó las dictaba la elocuencia de aquel tiempo : no sabemos si bastante ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar, aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que como eran nuevos en el oido, llegaban mal pronunciados ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los capitanes Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz ; y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verosímil que dejase de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir las contingencias de tan largo viage ; y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que ántes de manifestar su comision en España ni darse á conocer por enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los comisarios del año antecedente para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se hallase la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al rey, que se compuso del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascala, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entónces de sus pobres riquezas, á que se agregó tambien lo que se pudo adquirir en las expediciones de Tepeaca, y Guacachula, ménos cuantioso que el pasado, pero más recomendable por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas qui iban confesadas en la relacion.

Parecióle tambien que debian escribir al rey en esta ocasion los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de república en aquella tierra ; y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas

asistencias, y representando á su majestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno; porque asi como se debian á su valor y prudencia los principios de aquella grande obra, no sería fácil hallar otra cabeza, ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dijeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenía en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés; dando á entender que fué solicitada esta diligencia, y es muy creible que las viese; pero tambien es cierto que hallaría en ellas una verdad, en que pudo añadir poco la lisonja ó la contemplacion; y despues se queja de que no se permitiese á los soldados su representacion á parte, no porque dejase de sentir lo mismo que los dos ayuntamientos, que asi lo confiesa y lo repite, sino porque tratándose de la conservacion de su capitan, quisiera decir su parecer con los demas, y suponer en esto lo que verdaderamente suponia en las ocasiones de la guerra. Pase por ambicion de gloria: vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.

Partieron luégo Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza en uno de los bajeles que arribaron á la Vera-Cruz, con toda la prevencion que parecíó necesaria para el viage. Y poco despues resolvió Hernan Cortés que se fletase otro, para que pasasen los capitanes Alonso Dávila y Francisco Alvarez Chico con despachos de la misma sustancia para los religiosos de San Gerónimo, que presidian á la real audiencia de Santo Domingo única entónces en aquellos parajes, y suprema como dijimos para las dependencias de otras islas, y de la tierra firme que se iba descubriendo. Participóles todas las noticias que habia dado al emperador, solicitando más breves asistencias para el empeño en que se hallaba, y màs pronto remedio contra los desórdenes de Velázquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entónces la isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron y ofrecieron apoyar con el emperador todo lo que se habia

obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada, encargándose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repetidas, en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos comisarios más aplaudidos que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero ántes que pasemos á la narracion de nuestra conquista, y entretanto que se dá calor á la fábrica de los bergantines y á las demas prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viaje de los otros dos comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la corte del Emperador : noticia que ya se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal y se permiten al historiador como digresiones necesarias ; qne importan á la integridad, y no disuenan á la proporcion de la historia.

CAPÍTULO VII

Llegan á España los procuradores de Hernan Cortés y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del obispo de Búrgos.

Dejamos á Martin Cortés con los dos primeros comisarios de su hijo Alonso Hernandez Portocorrero y Francisco de Montejo en la miserable tarea de seguir la corte, donde residian los gobernadores del reino, y frecuentar los zaguanes de los ministros, tan léjos de ser admitidos, que sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dejarse ver, reducidos á contentarse con el reparo casual de los ojos : desconsolado memorial de los que tienen razon y temen destruirla con adelantarla. Oyólos el emperador benignamente, como se dijo en su lugar y aunque le tenian desabrido las porfías y descomedimientos de algunas ciudades que intentaban oponerse al viaje de Alemania con protestas irreverentes, ó poco ménos que amenazas, hizo lugar para informarse con parti-

cular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de la Nueva España, y tomar punto fijo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hízose capaz de todo sin desdeñarse de preguntar algunas cosas; que no desdice á la majestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio, ni siempre debian ir á los consejos las dudas de los reyes. Conoció luégo las grandes consecuencias que se podian colegir de tan admirables principios, y ayudó mucho entónces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

No permitieron las dependencias del reino, junto en córtes, ni lo que instaba el viaje del César, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una materia que tenía sus contradicciones; tanto por las diligencias que interponian los agentes de Diego Velázquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos ministros: pero cuando llegó el caso de la embarcacion, que fué á los veinte de mayo de este año de mil quinientos y veinte, dejó su majestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al cardenal Adriano, gobernador del reino en su ausencia. Y él deseó con todas véras favorecer esta causa; pero como los informes por donde se habia de gobernar en ellas salian del consejo de Indias, cuyos votos tenía cautivos de su autoridad y de su pasion el presidente obispo de Búrgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era fácil asegurar el acierto en su dictámen, cuando llegaban á su oido cubiertas con el manto de la justicia las representaciones de Velázquez y desacreditadas con el título de rebeldías las hazañas de Cortés.

Faltó despues el tiempo cuando era más necesario para que se descubriese ó examinase la verdad, dejándose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietáronse algunas ciudades, con pretexto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del ejemplo. Sintieron todas como última calamidad la ausencia del rey, y algunas creyendo que le servian ó que no le negaban la obediencia, padecian como atenciones de la obligacion los engaños de la fidelidad.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad : efecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los señores y los ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Púsose todo en turbacion : y últimamente llegaron casi á reinar las turbulencias del reino, que llamó la historia *comunidades*, aunque no sabemos con qué propiedad; porque no fué comun la dolencia, donde tuvieron la parte del rey muchas ciudades y casi toda la nobleza. Dieron este nombre á su atrevimiento los delincuentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de que se valian para desconocer la sedicion.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes; pero hemos debido tocarlas de paso; y decir algo del estado en que se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del cardenal, y se atrasaron las dependencias de Cortés: poco favorable sazon para tratar de nuevas empresas, cuando andaban los ministros y el gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonaban á despropósitos los cuidados de afuera; por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total desconcierto de las cosas, se retiraron á Medellin con ánimo de aguardar á que pasase la borrasca, ó volviese de su jornada el emperador que tenía comprendida su razon, y los dejó con esperanzas de favorecerla, suponiendo ya que sería necesaria su autoridad para vencer la oposicion del obispo, y los demás embarazos del tiempo.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prósperamente su viaje; y sin descubrirse ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés : diligencia que les importó la libertad, porque supieron con grande admiracion suya que los jueces de la contratacion tenian órden expresa del obispo de Búrgos para que cuidasen de cerrar el paso y poner en segura prision á cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España, embargando el oro y demás

géneros que trujesen de propio caudal ó por via de encomienda, con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que traian, dejando el presente del rey con todo lo demás en manos de aquellos ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Salieron de Sevilla, no sin recelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la corte á Martin Cortés ó á los dos comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar; pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fué celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco si convendria llevar los despachos de Cortés al cardenal gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion; pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reino, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entónces á conveniencias distantes que miraban al aumento y no al remedio de la monarquía; y así resolvieron conservar aquel retiro hasta que tomasen algun desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los ministros.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla, porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra y á sitiar las villas leales; corriéndose ya de parecer tolerados, y entrando ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traerlos al conocimiento de su error con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves, particularmente cuando á su parecer tenian la fuerza y la razon de su parte. Y no faltaban algunos eclesiásticos desatentos que abusaban del púlpito para mantenerlos en esta opinion, dándoles á entender que hacian el servicio de Dios y del rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso finalmente de armarse los señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciu-

dades que se mantenian por el emperador; y aunque los rebeldes tuvieron osadía para formar ejércitos y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos en que perdieron gente y reputacion, y á cuatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas, porque se retiraron al bando más seguro los advertidos y los temerosos : redujéronse las ciudades, calló el tumulto, y volvió á su oficio la consideracion : movimiento en fin poco más que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Importó mucho para que la quietud se acabase de restablecer el aviso que llegó entonces de que se acercaba la vuelta del emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dejarlo todo por asistir á lo que necesitaban de su presencia estos reinos : á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallándose Martin Cortés en el tiempo que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luégo á la corte con los cuatro procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del cardenal gobernador. Informáronle por mayor del estado en que se hallaba la conquista de Méjico remitiéndose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza. Diéronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de cualesquiera procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y preseas que traian de presente para el rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del obispo de Búrgos, y últimamente le pidieron licencia para recusarle por términos jurídicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar expuestos al castigo de su irreverencia. Oyólos el cardenal con señas de atento y compadecido, alentándolos y ofreciendo cuidar de su despacho. Hiciéronle particular disonancia las órdenes de Sevilla y el embargo del presente, porque uno y otro se habia resuelto sin su noticia; y así les respondió en lo tocante al obispo, que podrian seguir su justicia

como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de cualquiera extorsion que por esta causa pudiesen recelar; en que les dijo lo bastante para que se animasen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso : empresa en que se habla desde abajo, y suele perderse de tímida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna, intentaron luégo en el consejo de Indias la recusacion de su mismo presidente, dando las causas por escrito, con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria, para que no quedase ofendido el respeto : pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia, negando el recurso de la justicia en negocio de tanta consideracion; particularmente cuando se acercaba la vuelta del emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian : y así como importó para la quietud del reino, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los ministros. Bernal Diaz del Castillo y otros que lo tomaron de su historia, refieren destempladamente las causas de esta recusacion. Él dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron; porque no todas parecen creibles de un varon tan venerable y tan graduado : pero es cierto que se probaron algunas : como es el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velázquez : el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los procuradores de Hernan Cortés, llamándoles rebeldes y traidores alguna vez que se olvidaba de su prudencia : y éste con las órdenes que tenía dadas en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias, cargos innegables que constaban de su misma publicidad, bastó para que, vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del consejo y resolucion del cardenal, se diese por legítima la recusacion; quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velázquez. Revocáronse las órdenes y los embargos de Sevilla : convalecieron las importancias de aquella empresa : volviéronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco ménos que oscurecidas con el descrédito de su fide-

lidad; y el cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus procuradores, y á manifestar con tantas véras el deseo de adelantarlo, que habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exaltacion á la silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes favorables á este negocio; fuese por la fuerza que le hacía la razon de Cortés, ó porque llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio,y facilitar la reduccion de aquella gentilidad: intereses de la Iglesia que ocuparian digna mente las primeras intenciones del sumo Pontificado.

CAPÍTULO VIII

Prosíguese hasta su conclusion la materia del capítulo precedente.

Hallábase á la sazon el ya nuevo Pontífice Adriano VI en la ciudad de Vitoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipúzcoa, cuyas fronteras invadieron los franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla; pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luégo en camino: dejando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el emperador á las costas de Cantabria; y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reinos todavía convalecientes de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca, pero duraba la mareta sorda que suele dejarse conocer entre la tempestad y la bonanza; siendo necesario el castigo de los sediciosos exceptuados en el perdon general, para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia; porque los franceses que ocuparon con ejército improviso el reino de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion

y la prenda mal adquirida, conservaban Fuenterrabía, y era preciso tratar luégo de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo; pero á vista de estos cuidados y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flándes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España; que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velázquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontífice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del obispo de Búrgos, y mandó formar una junta de ministros para la determinacion de este negocio, en la cual concurrieron el gran canciller de Aragon Mercurio de Cantinara: Hernando de Vega, señor de Grajal y comendador mayor de Castilla: el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal: y el licenciado Francisco de Várgas, del consejo y cámara del rey; y monsieur de la Rosa, ministro flamenco: y no entró en esta junta monsieur de Laxao, que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera, porque habia muerto años ántes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Cantinara el puesto de gran canciller que vacó por su muerte; pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas, lo que deseaba el acierto de la sentencia; porque no tenía entónces el reino ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Viéronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso; y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razón de sí en la primera junta, porque deseaban todos abreviar el negocio y examinar á cara descubierta, como disculpaban ó como entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad sin atarse á los términos del camino judicial, cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la sustancia, y se debieron llamar estorvos de la justicia.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros procuradores con sus abogados, y entre los de Diego Velázquez se dejó ver Andrés de Duero que llegó en esta ocasion: y con haber faltado primero á su amo, hizo ménos extraño el faltar entóncesá su amigo. Fuéronse leyendo los memoriales y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente para ver como satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y como se verificaban las quejas ó lasdisculpas, de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar díctámen. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco más que verbal, convinieron todos en que no habia razon para qne Diego Valázquez pretendiese apropiarse y tratar como suya la conquista de Nueva España; sin más título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por capitan de la empresa; porque sólo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fué de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del rey en su distrito; sin qué le pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés; porque demás de haberse dado este instrumento con falta de autoridad y sin noticia de los gobernadores á cuya órden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en cuanto fué de su parte quedó sin accion para decir que se hacía de su órden la conquista, dejando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó más conveniente al servicio del rey con aquella gente, cuya mayor parte fué conducida por él y con aquellos bajeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos.

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza ó ménos obediencia de parte de Cortès en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condenar algo á su justa irritacion, y mucho más á los grandes efectos que resultaron de este principio cuando se le debia una conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable; y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que

fuese mantenido por entónces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentándole y asistiéndole para que no desistiese de una empresa que tenía tan adelantada; y últimamente culparon como ambicion desordenada en Diego Velázquez el aspirar con tan débiles fundamentos al fruto y á la gloria de los trabajos y hazañas ajenas; y como atrevimiento digno de severa reprension, el haber pasado á formar y enviar ejército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia y menospreciando las órdenes que tuvo en contrário de los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo.

Este parecer de la junta se consultó al emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya substancia fué declarar por buen ministro y fiel vasallo de su majestad á Hernan Cortés: honrar con la misma estimacion á sus capitanes y soldados: imponer perpétuo silencio á Diego Velázquez en la pretension de la conquista: mandarle con graves penas que no la embarazase por sí ni por sus dependientes; y dejarle su derecho á salvo en cuanto á los maravedís, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho: con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprension de Diego Velázquez, y las demas órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del rey.

Dicen algunos que se gobernó este juicio más por razon de estado que por el rigor de la justicia: no es de nuestro instituto examinar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces, y no dejamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fué suya la conquista, y del rey lo conquistado; sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos ministros usar de alguna equidad, sacando este negocio de las reglas comunes y moderando con la gracia los extremos de la justicia: temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velázquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues

que recibió la reprension del emperador : antiguo privilegio de los reyes tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesámosle su calidad, su talento y su valor, que de uno y otro dió bastantes experiencias en la conquista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios, y se dejó precipitar en los medios : con que perdió los fines y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza; vicio que tiene sus temeridades como el miedo : la segunda fué de la ira que hace los hombres algo más que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Tratóse luégo de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los ministros de la junta : oyó el emperador á sus comisarios con alegre semblante, pagado al parecer de que tuviesen la justicia de su parte; favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los méritos de su hijo y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombráronse algunos religiosos que pasasen á entender en la conversion de los indios : primer desvelo del emperador, porque siempre hicieron más fuerza en su piedad los aumentos de la religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos que se pudiesen remitir con la primera flota; y considerando cuánto importaba que no se detuviesen los despachos cuando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos y tan receloso de sus émulos, se formaron luégo las órdenes reducidas á diferentes cartas del emperador.

Una para los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo dándoles noticia de su resolucion, y órden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista : otra para Diego Velázquez, mandándole con toda resolucion que alzase la mano de ella, y reprendiendo sus excesos con alguna severidad : otra para Francisco de Garay, culpando y prohibiendo sus entradas en el distrito de la Nueva España ; y otra para Hernan Cortés, llena de honras y favores de los que saben hacer los reyes cuando se

hallan bien servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sino sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de Méjico. Dábale á entender que conocía los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacía breve mencion de las órdenes que se despachaban concernientes á su conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de gobernador y capitan general de aquella tierra. Ofrecíale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los capitanes y soldados que le asistian. Encargábale con todo aprieto el buen pasaje de los indios, y que fuesen instruidos en la religion y mirados como semilla posible del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande: carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas que, así como hacen linaje donde falta la nobleza, dejan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de octubre de mil quinientos veinte y dos años; y mandó que partiesen luégo con ellos los dos procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dejamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia por no dejarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion: licencia de que no sólo son capaces las historias, sino alguna vez los anales, que se ciñen al tiempo con leyes más estrechas, como lo praticó en los suyos Cornelio Tácito, cuando en el imperio de Claudio introdujo y siguió hasta el fin las guerras británicas de los dos vice-prétores Ostorio y Didio: teniendo por menor inconveniente faltar á la serie de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

CAPÍTULO IX

Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones : pasa muestra el ejército de los Españoles, y á su imitacion el de los confederados : publícanse algunas ordenanzas militares, y se da principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcuco.

Corrian ya los fines del año mil y quinientos y veinte, cuando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el país enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias ántes un socorro de aquellos que se le venian á las manos ; porque le avisó el gobernador de la Vera-Cruz que habia dado fondo en aquel paraje un navío mercantil de las Canarias que traía cantidad considerable de arcabuces, pólvora y municiones de guerra, con tres caballos y algunos pasajeros ; cuya intencion era vender estos géneros á los Españoles que andaban en aquellas conquistas,

Pagábanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio excesivo ; y el interés habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso : cuya noticia puso á Hernan Corrés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luégo un comisario á la Vera-Cruz con barras de oro y plata y la escolta que pareció suficiente, ordenando al gobernador que comprase las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese ; y él lo ejecutó con tanta destreza y con tanto crédito de la empresa en que se hallaba su general, que no solamente le dieron á precio acomodado lo que traian, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el ejército de Cortés el capitan maestre del navío con trece soldados españoles, que venian á buscar su fortuna en las Indias: asunto que andaba entónces muy válido, y que dura todavía en algunos que anhelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Con este socorro, y los demas que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelan-

tar la marcha de su ejército; y ya no era posible dilatarla ni esperar á que se acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Juntó sus capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que mirase al intento principal, entretanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de Méjico; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcuco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que por estar situada en el camino de Tlascala, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, asi para recibir ménos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrías la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de Méjico, donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entónces sería bastante para este género de facciones; y aunque los canales por donde se communicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna, parecian estrechos para la introduccion de los bergantines, se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviase por instantes el plazo de la marcha.

El dia siguiente á esta determinacion pasó muestra el ejército de los Españoles, y se hallaron quinientos y cuarenta infantes, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traer de los bajeles. Ejecutóse á vista de innumerable concurso esta funcion, y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió ménos á registrar el número de la gente que á la ostentacion del espectáculo, sirviendo al intento de hacerle más recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos y el uso de las armas con que se prevenia la reverencia del general; ejecutado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencal el mozo, que iba por gene-

ral de la república, pasar la muestra de su gente, no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contra sus ejércitos, sino por lisonjear á Hernan Cortés con la imitacion de sus Españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia : despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios : las macanasó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto : llevaban todos sus pajes de gineta, con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos á las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales, y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas hacian oficio de banderas. Constaria todo el ejército de hasta diez mil hombres de buena calidad; aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines; cuya seguridad era de tanta consecuencia, que recibió el senado como favor lo que pudiera sentir como desvío.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los Tlascaltecas, en que se aparta de Bernal Diaz y de otros autores : si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholula y Guajocingo, cuyos dos ejércitos estaban acampados fuera de la ciudad; porque no se duda que salió de Tlascala Hernan Cortés con más de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demas naciones confederadas; cuyo movimiento fué tan numeroso, que durante la expugnacion de Méjico llegó a tener debajo de su mano más de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provision, ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni ménos puntualidad en la obediencia Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia

de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya; quiso Dios que se redujese aquel imperio; y sirviéndose de su talento le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Publicáronse luégo, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ociosidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida, « que ninguno fuese osado á sacar la espada contra » otro en los cuarteles, ni en la marcha : que ninguno de » los Españoles tratase mal con las obras ó con las palabras » á los indios confederados : que no se hiciese fuerza ó de» sacato á las mujeres aunque fuesen del bando enemigo : » que ninguno se apartase del ejército, ni saliese á saquear » los lugares del contorno sin llevar licencia y gente con » que asegurar la faccion : que no se jugasen los caballos » ni las armas en que se habia tolerado alguna relaja» cion ; » y prohibió, con penas particulares de afrenta ó privacion de honores, « los juraramentos y blasfemias, » con los demás abusos que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimáronse despues estas mismas ordenanzas á los cabos de las tropas extranjeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y doña Marína, para darles á entender que las penas hablaban con todos, y que los menores excesos de su gente serian culpas graves militando entre los Españoles ; con que pasó la voz á los Tlascaltecas y á las demás naciones ; y fué tan útil esta diligencia, que se conoció desde luégo algun cuidado en el proceder ménos licencioso de aquellos indios; aunque durante la jornada se desentendieron ó se toleraron algunas demasías en que fué necesario dar algo á la rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron ejecutar, para reducirlos á mejor disciplina, siendo en ellos como enmienda ó parte de satisfaccion, el temor de la pena ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha ; y despues que dijo misa

fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los Españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés, que se formasen los escuadrones de los indios en la campaña; y puestos en órden segun el estilo, salió con su ejército en hileras, para que viesen cómo se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester; siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus ejecuciones siempre aceleradas y sujetas al desórden.

Llamó luégo al general y cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exhortacion pidiéndoles : « que animasen á su gente con la espe-» ranza del comun interés, pues iban á pelear por su li-» bertad y la de su patria : que se deshiciesen de todos los » que no fuesen voluntarios : que castigasen con particu-» lar cuidado los excesos que se cometiesen contra las or-» denanzas; » y sobre todo, « que les pusiesen delante la » obligacion en que se hallaban de imitar á sus amigos los » Españoles, no sólo en las hazañas del valor, sino en la » moderacion de las costumbres. »

Partieron ellos á obedecerle; y vuelto á los suyos que ya callaban, dando á entender que atendian : « No trato, » amigos y compañeros, » dijo, « de acordaros ni engran-» deceros el empeño en que os hallais de obrar como Es-» pañoles en esta empresa, porque tengo conocido el » esfuerzo de vuestros corazones, y no sólo debo confesar » la experiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. Lo » que os propongo, ménos como superior que como uno » de vosotros, es que pongamos todos con igual diligencia » la vista y la consideracion en esa multitud de indios que » nos sigue, tomando por suya nuestra causa : demostracion » que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de « nuestro cuidado : la primera de tratarlos como amigos, » sufriéndolos, si fuere necesario, como á ménos capaces de » razon; y la otra de advertirles con nuestro proceder lo » que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las » ordenanzas que se han intimado á todos; cualquiera de-» lito contra ellas tendrá en vosotros su propia malicia y » la malicia del ejemplo. Cada uno debe reparar en lo

» que podrán iufluir sus transgresiones, ó será fuerza que » reparemos los demas en la que importan las influencias » del castigc. Sentiré mucho hallarme obligado á proce- » der contra el menor de mis soldados; pero será este sen- » timiento como dolor inexcusable, y andarán juntas en » mi resolucion la justicia y la paciencia. Ya sabeis la fac- » cion grande á que nos disponemos : obra será digna de » historia conquistar un imperio á nuestro rey : las fuerzas » que veis y las que se irán juntando, serán proporciona- » das al heróico intento. Y Dios, cuya causa defendemos, » va con nosotros, que nos ha mantenido á fuerza de mila- » gros, y no es posible que desampare una empresa en que » se ha declarado tantas veces por nuestro capitań. Sigá- » mosle pues, y no le desobliguemos. » Y volviendo á decir : sigámosle y no le desobliguemos » acabó su oracion, ó perque no halló más que decir, ó porque lo dijo todo; y dió principio á la marcha, llevando en el oido las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian, aquella casualidad extraordinaria con que se habian multiplicado sus Españoles, y aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna ó como feliz auspicio del suceso; no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones; pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

CAPÍTULO X

Marcha el ejército no sin vencer algunas dificultades : previénese de una embajada cautelosa el rey de Tezcuco, de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.

Caminó quel dia el ejército seis leguas, y se alojó al caer del sol en el lugar de Tezmeluca; nombre que significa en su lengua el Encinar. Era poblacion considerable, situada en los confines mejicanos y en la juridic-

cion de Guajocingo, cuyo cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los Españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuviéronse algunos avisos de que habia junta de mejicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcuco; y porque se llegó á este paraje algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el ejército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra; donde se previnieron los ranchos de grandes fuegos, que apénas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó la gente á subir la cuesta y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco más de una legua vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos, y Hernan Cortés, que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos, dijo en alta voz hácia los Españoles : « No parece que desean » mucho estos valientes verse con nosotros, puesto que » nos embarazan el uso de los pies para que tardemos » algo mas en venir á las manos. » Y sin detenerse mandó que pasasen á la vanguardia dos mil Tlascaltecas á desviar los impedimentos del camino. Lo cual ejecutaron con tanta celeridad, que apénas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron delante algunas compañías á reconocer los parajes donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Descubríase desde lo más alto la gran laguna de Méjico, y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que allí se habia padecido sin olvidar las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entónces los bienes y los males para dar calor á la venganza con

los incentivos del interés. Descubríanse tambíen algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision; y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el ejército, se continuó la marcha con poco ménos dificultad y con el mismo recelo, porque duraban las asperezas del camino y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

Pero vencido este impedimento, se descubrió à largo trecho el ejército enemigo que ocupaba el llano, sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de fácil retirada. Alegráronse los Españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion, y sucedió lo mismo á los Tlascaltecas, aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés y diligencias de sus capitanes para que no se desordenasen con el ansia de pelear. Estaban los Mejicanos á la otra parte de un barranco grande ó quiebra tel terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entónces agua considerable. Tenía por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasajeros, la cual pudieran haber cortado con facilidad; pero segun lo que se presumió despues, la dejaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho; teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Así lo discurrieron cuando hacian la cuenta léjos del peligro; pero al reconocer el ejército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies ménos fantásticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto, y deseando afectar el valor ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo al parecer la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha, y al reconocer el barranco tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo; porque aún hallado sin resistencia se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañías de Tlascaltecas á entretener la marcha

sin entrar en mayor empeño, hasta que pasando el resto de la gente se asegurase la faccion. Pero apénas reconocieron los Mejicanos que se iba doblando el ejército á la otra parte de la zanja, cuando perdieron toda su política y se declararon por fugitivos, desuniéndose á buscar atropelladamente las sendas ménos holladas ó el refugio de los montes.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcuco, y cualquiera dilacion se debia mirar como desvío del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los Méjicanos que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el ejército en un lugar recien despoblado, tres leguas de Tezcuco, donde se tomó por cuarteles el descanso, dobladas las centinelas y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez indios, al parecer desarmados, que venian á paso largo con señas de mensajeros ó fugitivos, y traían levantada en alto una lámina de oro en forma de bandera que se tuvo por insigna de paz. Era el principal de ellos un embajador, por cuyo medio rogaba el rey de Tezcuco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio, dando á entender que deseaba entrar en su confederacion, á cuyo fin tenía prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los Españoles de su ejército, y serian asistidas fuera de los muros con lo que hubiesen menester las naciones que le acompañaban. Examinóle con algunas preguntas Hernan Cortés, y él que no venía mal instruido, respondió á todas sin embarazarse, eñadiendo: que su amo estaba ofendido y quejoso del emperador que reinaba entónces en Méjico, porque no habiéndose ajustado á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas extorsiones indignas de su paciencia, para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los Españoles, como uno de los interesados en la ruina de aquel tirano.

No dicen nuestros historiadores, ó lo dicen con variedad, si reinaba entónces en Tezcuco el hermano de Cacumatzin,

á quien dejamos preso en Méjico por haber conspirado contra Motezuma y contra los Españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés; y segun el suceso parece que ya reinaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese así el nuevo emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los Españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés, porque apénas recibió la embajada cuando se apartó del embajador para conferir con sus capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un príncipe ofendido; pero que supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada, cuya primera dificultad excusarian, admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros, en lo cual se debia llevar la misma cautela que si se acabára de ganar por asalto, se obraria lo que pidiese la ocasion. Así lo determinaron; y Hernan Cortés despachó al enviado, respondiendo á su príncipe que admitia la paz y aceptaba el alojamiento que le ofrecia, deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el ejército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad, ó village muy cercano á ella, dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion que, segun los indicios, no podia caber en pocas horas, siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dejado ver el cacique, ni enviado persona que visitase á Cortés; pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad hasta que al salir del sol se dieron las órdenes y se dispuso el ejército para el asalto, que ya se tenía por inexcusable, aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia. Pero Hernan Cortés dispuesto á pelear, fué penetrando las calles sin perder de vista las apariencias de la paz entre los re-

celos de la guerra, y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que saliendo á una gran plaza se dobló con la mayor parte de su gente; y ocupó con el resto las calles del contorno. Los paisanos,cuya muchedumbre se dejó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo, y se reparó en que faltaban las mujeres: circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Pareció conveniente ocupar el oratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna; y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego y bastante número de Tlascaltecas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad; unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas la vuelta de Méjico, cuya noticia no dejó que dudar en el engaño del cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traerle á su presencia, y por este medio averiguó que se habia retirado poco ántes al ejército de los Mejicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que, segun lo que decian aquellos paisanos, era de cortas obligaciones, porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretexto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenía resuelto agasajar á los Españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche: pero cuando supo de su embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema: y tuvo or mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus avsallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicitad en este suceso cuanto pudieran la induspria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcuco, ptesto ventajoso para su plaza de armas y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad: su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada ins-

tante la desconfianza ó el recelo : y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion, que cuando se ha de acertar, todo es oportuno; y quizá por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los capitanes.

CAPÍTULO XI

Alojado el ejército en Tezcuco, vienen los nobles á tomar servicio en él : restituye Cortés aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasjae, tratando sólo de ganar aquellos ánimos que ya se debian mirar como rendidos; y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadae por medio de sus cabos, cuya obediencia fué más reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey fugitivo; y eran tan capaces qus hallaron bastante alojamiento en ellos los Españoles con alguna parte de los Tlascaltecas; y los demás se acomodaron en las calles cercanas, fuera de cubierto, por evitar la extorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasaje de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entónces habian experimentado: y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad : á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues

llegaron aquellos nobles, en el traje de que solían usar para sus actos públicos, y acaudillados al parecer por un mozo de poca edad y gentil disposicion que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas. Á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion sin desazonar el rendimiento. Escuchóle no sin admiracion Hernan Cortés, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los excesos del gusto, volvió á componer el semblante para responder ménos alborozado á su proposicion.

Fueron llegando los demás, y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian más principales; y llamando á sus intérpretes averiguó á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenía dispuesto el cacique, por complacer á los Mejicanos; el artificio con que ofreció el alojamento de aquella ciudad á los Españoles; la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro; y últimamente, dieron á entender qu haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos : punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas; y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo, porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el más anciano de aquellos nobles « que Cacumatzin, » señor de Tezcuco, no era dueño propietario de aquella » tierra, sino un tirano el más horrible que llegó á produ» cir entre sus monstruos la naturaleza; porque habia » muerto violentamente y por sus manos, á Nezabal, su » hermano mayor, para echarle de la silla, y arrancar de » sus sienes la corona: que aquel príncipe, á quien habia » tocado el hablar por todos, como el primero de los nobles, » era hijo legítimo del rey difunto; pero que su corta

» edad negoció el perdon, ó mereció el desprecio del ti-
» rano : y él, conociendo el peligro que le amenazaba,
» supo esconder su queja con tanta sagacidad, que ya pa-
» saba por falta de espíritu su disimulacion : que toda esta
» maldad se habia fraguado y dispuesto con noticia y
» asistencias del emperador mejicano que antecedió á
» Motezuma, y de nuevo le favorecia el emperador que
» reinaba entónces, procurando servirse de su alevosía
» para destruir á los Españoles. Pero que la nobleza de
» Tezcuco aborrecia mortalmente las violencias de Cacu-
» matzin, y todos sus pueblos tenian por insufrible su do-
» minio, porque sólo trataba de oprimirlos, errando el
» camino de sujetarlos. »

En este sentir se hizo entender aquel anciano, y apénas lo acabó de percibir Hernan Cortés cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al principe desposeido con algo de mayor reverencia, y poniéndole á su lado convocó los demás nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo mandando levantar la voz á sus intérpretes : « Aqui teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro
» legítimo rey. Ese injusto dueño que tiene mal usurpada
» vuestra obediencia, empuño el cetro de Tezcuco, recien
» teñido en la sangre de su hermano mayor; y como no
» es dada la ciencia de conservar á los tiranos, reinó como
» se hizo rey, despreciando el aborrecimiento por conse-
» guir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos
» á los que habian de tolerar su delito; y últimamente
» con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando
» vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y
» puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad.
» Pudiera yo, si no fueran otras mis obligaciones, ser-
» virme de vuestro desamparo, y recurrir al derecho de
» la guerra, sujetando esta ciudad que tengo, como veis,
» al arbitrio de mis armas; pero los Españoles nos inclina-
» mos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la
» sustancia vuestro rey el que nos hizo la ofensa, ni voso-
» tros debeis padecer como vasallos suyos, ni este príncipe
» quedar sin el reino que le dió la naturaleza; recibidle
» de mi mano, como le recibisteis del cielo : dadle por mí

» la obediencia que le debeis por la sucesion de su padre:
» suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores:
» que yo, ménos atento á mi conveniencia que á la equi-
» dad y á la justicia, quiero más su amistad que su reino,
» y más vuestro agradecimiento que vuestra sujecion.»

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se hallaron sin lo que teniam; porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad, y otros acudiendo primero á la obligacion natural, se adelentaron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luégo esta noticia en la ciudad; y empezaron las voces à manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonia que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona; con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó más dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado: siendo éste uno de los primeros que le dieron nombre de advertido capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano, de ganar al pueblo con su desinterés y justificacion; y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa ó más aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demás conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion por ser más de su genio, y porque siempre suponian algo ménos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

CAPÍTULO XII

Bautizase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian pervenida los Mejicanos.

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente : la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mejicanos : volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes; y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia; y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Sería de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenía capacidad de hombre nacido en tierra ménos bárbara, de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo más seguro, que le puso en esperanzas de reducirle; porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion, tenía por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray Bartolomé de Olmedo, y hallándole tan dudoso en el error como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo, cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Trabajábase ya en la obra de los canales, por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad, y este príncipe dió seis ó siete mil indios, vasallos suyos, para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, se-

gun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores; á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejército á los indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como dijimos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los Españoles, y en tal disposicion que ocupando alguna parte de la tierra quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna, cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid con trescientos Españoles, y hasta diez mil Tlascaltecas; y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que sería más útil su persona en la ciudad: cuyo gobierno militar déjó encargado á Gonzalo de Sandoval, y á los dos, con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demás accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra, con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apénas dió vista el ejército á la plaza cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres que habia salido á intentar su defensa en la campaña con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número,

aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente; lo que bastó al parecer para retirarse con alguna reputacion, porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas desaparecieron arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenía señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edficios de la tierra; y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto y alojarse dentro de los muros sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apénas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que rebosaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo más bajo; y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor lo podrian conseguir sin dificultad : riesgo inevitable que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada, en cuya ejecucion se ganaron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los indios, como si cupiera todo en su viligencia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion la empresa de Iztacpalapa que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel paraje á los Mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad, mojada la gente y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa que no se oyó una desazon entre los soldados; y Hernan Cortés que andaba

por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacía sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su inadvertencia.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, más porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se recelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida, cada cual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el ejército y se volvieron las caras cuando pareció conveniente, y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los Españoles, que por venir mojada la pólvora no sirvieron las bocas de fuego, y los arcos de los Tlascaltecas detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad y al mismo tiempo cerraron los caballos haciendo lugar á las demas tropas amigas que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortés á su marcha sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos, porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel ántes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian, hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los Españoles, se volvieron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates más de seis mil indios; y aunque hubo en el ejército de Cortés algunos heridos, faltaron sólos dos Tlascaltecas y un caballo, que

cubierto de flechas y cuchilladas conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortés y todo su ejército este principio de venganza, como enmienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido; y poco ántes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad, con tres ó cuatro victorias de paso que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los Mejicanos tenian bien dispuesto su estratagema : hicieron salida para llamar al enemigo : dejáronse cargar para empeñarle : fingieron que se retiraban para introducirle dentro del riesgo : dejaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y tenian mayor ejército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos; y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejan la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco ménos que envidia, de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos no sólo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos, aunque algunas vez pueden llamarse justos, por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

CAPÍTULO XIII

Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los Mejicanos : encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano.

Tenía Hernan Cortés en Tezcuco frecuentes visitas de

los caciques y pueblos comarcanos que venian á dar la obediencia y ofrecer sus milicias : súbditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y disfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegaron á esta sazon unos mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo que traía comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los Españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa : instancia que pareció, no sólo puesta en razon, sino de propia conveniencia, porque importaba mucho que no hiciesen pié los Mejicanos en aquel paraje, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partieron luégo á este socorro los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos Españoles, quince caballos y bastante número de Tlascaltecas, entre los cuales fueron con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido : permision en que se consideró, que aguardándose nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado el nombre de soldados en el de indios de carga, con el bagage del ejército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento, de lo cual advertidos los Mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, les acometieron en una de estas mansiones, no sólo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente que apénas hubo tiempo entre recibir el choque y volver las espaldas.

Dejaron muertos seis ó siete Tlascaltecas de los que hallaron impedidos y desarmados, pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atrás aquellos inútiles, cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascala, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban, dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba; y sabiendo que venian los Españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un ejército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, ydadas las órdenesque parecieron necesarias, se fueron acercando, puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha. Pero se detuvieron á vista del enemigo los Españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltecas con mal reprimida inquietud para examinar desde más cerca el intento de aquella gente. Hallábanse los Mejicanos superiores en el número; y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos, cuyo choque horrible siempre á los indios, abrió camino para que los Españoles y los Tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo; y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fué tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los Mejicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reservàronse para tomar noticias ocho prisioneros que parecian hombres de cuenta; y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los Españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente, sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido segun su costumbre al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los chalqueses enemigos de los Tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los chalqueses, que se hallaron obligados á los Tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa; conociendo al mismo tiempo que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los Españoles en el tratado, y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos : obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los Tlascaltecas á traer la ratificacion de su república

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco, llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los indios principales que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion; y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala, y recibió con el mismo agasajo á los chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luégo traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó en medio de sus capitanes, previniéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido, y mal dispuestos á recibir el castigo, que segun su costumbre tenian por irremisible. Mandólos

desatar; y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse más considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta substancia.

« Pudiera segun el estilo de vuestra nacion, y segun » aquella especie de justicia en que hallan su razon las » leyes de la guera, tomar satisfaccion de vuestra iniqui- » dad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con » vosotros de la misma inhumanidad que usais con vues- » tros prisioneros; pero los Españoles no hallamos culpa » digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, » porque sabemos diferenciar á los infelices de los delin- » cuentes : y para que veais lo que va de vuestra crueldad » á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de » la vida y de la libertad. Partid luégo á buscar las ban- » deras de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues » sois nobles y debeis observar la ley con que recibís el » beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala » guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevo- » samente los pactos con que me dispuse á ejecutarla ; y » sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma. » principal motivo de mi enojo. Que me hallo con un ejér- » cito en que no sólo viene multiplicado el número de los » Espanoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones » aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le » pienso buscar en su corte con todos los rigores de una » guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no de- » sistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á » polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la san- » gre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero si » todavía por excusar la propia ruina y la desolacion de » sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á conce- » dérsela con aquellos partidos que fueren razonables; » porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los » rayos celestiales, hieren sólo donde hallan resistencia, » más obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, » que á los impulsos de la venganza. »

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de sol-

dados españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luégo embarcacion para que se retirasen por la laguna; y ellos arrojándose á sus piés mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta, ni Hernan Cortés hizo esta diligencia, porque le pareciese posible reducir entónces á los Mejicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia.

CAPÍTULO XIV

Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval; y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.

Llegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines, y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luégo de su conduccion; porque la república de Tlascala tenía prontos diez mil tamenes ó indios de carga, los ocho mil que parecian necesarios para llevar la tablazon, jarcias, herraje y demas adherentes, y los dos mil que irian de respeto para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo, sin comprender en este número á los que se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra, con sus cabos que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército, con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de los Españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico, y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luégo el convoy á Gonzalo de Sandoval con doscientos Españoles,

quince caballos y algunas compañías de Tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á cualquiera invasion de los Mejicanos.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascala con el maderámen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra : número que de muy inverosímil se pudiera buscar entre las erratas de la impresion. Quince mil dice Bernal Diaz del Castillo : mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecal, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenía por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez, de Tlascala, con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conducta de todo el poder mejicano; pero últimamente se redujo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso Martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia : con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra ; los cuales, si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir, que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos, entre aquellas ondas que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino : admirable invencion de Cortés, que se vió entónces practicada, y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascala, y se detuvo un dia en Zulepeque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de

aquellos pobres españoles de la Vera-Cruz que pasaban á Méjico. Llevaba órden para castigar ó reducir de paso esta poblacion; pero apénas volvió el ejército la frente para torcer la marcha, cuando los vecinos desampararon el lugar huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó cuatro compañías de Tlascaltecas, con algunos españoles en alcance de los fugitivos, y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon que decia : « en » esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Yuste con otros muchos de su compañía. » Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos españoles maceradas al fuego para defenderlas de la corrupcion : pavoroso espectáculo que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Excitó entónces la piedad los espíritus de la ira ; y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella execrable atrocidad con el último rigor ; pero apénas se dispuso á ejecutarlo, cuando volvieron las compañías que avanzaron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mujeres y niños, dejando muertos en el monte á cuantos quisieron escapar ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojáronse todos á los piés de los Españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hízose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon ; y últimamente los mandó desatar, y los dejó en la obediencia del rey, á que se obligaron con el cacique los más principales por toda la poblacion, como lo cumplieron despues, hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luégo recoger aquellos despojos miserables de los Españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su ejército, llegando á los términos de Tlascala, sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez, y Chechimecal con sus Tlascaltecas, puestos en escuadron. Saludáronse los dos ejércitos, primero con el regocijo de la salva y de las voces, y despues con los bra-

zos y cortesías particulares. Diéronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias, y cuando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los Españoles y Tlascaltecas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del ejército á los tamenes con alguna guarnicion por los costados, dejando á Chechimecal con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto más avanzado, con tanta destemplanza que se temió su retirada, y fué necesario que pasase Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del ejército, por ser el más aventurado, respecto de lo que se debia recelar, que los Mejicanos acometiesen por las espaldas; pero él no se dió por convencido, ántes le respondió, que así como en el asalto de Méjico habia de ser el primero que pusiese los piés dentro de sus muros, queria ir siempre delante para dar ejemplo á los demas; y se halló Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia: notable punto de vanidad, y uno de aquéllos que suelen producir graves inconvenientes en los ejércitos; porque la primera obligacion del soldado es la obediencia : y bien entendido, el valor tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dejarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el ejército en su primera ordenanza por la tierra enemiga; y aunque los Mejicanos se dejaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hízose alto poco ántes de llegar á Tezcuco por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas; y ordénó lo mismo á sus cabos, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados : exterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad con el rey de Tezcuco y todos sus capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los

primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herraje y demás géneros, con distincion, en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el ejército de ver puesta en salvamento aquella prevencion, tan necesaria para tomar de véras la empresa de Méjico, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion con esperanzas ó poco ménos que certidumbre de la victoria.

Trató luégo Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas y demas oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés, que segun el informe de los maestros, serian menester más de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera, observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de Méjico, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus capitanes; y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á ejecutarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcuco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallábale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce la estimacion que hacía de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los capitanes y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecal, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: « que los » hombres como él, nacidos para la guerra, se hallaban » mal en el ocio de los cuarteles, particularmente cuando » se habian pasado cinco dias sin ocasion de sacar la es » pada; y que su gente venía de refresco, y deseaba de» jarse ver de los enemigos; á cuya instancia y la de su » propio ardimiento, le suplicaba encarecidamente, que

» le señalase luégo alguna faccion en que pudiese manifestar sus brios y entretenerse con los Mejicanos, miéntras llegaba el caso de acabar con ellos en el asalto de su ciudad. » Pensaba Hernan Cortés llevarle consigo, pero no le agradó aquella jactancia intempestiva ; y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía : « que no solamente le tenía prevenida faccion de importancia, en que pudiese dar algun alivio á su bizarría, pero estaba en ánimo de acompañarle para ser testigo de sus hazañas. »

CAPÍTULO XV

Marcha Hernan Cortés á Yaltocan [1], donde halla resistencia, y vencida esta dificultad, pasa con su ejército á Tácuba ; y despues de romper á los Mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada.

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocan, lugar situado á cinco leguas de Tezcuco, en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores, porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias ántes, respondieron con grande desacato hiriendo y maltratando á los mensajeros : escarmiento en que iba considerada la consecuencia para las demás poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortes á esta espedicion, despues de oir misa con todos los Españoles, dando su particular instruccion á Gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al rey de Tezcuco, á Xicotencal y á los demas cabos de las naciones que dejaba en la ciudad. Llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid con doscientos y cincuenta Españoles y veinte caballos : una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcuco : y á Chechimecal con

1. Xaltocam.

sus quince mil Tlascaltecas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencal; y habiendo caminado poco más de cuatro leguas, se descubrió un ejército de Mejicanos, puesto en batalla, y dividido en grandes escuadrones, con resolucion al parecer de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el ejército, fuesen rotos y deshechos los enemigos con tanta brevedad, que apénas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los más á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocan, dejando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luégo á Tezcuco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el ejército á ocupar unas caserías cercanas, donde se pasó la noche sin novedad; y á la mañana se halló mayor que se creia la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los Mejicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco ménos que imposible, ó posible sólo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo; y cuando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le redujeron á que no era posible dejar el empeño sin desaire conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagina, cuando uno de los indios que vinieron de Tezcuco le dijo, que poco más adelante habia una eminencia, donde apénas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiase, y movió su gente hasta el paraje señalado. Hízose luégo la experiencia, y se halló más agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese

impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta Españoles, con el número de indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto, y se quedó á la lengua del agua con el ejército puesto en batalla, para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los Mejicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir; y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad que dejó descubierto la inundacion; y apénas salieron á tierra los bocas de fuego que iban delante, cuando se retiraron los enemigos al lugar; y en el breve tiempo que tardó en afirmar los piés el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fué corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo, porque sólo se halló en las casas lo que no pudieron retirar; pero todavía se transportaron al ejército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores; y así esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasaron el foso por el mismo paraje, dejando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edificios de los más principales: resolucion que aprobó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demás lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el ejército cerca de Colbatitlan, villa considerable que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dejaron ver los Mejicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en

Tenayuca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera y de gran poblacion, que se hallaron tambien desamparados. En ambos se hizo noche, y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender, que sólo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco más de media legua la ciudad de Tácuba, émula de Tezcuco en la grandeza y en la vecindad, situada en los extremos de la calzada principal donde padecieron tanto los Españoles; y puesto de mucha consideracion, por ser el más vecino á Méjico entre los lugares de la laguna, y llave del camino que necesariamente se habia de penetrar para el sitio de aquella corte. Pero no se iba entónces con ánimo de ocuparla, por quedar algo distanta para recibir los socorros de Tezcuco, sino á reconocerla y considerar desde más cerca lo que se debia prevenir ó recelar, castigando en el cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento sería tambien de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuese acercando el ejército prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad; y poco ántes de llegar se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mejicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad : los cuales no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantáronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus escuadrones, y acometieron con tanta ferocidad y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces, que siempre los espantaban más que los ofendian, y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del ejército para que rota la vanguardia penetrase á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podian, desunidos y turbados, cuya obstinacion dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las

espaldas, retirándose los más á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana se dejó ver el ejército enemigo en el mismo paraje, con ánimo de volver á las armas para enmendar el desaire padecido; y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los Españoles, y alguna parte de los indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercándose la noche retiró su gente al mismo paraje donde tuvo ántes su alojamiento; concediendo á los soldados que llevó consigo, el saco de las casas que se habian ocupado, y dejándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y ejecutar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tácuba, manteniendo aquel puesto donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza; y conociendo ya en su flojedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venía marchando por la calzada un grueso considerable de Mejicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empressa de Tácuba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos cuando acabasen de salir á tierra y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mejicanos traian órden, y dicen que fué arbitrio de su mismo emperador Guatimozin, para echar delante alguna gente, que dejándose cargar cebase á los Españoles en el alcance, y les procurase introducir en la calzada; lo cual ejecutaron

con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dejó parte de su ejército para que le guardase las espaldas contra la gente de Tácuba, y marchó á la calzada suponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad. Pero los que habian salido á tierra sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demás, y todos se fueron retirando, al parecer temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los Españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dejándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion, porque no estaba léjos el suceso de Iztacpalapa, ni podia ignorar que aquellos indios tenian sus fugas artificiosas, con que solian llamar á sus celadas; pero la repeticion de sus victorias, peligro algunas veces de los vencedores, no le dejó distinguir entónces aquellas circunstancias, en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Reparáronse los enemigos, y empezaron á pelear cuando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada; y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de Méjico innumerables canoas que ciñeron por ambas partes la calzada, con que se hallaron brevemente los Españoles combatidos por la vanguardia y por los dos costados; y conociendo aunque tarde su inadvertencia, fué necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas españolas, que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera, porque al tiempo que duraba más encendido el combate, cayó en el lago de un bote de pica el alférez Juan Volante, y abatiéndose á la presa los indios que se hallaron más cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su rey. Dejóse conducir fingiéndose rendido; y al verse algo distante de las otras embarcíones, cobró sus ar-

mas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado con su bandera con igual dicha que valor.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dejando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada, porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que sería temeridad volver al empeño de Tácuba con aquella nueva oposicion de los Mejicanos, que todavía se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcuco, y con parecer de sus capitanes lo puso luégo en ejecucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde léjos, contentándose con dar al viento grandes alaridos; á cuya inútil fatiga se redujo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mejicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel paraje que despues se habia de ocupar. Y por más que la procure deslucir nuestro historiador, fué de tanta conseecuncia para el intento principal, que apénas llegó Hernan Cortés á Tezcuco vinieron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares, los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Autlan[1]. y otros pueblos de la ribera septentrional : bastante seña de que se volvió con reputacion : ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

1. Pueden ser *Tizapant, Mexicalzingo y Nouca(i)pan.*

CAPÍTULO XVI

Viene á Tezcuco nuevo socorro de Españoles: sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco; rompe dos veces á los Mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque[1] y á Capistlan[2].

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano, tan medidos con la necesidad y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera-Cruz un navío de más que mediano porte que venía dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de tesorero por el rey: fray Pedro Melgarejo de Urrea, religioso de la órden de San Francisco, natural de Sevilla: Antonio de Carvajal: Géronimo Ruiz de la Mota: Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luégo á Tlascala con las municiones sobre hombros de indios zempoales, y allí se les dió convoy que los encaminase á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice, que vino de Castilla este bajel; y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quién lo remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortés, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho despues. Con ménos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la isla de Santo Domingo; á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se

1. *Huastepec.*
2. Tal vez *Guautithlan.*

hallaba Cortés; y no es argumento de que se induce lo contrário, el venir tesorero del rey: pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su majestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dejó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos mensajeros en diligencia, despachados á Cortés por los caciques de Chalco y Tamanalco, pidiéndole socorro contra un ejército del enemigo, que se quedaba previniendo en Méjico para sujetar los lugares de su distrito, que se conservaban en la devocion de los Españoles. Tenía Guatimozin ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelábase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos; y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascala, y cortar los socorros de la Vera-Cruz: punto de tanta consecuencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados, sobre cuya fé se mantenia libre de Mejicanos el paso de que más necesitaba. Despachó luégo con este socorro á Gonzalo de Sandoval con trescientos Españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascala y Tezcuco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Ejecutóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia, con que llegó á tiempo el socorro; y los caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo que se alojó la noche ántes en Guastepeque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegase á penetrar los términos de Chalco. Pero los Mejicanos con bastante satisfac-

cion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado Españoles en defensa de los Chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas ó quiebras del camino para esperar en paraje donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer, y fué necesaria toda la resolucion de Gonzalo de Sandoval y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos : faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida, porque murió peleando valerosamente un soldado español que se llamaba Juan Dominguez, sujeto que merecia la estimacion del ejército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los Mejicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano; y Gonzalo de Sandoval, vencido con poca detencion el impedimiento del camino, volvió á cerrar con ellos tan ejecutivamente, que los tuvo rotos y deshechos ántes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion; y pudiera llamarse batalla este combate si durare un poco más su resistencia; pero se desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcanze, que se mandó seguir con toda ejecucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto para dar algun tiempo al descanso del ejército, con ánimo de pasar ántes de la noche á Guastepeque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apénas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, cuando los batidores que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron tocando arma tan vivamente, que fué necesario apresurar la formacion del ejército. Venía marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil Mejicanos, y tan cerca que tardaron poco en dejarse percibir sus timbales y bocinas. Tuviéronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante, porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni

cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los Españoles se adelantaron á recibirlos, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas pudieron cerrar sin riesgo los caballos y acometer los demás como solian, ejecutando à los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espaldas recogiéndose de tropel á Guastepeque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los Españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él se hallaron dentro de la poblacion, cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el ejército se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos porque fué porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados que se halló á brevé rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en él la noche, tuvieron cubierto los Españoles y mucha parte de los aliados: hízose más festiva la victoria con la permision del pillaje, concedida solamente para las cosas de precio que no fuesen carga ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el cacique y algunos de los vecinos más principales que dieron la obediencia, disculpándose con la opresion de los Mejicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los Españoles; y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus capitanes, la retirada. Pero los Chalqueses, que tenian más adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlan todos los Mejicanos de las rotas antecedentes, y le protestaron que sería el retirarse lo mismo que dejar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos ántes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlan dos leguas de Guastepeque hácia la

parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo más eminente de una sierra difícil de penetrar, con un rio de la otra banda que, bajando rápidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse, cuando llegó el ejército, puesto en defensa; porque los Mejicanos que lo habian ocupado tenian coronada la cumbre; y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, ménos para herir que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin recelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que sólo se descubrian otros caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala que pasasen á la vanguardia y empezasen á subir la cuesta como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se disponian, que recelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que Gonzalo de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus Españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los Tlascaltecas y Chalqueses que, conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerraron por lo más agrio de la cuesta, subiendo mejor que los Españoles y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dejaban caer de lo alto herian más que los dardos y las flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas; y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraer á la poblacion, tan descaecidos que apénas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta flojedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron; y fué tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que segun lo hallamos referido afirmativamente, corrieron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana tan abuudantes que bajando sedientos los Es-

pañoles á buscar su corriente, fué necesario que aguardase la sed, ó se compusiesen con el horror del refrigerio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos Españoles: entre los cuales fueron de más nombre, ó merecieron ser nombrados Andrés de Tapia y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron más, porque tuvo gran dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó cuatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los Mejicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcuco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligase á desnudar la espada.

Apénas se tuvo en Méjico noticia de su retirada, cuando aquel emperador envió nuevo ejército contra la provincia de Chalco; bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascala. Supieron los Chalqueses la nueva invasion de los Mejicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban y las que pudieron adquirir de su confederacion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo y en la disposicion de la gente. Buscáronse los dos ejércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fué reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco, y aunque perdieron mucha gente hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña, cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcuco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon, siendo en aquellos ánimos de gran consecuencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los Españoles el secreto de que sabian huir los Mejicanos.

CAPÍTULO XVII

Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.

Quisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese una nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascala dando calor á los Chalqueses, que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luégo esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia y Julian de Alderete con trescientos Españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcuco y Tlascala que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al cacique de Chalco y á las demás naciones amigas de aquel paraje.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á más briosa ocupacion, tenía entendimiento para conocer que merecia más obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil quinientos veinte y uno cuando salió Hernan Cortés de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de Mejicanos, marchó en tanta diligencia que se alojó en Chalco lo noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos,

porque no esperaban el socorro de los Españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los Mejicanos que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los Españoles y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venía solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del país enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los Mejicanos, con noticia ya de que iban Españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retirase Cortés para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia más probable, aguardar el ejercito donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones por no perder tiempo en el viaje de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad que dió cuerpo al ejército y aliento á las demas naciones, que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos Mejicanos que venian á provocar desde

léjos; y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvío de las sierras para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el ejército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo más eminente una gran fortaleza, cuyo paraje tenian ocupado los enemigos con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto ménos ventajoso. Era su intento irritar á los Españoles para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia y en la resistencia del camino.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion; ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los Españoles, y dejándose llevar de la cólera que pocas veces aconseja lo mejor, acercó el ejército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda ménos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y ballestas á cargo del capitan Pedro de Barba, en cuya compañía subieron algunos soldados particulares que se ofrecieron á la faccion; y nuestro Bernal Diaz del Castillo que teniendo asentado el crédito de su valor, era contínuo pretendiente de las dificultades.

Retiráronse los Mejicanos cuando empezaron á subir los Españoles, fingiendo alguna turbacion para dejarlos empeñar en lo más agrio de la cuesta; y cuando llegó el caso volvieron á salir con mayores gritos, dejando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras y peñascos enteros que barrian el camino, llevándose tras sí cuanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga; y fuera mayor si el alferez Cristóbal del Corral y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisaran á los demás que hiciesen alto y se apartasen de la senda, porque ya no era posible pasar adelante sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto; y no

sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo ejecutaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion cuatro Españoles: bajó maltratado el capitan Pedro de Barba, y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior como inadvertencia suya: y para los otros como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Trató luégo de adelantarse con algunos de sus capitanes á buscar senda ménos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida y la conveniencia de no proseguir su viaje dejando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en ejecucion esta diligencia porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada que le puso más cerca la ocasion de venir á las manos. Bajaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia cuando viesen el ejército más empeñado en lo pendiente de la cuesta, y tenian avisados á los de arriba para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia: notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce cuánto enseña la malicia y el odio con estos magisterios de la guerra.

Movió su ejército Hernan Cortés con apariencias de seguir su marcha, y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos cuando á su parecer los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fué poco el daño que recibieron; y reconociéndose al mismo tiempo que algo más adelante salian huyendo al camino de Guastepeque, avanzó la caballería en su alcance y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los Mejicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra; con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dejarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino sin más ofensa que la importunacion de las voces, hasta que se halló, cosa de legua y media más adelante, otra forta-

leza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla; y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exámen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia; y Hernan Cortés ordenando que le siguiese puesto en órden el ejército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los Mejicanos, y la halló má inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba y al tesorero Julian de Alderete, que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo cual se puso luégo en ejecucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron sólo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion que se daba la mano con la misma fortaleza; cuya novedad se conoció abajo en la intermision de las voces: y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los Mejicanos abandonaban su fortaleza y se iban desviando á lo interior de la tierra; con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo ue le defendia.

Pero ántes de volver á la marcha se descubrieron en lo alto algunas mujeres que clamaron por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta bajó luégo el cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia

no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que se dejaba en el camino, la cual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hombre que tenía de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mejicanos, y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentía el cacique como disfavor que pasase por su distrito el ejército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle fué necesario que subiesen con él dos compañías de Españoles á tomar por el rey aquel género de posesion que se practicaba entónces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el ejército á Guastepeque; lugar populoso que dejó pacificado Gonzalo de Sandoval; y se halló tan poblado y bastecido, como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los Mejicanos.

Salió el cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia y con el alojamiento que tenía prevenido en su palacio para los Españoles, y dentro de la poblacion para los cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demás con los víveres que hubiesen menester, y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Era el palacio un edificio tan suntuoso que pudiera competir con los de Motezuma; y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los Españoles con bastante desahogo. Por la mañana les llevó á ver una huerta que tenía para su divertimiento, nada inferior á la que se halló en Iztacpalapa, cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entónces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud más de media legua: y poco ménos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaba con regular distribucion cuantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques donde se recogian las aguas de los montes vecinos; y algunos espacios á manera de jardines que ocupaban las flores y yerbas medicinales puestas en diferentes cuadros

de mejor cultura y proporcion : obra de hombre poderoso con genio de agricultor, que ponia todo su estudio en aliñar, con los adornos del arte, la hermosura de la naturaleza.

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad ; y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlacaba, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luégo en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido más que debiera : propia condicion del cuidado divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

CAPÍTULO XVIII

Pasa el ejército á Quatlabaca, donde se rompió de nuevo á los Mejicanos : y despues á Suchimilco, donde se venció mayor numero y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

Era Quatlabaca lugar populoso y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra. Llegó el ejército á este paraje, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias ; y ya tenian los Mejicanos cortadas las puentes de la entrada y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su ejército en distancia conveniente ; y entre tanto que los Españoles, con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas, procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra ; y hallándola poco más abajo considerablemente más estrecha discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros cortados por el pie, los cuales se dejaron caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fué posible, dieron bastante, aunque peligroso camino, á la infantería. Pasaron luégo los Españoles

de la vanguardia, quedando los Tlascaltecas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un escuadron del foso adentro que se iba engrosando por intantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los Mejicanos en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido; y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortés, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia, que habiéndose alargado miéntras pasaba el ejército á buscar entrada para los caballos, la encontraron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los Españoles.

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas y lo consiguieron asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos Españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de indios, llegando unos y otros á incorporarse con los caballos al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los Mejicanos, reconociendo el golpe que les amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos; y derramándose á varias partes, trataron sólo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente, asi en la defensa del foso como en la turbacion de la fuga, y los demás se pusieron en salvo sin recibir mayor daño, porque los precipicios y asperezas del terreno frustraron la ejecucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos y algun despojo, en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamaron desde la campaña el cacique, y los principales de la poblacion que venian á rendirse, pidiendo, con el foso delante, seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento ; cuya permision se les

dió por medio de los intérpretes: y fueron de servicio, más para tomar noticia del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas; porque la cercanía de Méjico los tenía en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la vuelta de Suchimilco; poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad, sobre la ribera de una laguna dulce que se comunicaba con el lago mayor, cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo más dentro del agua donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto por estar cuatro leguas de Méjico; pero fué trabajosa la marcha, porque deespues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol, cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserios ya en la jurisdiccion de Suchimilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba, Dejólas el enemigo abandonadas para esperar á los Españoles en puesto de mayor seguridad; y Hernan Cortés marchó al amanecer puesta en órden su gente, llevando entendido que no sería fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los Mejícanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchimilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado; particularmente cuando iban cargados hácia el mismo paraje todos los fugitivos de los reencuentros pasados: lo cual se verificó brevemente; porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverosímil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso que bajaba rápidamente á descansar en la laguna; cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dejaron

de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagina, suponiendo que si la perdiesen quedarian con el paso estrecho de su parte, para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera, y entretanto que se peleaba, con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los Españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion, cuya pérdida desalentó los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascala y Tezcuco, y rompiendo á nado la corriente, se anticiparon á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos, puestos en órden, cerca de la muralla; pero al primer avance de los Españoles empezaron á retroaeder, provocando siempre con las voces y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuán cerca estaban del miedo las afectaciones de valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente; y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortés parte de su ejército en la campaña para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera, y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles immediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos ou mayor fuerza.

Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada, porque se arrojó entre la muchedumbre con más ardimiento que advertencia, y se halló sólo con el enemigo por todas partes cuando quiso volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, porque se abalanzaron á él los que se hallaron más cerca: y ántes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco ménos que rendido, siendo entónces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor que se llamaba Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos Tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus mismas manos á los que más inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua quedaron por los Españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Cristóbal de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un Tlascalteca, de quien ni ántes se tenía conocimiento, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, lo atribuye á Cristóbal de Olea; y los de su linaje, dejando á Dios lo que le toca, tendrán alguna disculpa si dieren más crédito á lo que fué que á lo que se presumió.

No estuvo, entre tanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia; porque los nobles de Méjico hicieron un esfuerzo extraordinario para reforzar la guar-

nicion de Suchimilco, cuya defensa tenía cuidadoso á su príncipe Guatimozin; y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente paraje con noticia de que los Españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas: pero fueron descubiertos y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion; y fué tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres cabos, y número considerable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra, y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios, cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla bastante á resistir las armas de los Mejicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio, y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta Españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, asi del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas y cuidase de su vigilancia: prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde bajó noticia de que se habian descubierto á la parte de Méjico más de dos mil canoas reforzadas que se venian acercando á todo remo, con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros, y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fué á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, elijiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dejando buena parte de su ejército á la defensa del alojamiento. Diéronse vista los dos ejércitos, y fué de los Mejicanos el

primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demás con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo más de alcance que de victoria.

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchimilco para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos, porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el recelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecucion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos, porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha; cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida, reconocer á Suchimilco, puesto de consecuencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico. Pero en lo interior, venía desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez Españoles; porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó cuatro en Suchimilco que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada por haberse apartado inadvertidamente del ejército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos; cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion, pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion trataba sólo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los remordimientos de la prudencia

CAPÍTULO XIX

Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos Españoles qui intentaron matar á Hernan Cortés; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltecas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlo. Ibanse adelantando las demás prévenciones que parecian necesarias. Hízose abundante provision de armas para los indios: registráronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería: dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas; y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interés de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traía la imaginacian ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un Español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente; y conseguida su audiencia como lo pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto, en el tiempo de su ausencia, contra su vida y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamábase Antonio de Villafaña, y fué su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó

brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella conquista, repitiendo que no querian perderse por su temeridad; y hablando en escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luégo en el inconveniente de tocar en la Vera-Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo; ni excusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada sin elegir el camino de conseguirla, firmes en la resolucion y poco atentos el desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurrir á todo, matando á Cortés y á sus principales consejeros para elegir otro general á su modo ménos empeñado en la empresa de Méjico, y más fácil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velázquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobaron todos el arbitrio, y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luégo un papel en que firmaron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado; y se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable; y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera-Cruz, con cartas de Castilla, y dárselo á Cortés cuando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretexto de la novedad, y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion

para matarle á puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles apellidando libertad : movimento á su parecer bastante para que se declarase por ellos todo el ejército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demás que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andrés de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por capitan general del, ejército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velázquez les parecia el más fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta substancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad por hallarse comprendido en la sedicion ; y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse ó el obscurecerse la verdad. No pedia ménos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luégo á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion, y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos con pretexto de hacer algun exámen secreto, y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado con las firmas de los conjurados. Leyole, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándolo de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo, y se retiró dejando su instruccion á los ministros de

justicia para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible sin hacer diligencia que tocase á los cómplices, en que hubo pocos lances, porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luégo el delito; con que se fueron estrechando los términos segun el estilo militar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la cual se ejecutó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento, con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demás el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa, y para excusar el castigo de los culpados sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traía en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes, y añadió: « que tenía por feli-
» cidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo el delito
» con la inclusion de algunos cómplices; aunque la dili-
» gencia que logró Villafaña para ocultar un papel que
» traía en el pecho, no le dejaba dudar que los habia: pero
» que no queria conocerlos; y sólo pedia encarecidamente
» á sus amigos que procurasen inquirir si corria entre los
» Españoles alguna queja de su proceder que necesitase de
» su enmienda, porque deseaba en todo la mayor satisfac-
» cion de los soldados, y estaba pronto á corregir sus defec-
» tos, asi como sabria volver al rigor y á la justicia, si la
» moderacion del castigo se hiciese tibieza del escar-
» miento. »

Mandó luégo que fuesen puestos en libertad los solda

dos que asistian á Villafaña; y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito; y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad para desmentir los indicios de la culpa.

Fué importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas para no perder aquellos Españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos: ¡ primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á ménos cordura el exceder en la confianza que suele adormecer el cuidado á fin de provocar el peligro, nombró entónces compañía de su guardia para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretexto para introducir sin extrañeza lo que ya echaba ménos su autoridad.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género, tuvo sus circunstancias de motin; porque Xicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando algunas compañías que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para ejecutar su retirada; y Hernan Cortés que la supo luégo, de los mismos Tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos indios nobles de Tezcuco para que le procurasen reducir á que por lo ménos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensaje, que fué no solamente resuelta, sino descortés con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luégo en su alcance dos ó tres compañías de Españoles con suficiente número de indios tezcucanos y chalqueses para que le prendiesen; y

en caso de no reducirse le matasen. Ejecutóse lo segundo, porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen ; los cuales se volvieron luégo al ejército quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Asi lo refiere Bernal Diaz del Castillo, aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad : lectura que parece ménos semejante á la verdad, porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de Tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos Españoles que salieron al camino, en que hallamos algo ménos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada y tan sobre lo posible de los sucesos que tenía prevenido este lance de suerte, que ni los Tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte; porque sabiendo algunos dias ántes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta noticia para que le llamasen á su tierra con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden; y el senado, en que asistió su padre, le respondió : que aquel delito de amotinar los ejércitos era dígno de muerte segun los estatutos de la república ; y que asi podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala, no sólo con él, sino con todos los que le acompañasen : cuya permision facilitaria mucho entónces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz, porque no dejaria Hernan Cortés de tener pre-

sente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad; ó referirles el hecho despues de sucedido: siendo máxima evidente que abultan más en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, asi como pueden ménos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPÍTULO XX

Echanse al agua los bergantines; y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose ántes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés con todos sus Españoles. Bendijo el sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico, y entre tanto que se introducian los adherentes que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los Españoles, cuyo ejército constaba entónces de novecientos hombres; los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas, los demas de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco Españoles con un capitan, doce remeroz, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla: García de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villa-fuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salva-tierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, aragonés: Francisco Rodri-

guez Magarino, de Mérida : Cristóbal Flores, de Valencia de don Juan : Antonio de Carabajal, de Zamora : Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos : Pedro Briones, de Salamanca : Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo : y Antonio Sotelo, de Zamora : los cuales se embarcaron luégo cada uno á la defensa de su bajel y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tácuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por excusar la desunion de su gente, y tenerla en paraje que pudiese recibir ménos dificultosamente sus órdenes : para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes y encargó á Pedro de Alvarado la expedicion de Tácuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta Españoles, y treinta caballos en tres compañías á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andrés de Monjaraz, dos piezas de artillería y treinta mil Tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristóbal de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andrés de Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería y cerca de treinta mil indios confederados; y últimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa con otros ciento y cincuenta Españoles á cargo de los capitanes Luis Marin y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y cuatro eaballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera, porque Bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil Tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fueron de más embarazo que servicio, sin decir donde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad : ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir;

porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval que se habian de apartar en Tácuba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna; porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de Méjico, y los demas se ampararon de los montes con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas, á poco más de media legua que venian á cubrir los conductos del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque [1]: prevencion cuidadosa de Guatimozin, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce quo se gastaba en la ciudad.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa, y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes salieron de Tácuba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto, y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones con que bajó la corriente dividida en varios arroyos, á buscar su centro en la laguna; debiéndose á Cristóbal de Olid y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Conseguida esta faccion partió Cristóbal de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan, y Hernan Cortés, dejando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna para estar

1. O Chapultepec, que significa *monte de conejos.*

sobre todo y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunication de los cuarteles, y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes: exterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luégo sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua, eran contínuo receptáculo de las canoas mejicanas. Pero al tomar la vuelta descubrió á poca distancia de la ciudad una isleta ó montecillo de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocándolos con injurias y amenanzas desde aquel puesto, donde á su parecer estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre, y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados, y perecieron muchos, aunque fueron más los que se perdonaron por no ensangrentar la espada en los rendidos cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mejicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines, y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fué preciso discurrir en nuevo accidente, porque se dejaron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demás ; y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil ; cuya multitud con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos venía como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna para dilatar la frente y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mejicanos para darles á entender que admitia la batalla ; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros, porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entónces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro : peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse ; y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique sin recelar el choque. Hicieron alguna

resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia : lo demás fué todo confusion y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente : quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fué de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas, no por las que perdieron entónces, número limitado, respecto de las que tenian de reserva, sino porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna, y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, más á la pompa del suceso que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mejicanos que coronaban sus torres y azoteas á la esperacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña : complacencias de vencedores que suelen comprender á los más advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

CAPÍTULO XXI

Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tácuba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.

Eligió paraje cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines

para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacan, con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fué posible dar alcance á la flota enemiga, pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Cristóbal de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los Mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna, y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los Españoles, y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto que pasaban de mano en mano las fagínas para cegar el foso : y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenía ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas; pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería ; y porque no dejaban de pelear las que á su parecer estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia para dar paso á tres ó cuatro bergantines, de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las

baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche, sin desamparar el avance de la calzada; y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño, y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba Cristóbal de Olid en cegar el foso y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fué valerosa por todas partes su resistencia: pero á breve rato perdieron alguna tierra, y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta Españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luégo con otra dificultad, porque los Mejicanos que iban huyendo habian ocupado un adoratorio, poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca exterior se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los Españoles con la voz tan entera como si acabáran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro, y brevemente fué necesario bajar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel paraje, porque los que peleaban desde las

azoteas y ventanas, se movieron al paso que los demás; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fué grande la pérdida de gente que hicieron este dia los Mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso. Y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los piés dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de más que ordinaria defensa, no sólo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan: pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entónces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: « que no sabiendo el estado en que te» nian sus entradas Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alva» rado, sería temeridad exponerse á perder el paso de la » calzada, y con él la esperanza de los víveres y municio» nes, de que necesitaban para conservarse. Que su con» duccion no se debia fiar de los bergantines, porque no » cabiendo en las acequias de aquel paraje, necesitaban » de hacer su desembarco con bastante distancia para que » no fuese posible recibirlos ni transportarlos, sin dispo» nerse á una batalla para cada socorro. Que los trozos » del ejército debian caminar á un mismo paso en sus ata» ques para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la » mano hasta en el tiempo de acuartelarse dentro de la » ciudad. Y finalmente, que las disposiciones resueltas, » con parecer de todos los cabos, sobre la forma de go» bernar el sitio de Méjico, no se debian alterar, sin ma» dura consideracion, ni entrar en aquel empeño volun» tario, sin más causa que dar sobrado crédito á la victo» ria de aquel dia: no siendo totalmente seguras las con» secuencias de los buenos sucesos, que á manera de » lisonjas solian muchas veces enganar la cordura, delei» tando la imaginacion. » Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo más conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes para enamorarse de la razon, y se retiró

la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Había ocupado los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentaron atacarle por tierra; y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apénas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenián puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada; por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés, y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que asi por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles más retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demás vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la cuidad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo, no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia expe-

rimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad: detencion que sería dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por entónces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada más estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel paraje los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luégo esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tácuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado, con que tuvo ménos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristobal de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles: pérdia en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso: el camino de las calzadas tenía suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro perdia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entónces que cesasen las entradas hasta otra órden y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna; para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas, con las cuales, y con las que vinieron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos; y formando su guarnicion de aquellos indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que más embarazaban; y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna y corriesen el distrito de las tres calzadas para impedir los socorros de la ciudad; por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristóbal de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques, con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas. Concibió el ejército nuevas esperanzas, y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

CAPÍTULO XXII.

Sírvense de varios ardides los Mejicanos para su defensa; embos can sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.

Fué notable y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los Mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra, y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de más que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas, y no fué menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los Españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio más reparable, porque supieron obrar contra su costumbre cuando lo pedia la ocasion; y hacian de noche algunas salidas, sólo á fin de inquietar los cuarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer buscándolos desunidos; á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas con gruesos tablones para recibir la carga, y pelear ménos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales ó bosques de cañas palustres, que producia por

algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas, impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad; y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó cuatro canoas de bastimentos que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó fuesen más fáciles de vencer: prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre; y son como enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Salieron el dia siguiente á correr aquel paraje dos bergantines de los cuatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su cuartel, á cargo de los capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo; y apénas los descubrió el enemigo, cuando echó por otra parte sus canoas, para que dejándose ver á lo largo fingiesen la fuga y se retirasen al bosque; lo cual ejecutaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que ni podian retroceder ni pasar adelante.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los Españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entretanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron ó apartaron aquellos estorbos, en que zabordaban los buques, cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta y jugar su artillería, dando al través con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de los Mejicanos; pero salieron de la ocasion

maltratados los bergantines, heridos y fatigados los Españoles. Murió peleando el capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso ; y el capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió tambien dentro de tres dias : pérdidas ambas que sintió Hernan Cortés con notables demostracianes, y particularmente la de Pedro de Barba, porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso sin achaques de valiente, y cuerdo sin tibiezas de reportado.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso, porque los Mejicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificándolo con nueva estacada, y creyendo ménos advertidamente lograr segundo golpe sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo, y procurando adelantar cuanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaveral, que se descubria no muy distante de la celada enemiga, y que usando de su misma estratagema saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas que buscaba las canoas de la provision, y acercándose despues á las piraguas ocultas, lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entónces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el paraje de la contra emboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto : salieron los Mejicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos y mayor velocidad, hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos ántes que se pudiesen detener con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dejando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la repeticion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente

que las defendia; con que no soló se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo, pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los Mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entónces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas, y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados el hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas; y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin: « convidándole con la paz, y ofreciéndole partidos ventajosos, en órden á dejarle con el reino, y en toda su grandeza, quedando solamente obligado á reconocer el supremo dominio en el rey de los Españoles; cuyo derecho apoyaba entre los Mejicanos la tradicion de sus mayores, y el consentimiento de los siglos. » En esta sustancia fué su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia, porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa que ya miraba como alhaja de su rey.

Oyó entónces Guatimozin, con ménos altivez que solia, el mensaje de Cortés; y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta : « el estado miserable á que se hallaba reducida la ciudad; la gente de guerra que se perdia; lo que se congojaba el pueblo con los principios de la necesidad; la ruina de los edificios; y últimamente pidió consejo, inclinándose á la paz lo bastante para que le siguiese la lisonja ó el respeto, » como sucedió entónces, porque todos los cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando

para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus idolos, que aseguraban de nuevo la victoria, ó sería verdad en estos ministros la mentira de sus dioses, porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el celo de la religion, ó libre con el pretexto de piadoso, que se redujeron á él todos los votos, y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra; intimando á sus ministros, que perderia la cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin exceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo más interior de la ciudad, y enviando las órdenes á los capitanes de Tácuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Cristóbal de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos, y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada para ensanchar aquel foso, dejándole con setenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses, y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros golpes de la batería cayó

en tierra esta máquina; y los enemigos despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad, sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dejaron con esto libre la ribera, y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luégo los Españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban, por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Pero ántes de cerrar con el enemigo, que todavía perseveraba en las trincheras, con que tenian atajadas las calles, encargó al tesorero Julian de Alderete, que se quedase á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por los acequias mayores. Trabóse luégo la primera escaramuza, y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso, cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía, el cual, ó no supo ejecutarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba, con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Fué valerosa en los primeros ataques la resistencia de los Mejicanos. Ganáronse con dificultad y á costa de algunas heridas sus fortificaciones, y fué mayor el conflicto cuando se dejaron atrás los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo más ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina que pareció ejecucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban : y segun lo que se presumió entónces y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse y

conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo, y porque se iba limitando el tiempo, de que necesitaba para llegar ántes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios para quitar los padrastos de la entrada siguiente.

Pero apénas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la Bocina Sagrada*, porque solamente la podian tocar los sacerdotes cuando intimaban la guerra y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la ciudad cayó sobre la retaguardia que llevaban á su cargo los Españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas; y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entónces el embarazo del foso que impedia la retirada, quiso doblarse y no lo pudo conseguir, porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas, siendo más los que se arrojaron el agua, donde hallaron tropas de indios nadadores que los herian ó anegaban. Quedó sólo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su cuartel herido, y poco ménos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mejicanos. Pasaron de cuarenta los Es-

pañoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos: perdióse una pieza de artillería: murieron más de mil Tlascaltecas; y apénas hubo Español que no saliese maltratado: pérdida verdaderamente grande, cuyas consecuencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon por no descubrir entónces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inexcusable pension de los que gobiernan ejércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

CAPÍTULO XXIII

Celebran los Mejicanos su victoria con el sacrificio de los Españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desemparen muchos á Cortés: pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve á tomar puestos dentro de la ciudad.

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar los puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fué la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas, sobre los cuales hacen la cuenta los que dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacan.

El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia. Fué preciso alzar por entónces la mano de la guerra ofensiva, y se trató sólo de ceñir el asedio y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que

se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos y más fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entónces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Cathalan, que sin otra medicina que un poco de aceite y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos, habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso examen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios communicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice, que fué una mujer española, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo que se halló más cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar; porque siendo cierta la obra, importa poco à la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los Mejicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes; y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de ménos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos, cuyos corazones palpitantes, llamando al Dios de la verdad miéntras les duraba el espíritu, dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los

soldados á decir, que percibian las voces y conocian los sujetos. Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarlo con la misma demostracion todos los que le asistian [1].

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas ántes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que no sin particular advertencia,

1. Bernal Diaz asegura que los indios cogieron vivos á sesenta y dos Españoles. Ademas, segun el mismo Cortés, murieron en la pelea de 35 à 40 de los mismos; resultando de pérdida unos cien Españoles, sin contar los heridos: pérdida irreparable cuyas consecuencias pudieron ser áun mas funestas, si los Mejicanos hubieran sabido aprovecharse de la falsa posicion de sus contrários, y de la consternacion y espanto que en ellos produjo el horrible espectáculo del sacrificio de sus desgraciados compañeros de armas. Bernal Diaz y Cortés hacen la descripcion más aterradora de la bárbara inhumanidad con que los Mejicanos inmolaron aquellas víctimas en las aras de sus dioses. Puede formarse idea de la horrorosa sensacion que produjo en el alma de los Españoles la vista de aquel sangriento espectáculo, que sin poderlo evitar contemplaban asombrados desde sus reales, por las siguientes palabras de Bernal Diaz. « Despues que vide abrir por los pechos y sacar » los corazones, y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que » dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los » corazones á los idolos.... y habia visto que les aserraban por » los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y » brazos, y se los comieron á los sesenta y dos, que dicho tengo; » temia yo que un dia que otro habian de hacer de mi lo mismo, » porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que » me escapé; y acordóseme de aquellas muertes; y por esta causa » desde entónces temí desta cruel muerte : y esto he dicho, porque » ántes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como » grima y tristeza grandísima en el corazon, y encomendándome á » Dios, y á su bendita Madre Nuestra Señora, y entrar en las ba» tallas todo era uno, y luégo se me quitaba aquel temor. » ¡Qué confesion tan ingénua y franca! y ¡qué bien sienta y cuan verdadera parece en un hombre que en ciento diez y ocho batallas jamás habia dado la menor muestra de cobardía!

consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba tratando á manera de culto la desesperacion; y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente divulgó, que aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible : que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles, y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios, entre las naciones de indios que militaban contra él : notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Tenian tan asentado el crédito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones más distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por el término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el ejército, y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta dbleaprensiprecia eson,

que hasta los mismos Tlascaltecas y Tezcucanos se deshicieron con igual desórden, ó porque temieron el oráculo como los demás, ó porque se los llevó tras sí el ejemplo de los que le temian. Quedaron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fué ménos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco ménos que á desconfiar de su empresa; pero luégo que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen más fáciles de reducir al ejército : diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos y con nuevas tropas que halló formadas para socorrer el ejército. Los Tlascaltecas desertores, que fueron de la gente más ordinaria, no se atrevieron á proseguir su viaje, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venía de Tlascala, y fueron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacía en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos : entre los cuales víno á rendirse y á tomar servicio en el ejército la nacion de los Otomíes, gente, como dijimos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes, que daban sus vertientes á la laguna : rebeldes

hasta entónces al imperio mejicano, sin otra defensa que vivir en paraje poco apetecible por estéril, y despreciado por inhabitable; con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con más de doscientos mil aliados á su disposicion; pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco ménos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuvieron ociosos los Mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender, ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad; porque el hambre y la sed tenía congojada la plebe y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad [1]. Llamó Hernan Cortés á sus capitanes para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos con que lo fomentaba el demonio; y se inclinó á que sería conveniente volver luégo á las armas por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados : gente de fáciles movimientos, y que asi como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos, porque siempre deseaban

1. Segun Bernal Diaz, Cortés tomó el consejo que le dió Suchel, cacique auxiliar, de estrechar por hambre á los Mejicanos. Á esa arma poderosa se debió la rendicion de Méjico, y á ella debió acudir Cortés desde el principio para acelerar el éxito, y economizar la sangre de sus soldados.

la ocasion de llegar á las manos; y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entónces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Vinieron todos en que se continuara la guerra sin desamparar el asedio; y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas para tomar puestos dentro de la ciudad : los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte hasta llegar á la gran plaza de los mercados que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera más adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

CAPÍTULO XXIV

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco; retírase Guatimozin al barrio más distante de la ciudad; y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Prevenidos los víveres, el agua y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer; Pedro de Alvarado por el camino de Tácuba; Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla, y Hernan Cortés con el trozo de Cristóbal de Olid por el de Cuyoacan; llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y

con tanta sobra de gente como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fué posible, con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mejicanos, desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada : corrió la voz engrandeciendo el peligro y apresurando los remedios : acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo más distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luégo de poner en salvo la persona del rey sacándole á paraje más seguro; otros que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte, y otros que se intentase primero desalojar á los Españoles, obligándoles á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los más valerosos; y excluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos. Para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los Españoles. Y poco despues que se declaró la mañana se dejaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian, ántes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque dieron principio á la fuga con apariencias de retirada; cuyo movimiento, espa-

cioso y remiso por la frente, dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas; y sin más diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad, porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en ménos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fué Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los piés dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga; y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra bonda. Reconoció entónces Pedro de Alvarado que tenía cerca de sí un grande oratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo; y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que lo asaltasen y mantuviesen; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luégo á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas para dar aviso á los demas capitanes del paraje donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristóbal de Olid y mandaba Hernan Cortés; y la multitud que desembocó en la plaza huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos combatidos por ambas partes; y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo paraje.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los Españoles, huyeron desalentados, á guardar la persona de su

rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion; y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras para tener seguras las espaldas; y dispuso que los bergantines con sus canoas cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando cn diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.

Fué menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua más profundas, con cabos Españoles que no los dejasen escapar con la carga miserable para celebrar aquellos banquetes de carne humana que daban la última solemnidad á sus victorias; y con todo este cuidado no fué posible atajar por la raiz el inconveniente, pero se redimió el exceso y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Vinieron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco ménos que difuntos, á dar su libertad por el sustento; y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos: y Hernan Cortés, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Por la mañana se vieron llenas de Mejicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada; y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta; porque deseaba repetir la instancia de la paz, teniendo entónces por verosímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo ménos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embajada tres ó cuatro prisioneros de los más principales, y se aguardó la respuesta, no sin otra esperanza de que hacía fuerza la proposicion, porque se retiró enteramente

la multitud que solia concurrir á la defensa de los calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles, ministros y militares, un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco de Tlateluco, tenian cerradas todas las avenidas, con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el paraje que desamparó el enemigo, y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar; y se conoció que tenian ellos la misma órden ; porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban osconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maíz al pueblo para que se creyese que les sobraba el bastimento ; y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el más valiente de los Españoles ; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al paraje donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío ; y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete : « que trujese otros diez como él, y permi-

» tiria que pasase á batallar con todos juntos aquel español, » señalando á su paje de rodela. Conoció el indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfía con mayor insolencia; y el paje, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y sería de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen; y pasando como pudo el foso, cerró con el mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus piés: accion que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luégo á los piés de su amo con la espada y la rodela del vencido; y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces, y ciñéndole de su mano la espada que gañó por sus puños, le dejó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las véras de otra edad en las conversaciones del ejército.

En los tres ó cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los Mejicanos sobre la proposion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos; y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos que votaban, mandando como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos; por cuyo medio encendieron los ánimos haciéndolos partícipes de su furor: con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que ántes de romper la tregua saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacía la laguna por aquella parte de la ciudad,

para tener prevenida la retirada caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Ejecutóse luégo esta órden, y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos : de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna, y él conoció luégo que hacian aquella prevencion los Mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse; y ántes que llegase la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo, porque al experimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella frágil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro; y segun parece avisaron de él á Guatimozin, porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe; y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso cuatro Mejicanos en traje de ministros, los cuales, hechas con afectada gravedad las humillaciones de su costumbre, dijeron á Cortés : « que la majestad suprema » del poderoso Guatimozin, su señor, los habia nombrado » por tratadores de la paz, y los enviaba para que, oyendo » al capitan de los Españoles, volviesen á informarle de » lo que se debia capitular en ella. » Respondió Hernan Cortés : « que la paz era el único fin de sus armas ; y aun» que pudieran ellas dar entónces la ley á los que tarda» ban tanto en conocer la razon, venía desde luégo en » abrir la plática para que se volviese al tratado ; pero

» que materias de semejante calidad se ajustaban dificul-
» tosamente por terceras personas; y así era necesario
» que su príncipe se dejase ver, ó por lo ménos se acer-
» case con sus ministros y consejeros, por si hubiese
» alguna dificultad que necesitase de consulta; puesto
» que se hallaba con ánimo de venir en cuantos partidos
» no fuesen repugnantes á la superior autoridad de su rey:
» á cuyo fin le ofrecia con empeño de su palabra, » y
añadió la fuerza del juramento: « que por su parte no sólo
» cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obse-
» quio todas las atenciones que mirasen á la seguridad y
» al respeto de su persona. »

Retiráronse con este mensaje los enviados, satisfechos al parecer de su despacho, y volvieron aquella misma tarde á decir: « que su príncipe vendria el dia siguiente » con sus criados y ministros á escuchar desde más cerca » los capítulos de la paz. » Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones para ejecutar la retirada que ya tenian resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia por un accidente que le habia sobrevenido: alargóse despues el plazo con pretexto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció más tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban, tanto que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire; y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

CAPÍTULO XXV

Intentan los Mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente se consigue su prision y se rinde la ciudad.

Llegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luégo esta novedad en la noticia de Cortés; y juntando los bergantines que tenía distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas en que venian los nobles y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey, entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo ejecutaron acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remo seis ó siete piraguas por lo más distante de la ensenada; y ordenó al capitan Garcia de Holguin que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fnese posible.

Nombró entre los demas capitanes á García de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque más obediente á los remos: circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse más que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor

en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los Mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venía en aquella embarcacion la persona de su rey; segun lo interpretaron algunos soldados españoles que ya sabian algo de su lengua, y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua se arrojaron á la presa García de Holguin y algunos de sus Españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin; y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo: « Yo soy tu pri-» sionero, y quiero ir donde me puedes llevar: sólo te pido » que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus cria-» das. » Pasó luégo al bergantin, y dió la mano á su muger para que subiese á él, tan léjos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: « No tienes que discurrir en esa gente » de mi séquito, porque todos se vendrán á morir donde » muriere su príncipe: » y á su primer seña dejaron caer las armas, y siguieron al bergantin como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas; y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su rey. Pero duraron poco en la batalla, porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de más apagado rumor. No sólo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los bergantines para seguir la fortuna de su príncipe.

Llegó entónces García de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió como de

paso cuenta del suceso; y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viaje, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad; y los Mejicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los Españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento, hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con más señas de asombrados que temerosos.

Conocióse luégo la causa de aquella novedad, porque llegó entónces el aviso que adelantó García de Holguin, y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luégo á los cabos de su ejército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones sin pasar á mayor empeño hasta otra órden; y enviando al mismo tiempo dos compañías de Españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron más que las palabras las señas exteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegaron á la puerta se detuvo el acompañamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luégo los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento, tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo: « ¿ Qué aguar- » das, valeroso capitan, que no me quitas la vida con ese » puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre » son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una » vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que » me ha faltado la de morir por mi patria. »

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demás el llanto, llevándose tras sí las cláu-

sulas de la voz y la resistencia de los ojos : siguióle con ménos reserva la emperatriz, y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin : « que no era su prisionero, » ni habia caido en semejante indignidad su grandeza; » sino prisionero de un príncipe tan poderoso que no » tenía superior en todo el orbe de la tierra, y tan be- » nigno que de su real clemencia podia esperar no sola- » mente la libertad que habia perdido, sino el imperio de » sus mayores, mejorando con el título de su amistad: » que por el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, » sería respetado y servido entre los Españoles, de manera » que no le hiciese falta la obediencia de sus Mejicanos. » Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle, sin mortificarle, porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeidos, ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozin mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporcion : alto sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan léjos de la oscuridad, que parecia extrangero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de fiereza interior, tan enseñado á la estimacion ajena, que áun estando afligido no acababa de perder la majestad. La emperatriz, que sería de la misma edad, se hacía reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, más varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba ménos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija; y cuando lo supo Hernan Cortés repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la me-

moria de aquel príncipe. Pero le tenía cuidadoso la necesidad de volver á su ejército para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos, y cortando la conversacion se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de Gonzalo de Sandoval con la guardia que pareció suficiente; y ántes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: « que no los maltratase ni ofendiese, pues bas» taria para reducirlos la noticia de su prision. » Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés, cabiendo entre sus congojas este noble cuidado verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasaje, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros, mandando por este medio á la gente de guerra y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los Españoles; pues no era justo provocar á quien le tenía en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que les puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apénas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados y sin llevar indios de carga: lo cual ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia ni mal pasaje; y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecian.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y sólo se hallaron lástimas y mise-

rias que hacian horror á la vista y miedo á la consideracion, impedidos y enfermos que no pudieron seguir á los demas, y algunos heridos que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fué de mayor espanto á los Españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exequias, de que resultaba un olor intolerable que atemorizaba la respiracion; y á la verdad tenía poco ménos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel paraje sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consigo el trozo de Cristóbal de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso, como consecuencias de aquella felicidad [1].

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico, á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de san Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los Españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los Mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey, hasta la última obligacion del espíritu y la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opi-

1. Segun Cortés, los muertos y prisioneros mejicanos pasaron de 50 mil; y otros tantos ó más murieron de hambre y enfermedades durante el sitio. La guarnicion, por lo que dice el mismo, se calcula próximamente en 200 mil hombres.

nion y otros á la diligencia de las armas; y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Cárlos V á Fernando Cortés no ménos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista! ¡y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia [1].

1. Aun cuando la conquista de Méjico, con que Solis termina su obra, sea en efecto la joya más brillante de la corona militar de Hernan Cortés, menester será sin embargo, que el lector recorra toda la historia de Nueva España hasta el final regreso de aquel guerrero á su patria, para poderle juzgar como militar y político, segun lo han hecho á su manera los extranjeros.

Los hechos sobre que más se apoyan los historiadores para probar las crueldades autorizadas por Cortés, son el castigo de la traicion de Cholula, el de la sublevacion de la provincia de Panuco, y la muerte de Quautemoctzin, último emperador mejicano; el mismo que sostuvo el sitio de la capital. Del primero ya hemos hablado suficientemente en la nota de la pág. 181, y no es menester repetirlo de nuevo. Respecto del segundo advertiremos ante todo, que ni somos partidarios de la violencia ni de los castigos extremados; y que en ese acontecimiento condenamos con la misma severidad los excesos de los Españoles, que las atrocidades cometidas por los indios de Panuco.

Respecto á la ejecucion jurídica de los 400 caciques y capitanes, queda destruida tan numerosa mortandad, ya se atienda por una parte al aserto de Bernal Diaz que sólo señala *veinte*, ya por otra á que en una provincia reducida como la de Panuco, cuyas fuerzas no eran comparables á las de Tlascala, no podia haber 400 caciques y capitanes : á ménos que no queramos prescindir de la organizacion civil y militar de aquellos pueblos.

Si partimos del principio de que ninguna potencia tiene derecho para invadir y sojuzgar á otra, miéntras ésta no quebrante las leyes del derecho comun, indudablemente habremos de condenar como injusta la invasion de los Españoles en América; de los Portugueses en la del mediodia; de los Ingléses en la septentrional y en la India; de los Franceses en la Jamáica, etc.; así como tambien habríamos de condenar por la misma regla ese principio de legitimidad con que rigen sus Estados los príncipes europeos, cuyo derecho no fué otro en su principio que el derecho de la espada. Por esa razon hay que prescindir de lo justo ó injusto de semejante derecho; porque ademas de que la posesion y el tiempo llegan á legitimarlo, es, por otra parte, el único y más generalmente temido y acatado. De ese derecho por todos condenado en teoría, y por todos aplicado en la práctica hasta en los sucesos más comunes de la vida, nace otro como consecuencia inevitable, cual

es el de imponer á los vencidos las leyes que al vencedor le dicta el instinto de su propia conservacion: de suerte que la necesidad de vigilar por ella, le autoriza para reprimir con mano fuerte todos los actos atentatorios contra el derecho que tiene á su conservacion. Toda esta doctrina de hecho, que produce sin embargo, resultados legítimos por el transcurso del tiempo, si bien no es la más ajustada á los rectos principios de la sana moral, es sin embargo, y á despecho de la razon y de la justicia, la más comun y admitida desde que el hombre existe; y como no es fácil, ó mejor, es imposible que éste sea otra cosa de lo que ha sido y es actualmente, será muy probable que aquella doctrina siga rigiendo el destino de las sociedades.

En el suceso, pues, á que nos referimos, Cortés y Sandoval no hicieron otra cosa que aplicar un derecho admitido en la práctica, sopena de renunciar al dominio de una provincia, que si tuvo el derecho de defender su independencia sin otra responsabilidad que los azares de la guerra, no podia resistirse despues de sometida, sin quebrantar las leyes que le impuso el vencedor, y sin incurrir en las penas que la infraccion de la misma supone. Quisiéramos, pues, preguntar á los extranjeros que tanto se lamentan de la invasion y crueldades de nuestros conquistadores de América, ¿si tuvieron otro derecho ó hicieron de él diversa aplicacion en la práctica, cuando fueron á hacerse dueños de varios puntos de aquel vastísimo continente? ¿si son los Ingléses más fieles observadores del derecho de gentes cuando oprimen con yugo de hierro á los infelices moradores de la India, haciéndolos gemir bajo la rapaz avaricia de sus compañías mercantiles? ¿ó si es una prueba del respeto que guardan á ese derecho cuando á una nacion pacífica como la China, la obligan á cañonazos á recibir en sus mercados un producto nocivo á la salud, y que en uso de su derecho podian excluir del tráfico ordinario? Pasemos á examinar el último cargo.

La muerte de Quautemoctzin es un acontecimiento que no se halla suficientemente esclarecido en la historia. Háblase por los historiadores de no haberse probado suficientemente la conjuracion que aquel príncipe y sus amigos tenian premeditada para asesinar á Cortés en su expedicion á Honduras; y concluyen que le sentenció á muerte por leves sospechas y con sobrada ligereza. Repetimos que no podemos conocer por la narracion de los historiadores, la parte de razon ó de arbitrariedad con que pudo proceder Cortés en tan grave negocio. Pero es bien extraño en un hombre como éste, que sabia disimular y prevenirse contra las asechanzas para sorprender los hechos; que toleró la compañía de Xicotencal, cuya tibia adhesion le fué siempre sospechosa; en suma, que habia distinguido siempre al vencido y último rey de los Mejicanos, llevándole por último á su lado en la expedicion á Honduras; es singular, volvemos á decir, que *por una leve sospecha apoyada en disposiciones sin fuerza*, como dice Mr. Robertson, hiciese Cortés ahorcar á Quautemoctzin y á sus dos principales ca-

ciques. No obstante la obscuridad de la historia en este asunto, aparece en ella, sin embargo, que estos caciques confesaron francamente la conspiracion y que sólo su príncipe estuvo más dudoso y equívoco en las declaraciones. Si en efecto no tuvo suficiente causa legal Hernan Cortés para proceder tan violentamente contra aquellos personajes, no seremos nosotros los que tratemos de constituirnos defensores de la injusticia y de la tiranía para presentarle exento de defectos como lo procura Solís. Pero la oscuridad misma de ese asunto excluye juicios absolutos y dichos con aire de seguridad, cuando tan fácilmente pudiera aparecer algun documento olvidado entre el polvo de los archivos, que derramase nueva luz sobre la justicia ó la barbarie con que se procedió á la ejecucion de aquellos desgraciados. Sin embargo de todo, si lo que escribe Herrera es cierto, Cortés pudo y debió imponer la última pena á los conspiradores, ó suscribir á un levantamiento general en que pereciesen todos los Españoles.

Los extranjeros ponen el grito en el cielo contra los suplicios que allí se empleaban, que no fueron otros sino la horca y la hoguera, olvidándose de que en aquellos siglos eran éstos, el tormento y la decapitacion, los más usados entre los cultos europeos. Consúltense las guerras civiles de Inglaterra en los siglos XVI y XVII; las de Alemania, Italia y Francia; véase qué género de suplicio se aplicaba en todas partes á los disidentes en materias de religion: cuál fué el que sufrió la doncella de Orleans; y en suma otros infinitos sucesos que por lo muy sabidos dejamos de enumerar; y dígase despues si debemos admirarnos de que se trasladasen á América las mismas atrocidades que se ejecutaban en Europa. Por otra parte, los indios estaban acostumbrados á suplicios tan horribles ó más que éstos; como puede verse en los bárbaros sacrificios que hacian de sus prisioneros: era preciso pues, si la necesidad obligaba á atemorizarlos con el castigo, que éste estuviera á la altura de sus toscas sensaciones; de otro modo no hubieran producido efecto alguno.

El segundo cargo que se hace á Cortés, valiéndose del testimonio de Herrera y Bernal Diaz, es el de avaricioso: punto sobre el cual guarda Solis el más profundo silencio, acaso porque careciendo de pruebas en contrário, y llevando el designio de presentar á su héroe como un caballero sin tacha, juzgó más acertado tomar aquel prudente partido. Nosotros sin el mismo empeño que Solis, pero llevados del deseo de aclarar los hechos cuanto nos sea posible, alegaremos los que aparecen en oposicion con los asertos de aquellos historiadores, remitiendo al buen juicio de nuestros lectores la resolucion de tan delicado problema.

Hablando Mr. Robertson del regreso de Cortés á España para sincerarse de las acusaciones que sus émulos esparcieron contra él en la córte de Cárlos V, pone una nota que dice lo siguiente: « Segun Herrera, el tesoro que Cortés llevó consigo, consistia en » mil y quinientos marcos de plata labrada, doscientos mil pesos » en oro fino; y diez mil de baja ley, muchos adornos y joyas, y

» diamantes de gran valor, entre estos uno que valia cuarenta mil » pesos. (Cita en apoyo la Década 4, lib. III, p. 8; lib. IV, c. I.) » Despues se obligó á dotar á su hija en cien mil pesos (Gomara, » Crón., c. 237) y dejó á sus hijos muy considerable fortuna. Ya » en otra parte hemos fijado la atencion sobre la pequeñez de la » suma que habia repartido entre los conquistadores en la pri- » mera reduccion de Méjico. Motivo hay, pues, para creer que las » acusaciones de los enemigos de Cortés, no estaban enteramente » destituidas de fundamento. Éstos le acusan de haberse apropiado » injustamente una porcion exorbitante de los despojos de los » Mejicanos; de haber ocultado los tesoros de Motezuma y Guati- » mozin, de haber malversado el quinto del rey: y de haber pri- » vado á sus compañeros de lo que les era debido (Herrera, déc. 3, » lib. VIII, cr. 15; déc. 4, lib. III, cap. 8): algunos, áun de los » mismos conquistadores, concibieron iguales sospechas (B. Diaz, » cr. 157.) » Veamos pues, el fundamento de esta acusacion.

Las murmuraciones de la muchedumbre contra el que se halla en elevado puesto, adquieren tal carácter de permanencia que llegan á hacerse tradicionales y pasan por consiguiente á las más remotas generaciones. Las que los mismos soldados suscitaban contra Cortés adquirieron más valor, por lo mismo que los émulos de aquél se valieron de ellas para hacerle perder el favor del monarca. Herrera pudo conocer algunos de los conquistadores y tomar de ellos esa noticia, que apoyada en la residencia decretada contra Cortés, adquirió el carácter de evidente á sus ojos. Bernal Diaz no es extraño se expresase del modo que lo hace contra su jefe; porque aunque capitan, por su escasez de conocimientos y rudeza pertenecia en realidad á la plebe de la milicia: y tan no es extraño en él cualquier errado juicio, cuanto que en la teoría de su profesion descubre la simplicidad de su entendimiento. Véase una prueba de ello: entre sus interminables quejas, nacidas de la envidia que tenia á Cortés, se lamenta de que éste se llevase toda la gloria de la conquista, sin acordarse nadie de los que vencieron con él, y le salvaron la vida en los combates puesto que sin ellos no la hubiera llevado á cabo. Semejante queja, como se ve, es muy justa; pero está fundada en una observacion sólo digna de Bernal Diaz, porque segun él lo entiende, nada hay más natural que elogiar la ejecucion material de las manos cuando se trata de las operaciones del entendimiento Mas como militar debió presumir fundadamente, que si bien Cortés no podia por sí solo verificar la conquista sin el apoyo de las lanzas de sus compañeros, éstos no la hubieran verificado por sí mismo de modo alguno, áun cuando hubieran sido en triplicado número, sin el conocimiento, tino y prudencia militar de aquel gefe, con la diferencia muy notable que el éxito, mandando Cortés, hubiera sido el mismo, fuese ó no ayudado en ella por el esfuerzo de Bernal Diaz; y acaso no se pudiera asegurar lo mismo colocando á la cabeza otro gefe de ménos cordura, áun cuando Bernal Diaz hubiese reduplicado su bien conocido valor, como lo acreditaron

las malogradas expediciones de Córdova, Garay, Ordaz y otros capitanes ménos entendidos. He aqui la diferencia entre la importancia de la cabeza y las manos : diferencia harto delicada para la penetracion de ese estimable guerrero. Asi pues no debemos admirarnos de que haya dado crédito á las habillas de sus soldados, quien tan erróneos juicios formaba en la única materia en que debia ser más entendido.

Ántes de aducir pruebas en contra de esa opinion de los historiadores, debemos advertir que los Españoles iban animados de una idea muy exajerada de la riqueza en oro y plata que esperaban adquirir en Nueva España. El primer desengaño lo recibió de Velázquez bien á pesar suyo, viendo la poca importancia de los rescates hechos por Grijalva. No era posible sucediese otra cosa en país donde se desconocia la ciencia metalúrgica así como el laboreo de minas; y donde la explotacion estaba reducida á recoger en los rios y en las vertientes de los montes, los granos de oro que, por la accion de las aguas, naturalmente se desprendian de los criaderos. Por lo mismo es preciso leer con recelo las abultadas ponderaciones de los coronistas de América en este particular. Pasemos ahora á la vindicacion de Cortés.

Al hacer éste su relacion de la conquista de Méjico, dice al rey lo siguiente : « Nuestros amigos (los indios auxiliares) hubieron » este dia muy gran despojo; el cual en ninguna manera los po- » diamos resistir; porque nosotros éramos obra de novecientos » Españoles; y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres : y » ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no » robasen; aunque de nuestra parte se hacia todo lo posible. Y » una de las cosas porque los dias ántes yo rehusaba de no venir » en tanta rotura con los de la cuidad, era porque tomándolos por » fuerza, habrian de echar lo que tuviesen en el agua : » y ya que no lo hicieran, nuestros amigos habrian de » robar todo lo más que hallasen. » Y más adelante continúa » diciendo : « Recojido el oro, y otras cosas, con parecer de los » oficiales de Vuestra Majestad, se hizo fundicion de ellos : y » montó, lo que se fundió más de ciento y treinta mil castellanos » (ducados), de que se dió el quinto al tesorero de Vuestra Majes- » tad..... Y el oro que restó, se repartió en mi y en los Espa- » ñoles, segun la manera, y servicio y calidad de cada uno.... En- » tre el despojo que se hubo en la ciudad, hubimos muchas rode- » las de oro [1], y penachos y plumajes..... y parecióme que no se » debian quintar ni dividir, sino que de todas ellas se hiciese ser- » vicio á Vuestra Real Majestad; y que de la parte que á ellos » venia y á mi, sirviésemos á Vuestra Magestad, y ellos holgaron » de lo hacer de muy buena voluntad; etc. » Veamos si podemos verificar estos hechos por lo que los mismos historiadores deponen.

1. Esas rodelas no eran de oro macizo, como puede entenderse por la frase, sino de madera, guarnecidas y chapeadas á trechos, con láminas de oro de diferentes dibujos.

Todos ellos convienen y están de acuerdo en estos puntos esenciales y que no deben perderse de vista en esa grave cuestion. 1º : Que cuando Motezuma dió á Cortés el regalo ó presente para Cárlos V, le aseguró que en aquellas joyas consistia su principal riqueza : las de oro reducidas á barras subieron segun unos á 600,000 pesos, segun otros á 700,000 ducados : la diferencia por cierto sese harto notable. 2º : Que todas estas riquezas se perdieron en la *noche triste* durante la batalla de la calzada. 3º : Que los indios auxiliares de Cortés entraron á saco la ciudad de Méjico. Y 4º : Que todos sabian la promesa hecha por Quautemoctzin, de arrojar á las lagunas sus tesoros para que no se utilizasen de ellos los Españoles. Nadie ha desmentido tampoco, no la codicia de Cortés, sino la insaciable de sus mismos detractores, y el tormento dado por su causa al vencido emperador y á un primo suyo, para obligarlos á declarar el punto en donde suponian tener escondidos sus tesoros; y todos concuerdan en que se hizo contra la voluntad de Cortés y sin producir más resultados que el mantenerse firmes aquellos en asegurar habian arrojado todo á las lagunas. Si esto sucedió asi, ó lo que es más probable, no eran tan cuantiosos los tesoros como los Españoles se figuraban, es punto de difícil investigacion. Lo que no tiene duda es, que recordando el saqueo terrible hecho por los indios auxiliares, lo que en efecto pudo arrojarse á la laguna, lo cual no era fácil registrar de pronto, atendida su extension de veinte leguas de circuito, y las ocultaciones que se hacen en todo asedio de plaza fuerte, no es de admirar que el valor de lo recogido excediese poco de 130,000 ducados como dice Cortés, ó 380,000 pesos de oro segun dice Bernal Diaz; diferencia de sumas muy notables y que atendidas las quejas del tesorero real Alderete, por la escasez del botin, y su empeño en dar tormento al emperador, nos hace inclinar mucho á tener por más cercana á la verdad la suma señalada por Cortés, que no la de Bernal Diaz, quien sólo escribe lo que los soldados decian en sus corrillos. Éste, á veces harto malicioso con aspecto de sencillez, deja correr la pluma refiriendo todo lo que contra Cortés se murmuraba relativamente á su integridad; y suelta, como al paso, la especie de haber distraido el quinto del rey. En efecto le distrajo y por consiguiente no pudo llegar á su destino. Pero hubiera sido conveniente que Bernal Diaz nos hubiese dicho en que lo invirtió; cosa bien fácil de hacer si cuando escribió su historia hubiera tenido á la vista las relaciones de Cortés; entónces habria hallado que en una de ellas, despues de rendido Méjico, y hablando de la pacificacion de varias provincias, reclama del rey 50,000 pesos de oro que de su propio peculio habia gastado con ese objeto, ademas de otros 60,000 de la Real Hacienda; y añadiendo por último, para más obligar á S. M., que habia contraido empeños con varias personas hasta en cantidad de 30,000 pesos de oro.

Cuando los coronistas, y Bernal Diaz en particular, hicieron mencion de esos hechos verdaderos ó supuestos, juzgaron de ellos

con escaso criterio; porque perdieron de vista todas las especiales circunstancias de aquella colosal empresa. Olvidáronse de que Cortés puso las dos terceras partes en buques y pertrechos para armar la expedicion: que á sus expensas se proveyeron en la Habana sus soldados de armas, municiones y vestidos, los que juntamente con las vituallas, se le vendieron á muy alto precio: que envió á comprar de su cuenta en la isla Española, ántes de conquistar á Méjico, caballos, armas, ballestas y pólvora, y grangear gente para su empresa: auxilios que fueron llegando lentamente, la mayor parte despues de sojuzgada aquella capital: que los regalos á los caciques, ya cuando venian á prestar obediencia, ya cuando los despidió, concluida aquella conquista, de su parte de botin se hacian, no de la de sus tropas: que cuando ántes de la retirada se hizo el reparto en Méjico de los presentes de los caciques súbditos de Motezuma, quejosos los soldados de la poca parte que les cupo, Cortés distribuyó de la suya lo suficiente para contentarlos. Por último, perdieron de vista aquellos historiadores, que á Cortés, como gefe, se le originaban infinitos gastos de que no lleva cuenta la muchedumbre; y que ademas debia cubrir los que consumieron su fortuna, y el reintegro que de una parte de la armada debia hacer á Velázquez.

El mismo Cárlos V no dió desde luégo crédito á semejantes vulgaridades; y así es que al disponer se le tomase residencia, le dirijió una carta fecha en Toledo á 4 de noviembre de 1525 (Documentos inéditos ya citados), en que le aseguraba estar satisfecho de sus servicios; pero que por cumplir con las leyes, poner más á cubierto su honra, y dar satisfaccion á muchas personas que sin duda por envidia le acusaban, habia mandado tomar la residencia. Á esto se agrega que por el ruidoso y largo expediente instruido con este motivo en el consejo de Indias, nada resultó contra el buen nombre de Cortés, á pesar de lo mucho que para deshonrarle trabajaron los poderosos amigos de Diego Velázquez. Más sin embargo, si no lograron mancillar su nombre, con el tiempo consiguieron sus émulos entibiar el favor del rey, hacer que se le despojase violentamente por el consejo de los cargos y haciendas que tenía en Nueva España, complicar el malhadado expediente hasta el punto de que Cortés entablase demanda contra el fiscal del rey; y por último lograron llenar de desengaños y amargura los últimos dias del conquistador de Méjico. Su carta al rey desde Valladolid á 3 de febrero de 1544, está escrita con aquel sentimiento noble y profundo de quien ve mal recompensados sus relevantes servicios. « Pensé (dice en ella) que haber » trabajado en mi juventud, me aprovechára para que en la vejez » tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado » en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las » armas á cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi ha» cienda, y edad, todo en servicio de Dios...., y acrecentando y » dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y » trayéndole á su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos

» y señorios de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi » propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, ántes » muy estorbado por muchos émulos y envidiósos que como san- » guijuelas han rebentado de hartos de mi sangre..... Véome viejo » y pobre, y empeñado en este reino en más de veinte mil duca » dos, sin más de ciento otros que he gastado de los que traje é me » han enviado, que algunos dellos debo tambien, que los han to- » mado prestados para enviarme, y todos corren cambios, y en » cinco años poco ménos que ha que salí de mi casa, no es mucho » lo que he gastado, pues nunca he salido de la córte con tres hi- » jos que tengo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores: » que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera dello, y de » lo que yo más hubiera adquirido en este tiempo, etc. »

He aquí los sentimentos y la expresion dolorosa del hombre grande que reconoce y estima su propio valor. Sirvan estas sentidas frases y justísimas quejas de respuesta á sus detractores, de oprobio á sus émulos, de satisfaccion á las injustas censuras de los extrangeros, hijas de la envidia, y de orgullo á su patria. pero sean, al mismo tiempo, un cargo vergonzoso contra aquellos miserables cortesanos que, sin haber hecho por su parte el más pequeño sacrificio, no supieron apreciar el mérito de un hombre que habia conquistad tan dilatado imperio, y que empezaban á recoger el fruto de su heroismo.

Esto y lo sucedido con el immortal Colon será tiempre un borron, en la historia de aquellos tiempos.

RESÚMEN HISTÓRICO

DE LA

CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

Desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortés.

Sometida la capital del vasto imperio mejicano, acontecimiento celebrado por los conquistadores con todo el entusiasmo que inspira la victoria, y desembarazados los ánimos de la lisonja del vencimiento, fijaron su atencion en otro punto no ménos interesante á su objeto cual era el repartimiento del botin, principal estímulo de la soldadesca para arrojarse ciegamente á los peligros y la muerte. Mas las esperanzas de apoderarse de las inmensas riquezas que creyeron hallar en Méjico, salieron frustradas, ya por ocultaciones de que los soldados acusaban á sus jefes, ya porque Guatimozin hubiese extraido ú ocultado gran suma de ellas, ó arrojádolas á las lagunas como lo habia prometido en caso de sucumbir la ciudad. Lo cierto es, que la suma total en oro y plata, que cupo al ejército vencedor, no escedió de 120 mil pesos, si hemos de dar crédito á las relaciones del mismo Hernan Cortés : suma en verdad nada excesiva en comparacion de la que, sin emplear los violentos medios de la guerra, adquirieron los Españoles durante su anterior permanencia en Méjico.

Rendida Méjico, no tardaron mucho tiempo en someterse igualmente las provincias tributarias, por faltarles aquel centro de unidad, de apoyo y de concierto, que pudiera alentar su resistencia. Para consumar la obra, y particularmente con el designio de descubrir un camino más corto para las Indias Orientales, siguiendo exacta-

mente las indicaciones hechas de antemano por Cristóbal Colon, atrevida empresa que iba realizando el célebre Magallanes en el tiempo mismo en que Cortés sitiaba la capital de Nueva España, destinó éste los más distinguidos capitanes de su ejército con las fuerzas de que proporcionalmente podia disponer, para que llevasen á efecto ambos pensamientos, de los cuales se prometia por resultado extender indefinidamente el poderío español.

Miéntras que el talento, la actividad y el denuedo de tan ilustre caudillo, afianzaban para su patria aquellos vastos dominios, la fama de sus hechos volaba de boca en boca, despertando en algunos de sus compatriotas ese género de venenosa envidia engendrada en las córtes, y que tan fácil senda suele hallar hasta el corazon de los reyes. El motivo principal de cuantos cargos dirigia la envidia contra Cortés, traía su origen del resentimiento y quejas de Diego Velázquez, quien jamas, miéntras vivió, pudo perdonar á aquél el haberle arrebatado la gloria de ser el conquistador de Méjico. Fonseca, obispo de Búrgos, y presidente del consejo de Indias, protegia abiertamente á Velázquez, y se declaró por consiguiente acérrimo enemigo de Cortés, á quien por medio de reiteradas intrigas logró hacer sospechoso, bajo pretexto de que la autoridad que ejercia en Méjico era una verdadera usurpacion del poder real. Conociendo Cortés que semejante tentativa contra su reputacion debia ser preludio de otras más eficaces, procuró precaverse con tiempo dirigiendo al rey una manifestacion clara y sincera de su conducta, é implorando al mismo tiempo la investidura de gobernador de aquella provincia, necesaria para ejercer legítimamente la autoridad que representaba. Esta exposicion fué acompañada de ricos presentes para Cárlos V con los cuales se proponia darle á conocer la importancia de su conquista.

La presencia en la corte de los dos comisionados que traian la exposicion y presente de Cortés, los términos respetuosos en que hacía patentes sus servicios y su firme adhesion y lealtad al monarca, la grandeza de sus hazañas, y la vista de aquel rico presente, mudo pero elocuente testimonio de los tesoros que encerraba el nuevo

mundo, todo hablaba en favor de Cortés, y excitaba el entusiasmo de sus muchos admiradores. Y de tal manera logró reunir en su apoyo el sufragio comun de sus compatriotas y áun del mismo príncipe, que á pesar de la incesante oposicion y continuas demandas del obispo de Búrgos y de los demas amigos de Velázquez, el rey nombró en 1522 á Cortés gobernador y capitan general de Nueva España, acompañando el nombramiento con una carta autógrafa en que S. M. aprobaba su conducta y se daba por satisfecho de sus relevantes servicios.

Libre por entónces del temor de que sus émulos le inquietasen con nuevas intrigas, volvió Cortés toda su atencion á los objetos de buen gobierno y de utilidad comun, á cuyo fin dió principio á la reedificacion de Méjico, arruinada en gran parte por los estragos de la guerra, al mismo tiempo que distribuyó por diversas provincias personas inteligentes para hacer nuevos descubrimientos de minas y dirigir las operaciones, que á la sazon se conocian, en las más ricas de las descubiertas hasta entónces por los Españoles.

Pero estas diligencias de su celo para acrecentar el poder y riqueza material de su patria, exijian una condicion precisa, sin la cual todo lo demas debia mirarse como efímero y transitorio: esa condition consistia en someter á toda costa las provincias distantes de la capital. Con ese objeto envió Cortés varios de sus capitanes á sojuzgarlas y poblar en ellas, como ne ha dicho anteriormente, los cuales necesitaron de todo su valor y del conocimiento práctico que tenian del modo de guerrear de los indios para no perecer en la demanda, atendida la escasez de sus fuerzas comparadas con las muy superiores de sus contrários.

Entre las expediciones más notables de aquellos capitanes, ocupa el primer lugar la reconquista de la provincia de Panuco; no ya por las dificultades que hubieron de vencer los Españoles para conservarla, sino por las escenas que tanto motivo han dado á los escritores extranjeros para declamar contra la crueldad y barbarie de los conquistadores.

La otra expedicion que igualmente merece ser referida es la que éste encomendó á Cristóbal de Olid, el Ayax de su ejército, con el fin de pacificar la provincia de Honduras, la cual da su nombre al golfo que la baña. Motivaron esta expedicion, por una parte, las noticias más ó ménos ciertas de las muchas minas de oro de que esa provincia abundaba; y por otra, el deseo de indagar si por aquel punto del continente americano sería fácil hallar paso para el mar del Sur por algun estrecho de cuya existencia tenian cierta idea vaga, ignorando, como ya hemos dicho, que por entónces acababa de descubrirlo el célebre Magallanes, dándole su nombre que ha conservado hasta el dia; asi como tambien ignoraban que el apetecido estrecho está situado á una distancia extraordinaria del golfo de Honduras.

Para abreviar y facilitar tan largo viaje, y poder al mismo tiempo hacer reconocimientos con el fin de hallar el estrecho, dispuso Cortés una armada de cinco navíos y un bergantin bien artillados, con ciento setenta infantes y veinte y dos caballos, encargando á Cristóbal de Olid tocase en la Habana, y tomase varios caballos y bastimentos que de su cuenta habia mandado comprar. Con este motivo hubo de tener Olid relaciones con Diego Velázquez, el cual le persuadió á que se alzase con la armada; que á nombre de ambos tuviesen la provincia da Honduras por el rey; y que él por su parte procuraria abastecerle de lo necesario como igualmente del nombramiento de gobernador que impetraria de S. M.

Tan lisonjeras ofertas, las excitaciones de varios enemigos de Cortés, y la natural ambicion de mandar como independiente en vez de obedecer como subalterno, dieron lugar á que Olid, olvidando la gratitud que debia á su jefe, diese acojida á pérfidas sugestiones que al fin labraron su ruina.

Ocho meses transcurrieron sin haber llegado á noticia de Cortés el alzamiento de Cristóbal de Olid, merced á la extraordinaria distancia que los separaba. Profundo fué su sentimiento al saberlo, no sólo por hallar desleal uno de los capitanes en quien tenía depositada su confianza,

sino porque semejante ejemplo alentaria forzosamente la ambicion de los demas jefes expedicionarios, y la desunion y contrariedad de intereses acarrearia infaliblemente la pérdida de aquellas riquísimas posesiones debidas al valor y al heroismo, marchitándose la gloria adquirida á fuerza de extraordinários sacrificios.

No obstante las sumas dificultades que ofrecia el sujetar á tan crecido número de rebeldes, capitaneados por un hombre muy señalado por su valor y audacia, debiendo hacer para ello largas y penosísimas marchas, ya fuese por tierra ya por agua, no vaciló Cortés, sin embargo, en acudir al remedio; y prefiriendo el viaje por mar, dispuso cinco navíos bien artillados y unos cien soldados al mando del capitan Francisco de las Casas, deudo de Cortés, recien venido de Castilla, hombre animoso y decidido por su pariente. Dióle instrucciones, y poderes bastantes para obrar contra la persona de Cristóbal de Olid; y hecho á la vela, llegó las Casas á dar vista al pueblo del Triunfo de la Cruz, sin contratiempo alguno en su viaje.

Á vista de aquella escuadra puso en defensa la suya Cristóbal de Olid; y sin embargo de que las Casas arboló bandera de paz, hizo aquel arrancar dos carabelas bien pertrechadas para impedirle la entrada en el puerto. Salieron á su encuentro las fuerzas sútiles de las Casas; y despues de muy reñido combate, consiguió éste echar á fondo una de las carabelas, matando é hiriendo á varios de sus defensores. Hallábase Olid á la sazon con la mayor parte de sus fuerzas diseminadas, por haberlas dirigido á otras expediciones, y viendo la derrota de sus carabelas, y temeroso de que si las Casas echaba su gente en tierra sería muy dudoso el triunfo, movió tratos de paz con esperanza de reunir miéntras tanto sus fuerzas para contrarrestar con plena seguridad á su contrário. Dió éste oidos á aquellas pláticas, si bien no tan confiado que juzgase oportuno saltar en tierra á merced de un enemigo que tan fácilmente accedia á lo mismo que pocos momentos ántes acababa de rechazar con todo su denuedo: y asi resolvió las Casas permanecer en sus buques con designio de tomar tierra al dia siguiente en distinto paraje, y

obrar de concierto con los que, sin embargo de servir á Cristóbal de Olid, eran fieles á la causa de Cortés. Mas un accidente inesperado pero bastante comun en aquellas costas, frustró cuantas esperanzas habia concebido Francisco de las Casas, y cambió totalmente la suerte de su contrário. En la noche de aquel mismo dia un viento muy recio del norte arrojó contra la costa los buques de las Casas, perdiéndolos completamente y con ellos treinta ó más soldados ahogados: los restantes, incluso el mismo Casas, quedaron prisioneros en poder de Cristobal de Olid.

La seguridad y confianza que dió á éste un triunfo conseguido sin esfuerzo alguno de su parte, le deslumbró hasta el extremo de admitir en su servicio, bajo juramento, á los soldados de Francisco de las Casas; y permitir anduviesen libres, aunque sin armas, éste y otro capitan llamado Gil Gonzalez de Ávila, á quien igualmente habia hecho prisionero en las inmediaciones del Golfo Dulce, adonde habia venido á poblar con título de gobernador de aquella tierra. De esta libertad y confianza tomaron ocasion los dos prisioneros para preparar una conspiracion, concertándose con los muchos apasionados de Cortés para llevarla á cabo, como en efecto lo verificaron. Una noche sentados á la mesa con Cristóbal de Olid, le acometieron de repente con unos cortaplumas, únicas armas de que podian disponer, y apellidando al rey y á Hernan Cortés vinieron al auxilio sus parciales, sin que nadie osára hacer resistencia apénas oyeron los soldados invocar el nombre del monarca. Aunque Cristóbal de Olid, si bien herido, logró evadirse, merced á sus hercúleas fuerzas, y ocultarse por unos dias á las pesquisas de sus contrários, al fin cayó en su poder; y juzgado y sentenciado como traidor, fué degollado públicamente en Naco, pueblo del interior de Honduras, donde habia situado su cuartel general para hacer entradas con su gente y sojuzgar la provincia. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Ávila reunieron en seguida todas las tropas, poblaron á Trujillo y dejando los presidios convenientes, se pusieron en camino para Méjico con objeto de hacer sabedor á Cortés del resultado de aquella célebre expedicion.

Ignorábase en Méjico todo cuanto habia acontecido en Honduras; y á medida que transcurria tiempo sin recibir noticia alguna, se aumentaba el justo recelo de Cortés, quien presagiando algun accidente funesto, determinó acudir él mismo en persona; único medio de poner á cubierto su fama, el interés de la conquista, y los respetos de su autoridad.

Bien guarnecida y artillada la plaza, nombró por gobernadores ó tenientes suyos durante su ausencia al tesorero del rey Alonso de Estrada, y al contador Albornoz; y habiendo dado sus instrucciones asi á éstos como á las demás autoridades subalternas, para el mejor órden y gobierno de aquella tierra, emprendió su marcha no sin oposicion de los que temian se suscitasen peligrosas desavenencias en su ausencia, seguido de los principales capitanes que le habian ayudado en la conquista, igualmente que de Guatimozin, del señor de Tácuba y de otros varios caciques principales súbditos ya del rey de Castilla.

No salieron vanos los temores de los que presagiaban que la ausencia del único capaz de tener á raya la ambicion y la rivalidad de las personas á quienes habia encomendado el gobierno de Méjico, produciria necesariamente consecuencias desagradables. En efecto, á poco tiempo de haber salido Cortés de aquella capital, comenzó á recibir avisos exajerados acerca del mal gobierno de sus tenientes y del disgusto que se iba manifestando entre los habitantes. Inmediatamente, y creyendo prevenir los males á que tan fatales principios pudieran dar orígen, resolvió hacer regresar á Méjico al factor y al veedor de su ejército, con poderes reservados para que en el caso de ser ciertos los avisos recibidos, tomasen el mando en su nombre, y gobernasen por sí sólos con exclusion de los anteriormente nombrados. Esta disposicion, hija de la necesidad, produjo un efecto contrário al que se habia prometido, y fué causa de los males y revueltas que hubo en Méjico, segun luégo indicaremos.

Tomada, pues, la única determinacion posible en la crítica situacion en que se hallaba, y encomendando á la providencia y á su buena suerte el feliz éxito de tan com-

plicados acontecimientos, continuó Cortés su marcha desde Guazacoalco, villa poblada por los veteranos de la conquista de Méjico, en donde á la sazon era encomendero Bernal Diaz del Castillo; esto es, gozaba del repartimiento que se hacía á los pobladores de una parte del territorio y de los indios que lo habitaban. En esa villa reforzó su pequeño ejército, haciendo ingresar en él buena parte de los Españoles allí avecindados, con harta repugnancia de los mismos, segun lo refiere con su natural sencillez el mismo Bernal Diaz: pero ninguno osaba negarse á las poderosas insinuaciones de Cortés.

Fué esa marcha militar acaso la más peligrosa de cuantas tuvieron lugar durante la conquista de Nueva España; no tanto por las continuas acciones de guerra que diariamente sostenian los Españoles con los naturales del pais, cuanto por los obstáculos que la misma naturaleza oponia al esfuerzo y perseverancia de los conquistadores, ¡cuyo número no excedia de trescientos infantes y ciento treinta caballos; porque los tres mil indios mejicanos que iban de auxiliaires, no acostumbrados á tan penosas fatigas, ni dotados del necesario vigor para resistirlas, á veces servian más bien de embarazo que de utilidad.

Nunca mostró Hernan Cortés más grandeza de alma: ni mayor fecundidad de recursos en su talento, que durante ese largo tránsito en que á un mismo tiempo se veia precisado á luchar con los fenómenos de la naturaleza, con la ferocidad de los habitantes, con todo género de privaciones, y sobre todo con el descontento de sus tropas; á quienes el hambre, la crudeza de los temporales, el cansancio y las enfermedades que las diezmaban, habian hecho indóciles á las leyes de la subordinacion, aunque no tanto que llegasen á romper enteramente la disciplina militar: tal y tan grande era el ascendiente que tenía sobre los ánimos de aquellos soldados el esclarecido nombre de Cortés.

Llegó por fin con su ejército, vencieudo obstáculos sin número, á un pueblo llamado por los indios Acala, no muy distante del Golfo Dulce. Allí recibió noticia de haber otros Españoles, cuya procedencia no le era conocida:

sin embargo, la risueña esperanza de verse muy pronto reunidos á otros compatriotas suyos, alentó el ánimo de sus soldados, y les infundió el valor necesario para concluir la obra comenzada. Más un incidente inesperado vino á turbar por un momento las agradables sensaciones que comenzaban á experimentar. Dos caciques principales de la comitiva de Guatimozin dieron conocimiento á Cortés de una conspiracion fraguada por aquel príncipe y algunos de sus allegados. Era su designio aprovechar la ocasion de algun mal paso para cargar de improviso con sus tres mil Mejicanos sobre aquella tropa fatigada y hambrienta, asesinarla, regresar á Méjico, reunir sus fuerzas, hacer un levantamiento general, y exterminar á sus opresores. El proyecto era grande y temible en verdad ; y sin duda que de haber correspondido el éxito á su arrojado pensamiento, infaliblemente hubiera Guatimozin arrancado á los Españoles toda la gloria y el fruto de sus conquistas. Pero Cortés concibiendo desde luégo lo crítico de su situacion acudió con presteza al remedio ; y cerciorado de la verdad del intento por las declaraciones de los mismos culpables, á excepcion de Guatimozin que negó constantemente haber tomado parte en el proyecto, hizo ahorcar á éste y á su primo el cacique de Tácuba en un pueblo inmediato á Acala, no sin grave riesgo de despertar el enojo de los soldados Mejicanos viendo expirar á su señor en un suplicio : mas era tan excesivo su desaliento causado por la fatiga, el hambre y el cansancio, que solamente el espanto halló cabida en su ánimo abatido.

El rigor de Cortés en esta ocasion, altamente censurado por Robertson, tomando por pauta la reprobacion que de semejante acto de severidad hizo Bernal Diaz en su historia, es uno de aquellos acontecimientos sobre los cuales no se puede formar juicio acertado. Tan sólo añadiremos que el proyecto apareció comprobado por confesion de los mismos delincuentes ; que la situacion de Cortés era demasiado crítica para que pudiese dar oidos á sentimientos generosos, que en aquellos momentos y expuesto á más peligrosos azares, pudieran ser funestos á su pequeño ejército ; y por último que el voto de Bernal

Diaz poco certero en materias de jurisprudencia militar, se descubre dirigido por el interés de afecciones personales, como se deduce de las siguientes palabras : « É yo tuve » gran lástima del Guatemez y de su primo, por avelles » conocido tan grandes señores ; y áun ellos me hazian » honra en el camino en cosas que se me ofrecian, espe- » cial en darme algunos Indios para traer yerva para mi » caballo. »

Despues de muchas penalidades, y siguiendo la vaga noticia que habian recibido de los habitantes, de haber Españoles á muy corta distancia, y creyendo que éstos no serian otros que los soldados de Cristóbal de Olid, tomó Cortés la direccion del Golfo Dulce, formado en la desembocadura del rio que lleva su nombre. Allí, con no poca sorpresa suya y de todo el ejército, halló una poblacion de Españoles de quienes no tenía la menor noticia por ser los expedicionarios que desde Cuba arribaron á ese punto al mando de Gil Gonzalez de Ávila, el mismo que fué prisionero de Cristóbal de Olid, juntamente con Francisco de las Casas. Entónces supo Cortés muy por menor todos los acontecimientos de Honduras, la muerte de Olid, y la marcha á Méjico de los dos capitanes nombrados para darle noticia de todo lo ocurrido.

Estas noticias le dispensaban al parecer de continuar tan desastrosa marcha ; pero considerando cuán expuesta quedaba sin gefe la fuerza que encomendó á Cristobal de Olid, y lo mucho que aventuraba el crédito de las armas españolas, si no llevaba á caho la pacificacion de Honduras, resolvió continuar adelante hasta situar su cuartel en Naco, pueblo del que anteriormente hemos hecho mencion. Favoreció su designio el arribo casual de un navío procedente de Cuba, cargado de carne salada y de cerdo, y de una clase de pan, hecho del maiz en forma de tortas, que los indios llamaba *cazabe*, el cual se usa actualmente con ventajas entre los aldeanos de nuestras provincias litorales de occidente y norte. Este socorro oportuno debido á la generosidad de Cortés que compró todo el cargamento satisfizo la extrema necesidad de sus soldados y los de Gil González de Ávila, de los cuales algunos pere-

cieron por haber satisfecho inmoderadamente, con aquellas carnes saladas, la excesiva hambre que padecian. Con ese navío [1] un bergantin que en muy mal estado conservaban los de González de Ávila, un pequeño batel, y algunas canoas atadas ó trabadas unas con otras, emprendió Cortés el reconocimiento del rio Dulce, haciendo incursiones tierra adentro, sin otro fruto que la adquisicion de nuevos bastimentos para su gente. Regresó con ellos á la poblacion española que Bernal Diaz llama San Gil de Buenavista; y bien persuadido de la inutilidad de conservarla á causa de la esterilidad del terreno, escaso ademas de poblaciones indígenas, ó situadas á distancias muy considerables, resolvió embarcarse con toda su gente y la de González de Ávila, para lo cual hizo habilitar otro de los buques que éste trajo en su expedicion; y tomando el rumbo hácia una excelente bahía que hoy se llama de Puerto Caballos, fundó una villa á que dió el nombre de Natividad, en donde dejó por su lugarteniente á un tal Diego Godoy, el cual hubo de abandonarla muy pronto por su insalubridad y falta de bastimentos, despues de haber perecido la mitad de su gente á manos de la miseria. Al mismo tiempo habia dispuesto Cortés que Sandoval, á quien ántes de su partida envió al interior del país en busca de víveres, siguiese adelante su marcha por tierra, señalándole á Naco por punto de reunion de ambas columnas. De este modo conseguia abarcar con sus armas el interior y las costas de la provincia que se proponia reducir á su obediencia.

Del Puerto de Caballos, y miéntras Sandoval á fuerza de fatigas y combates sometia el territorio de Naco, emprendió Cortés su navegacion al puerto de Trujillo, poblacion ocupada por los soldados de Cristóbal de Olid y los que llevó en su expedicion Francisco de las Casas, fundador de esa poblacion. Aquella gente sin gefe que alentase el espíritu de disidencia que dió motivo á su alzamiento

1. Ya hemos indicado en otra parte la idea que podia formarse de los barcos á que daban el nombre de navíos. Respecto del que se trata, baste saber que su tripulacion consistia en 8 ó 10 marineros.

como lo habia hecho Olid, apénas entendieron que era Cortés quien se presentaba en el puerto, acudieron presurosos á tributar todo género de obsequios y rendimientos á su antiguo y nunca olvidado general. Era éste sobrado prudente para emplear el rigor contra una multitud que siempre habia sido adicta á su persona, yque tan sólo pudo hacerla desviar de su obligacion por un momento el engaño y la astucia de unos pocos ambiciosos, que alentaron y sostuvieron igualmente la ciega presuncion de Cristóbal de Olid. Así es que no contento con perdonarlos conservó en sus puestos á los capitanes, bien persuadido de que por ese medio le servirian con fidelidad, contentándose con nombrar gefe de toda la provincia á un primo suyo llamado Saavedra.

Dejemos á Cortés en la Nueva Trujillo dando disposiciones para pacificar completamente la provincia de Honduras, y volvamos la vista á los disturbios que durante ese tiempo tuvieron lugar en Méjico.

Desde el momento en que Cortés salió de Méjico en direccion á la provincia de Honduras, Estrada y Albornoz se concertaron para alzarse con el gobierno de aquella capital y por consiguiente de Nueva España. Veian lisonjeadas sus miras ambiciosas por la misma magnitud de la empresa que aquél iba á acometer; consideraban las inmensas dificultades que iba á encontrar en su dilatado tránsito por tierra, ya por haber de lidiar cada dia con los naturales del país, ya por el poderoso enemigo que habia de disputarle á todo trance el usurpado mando, ya en fin porque las fatigas y privaciones mermarian necesariamente las cortas fuerzas que llevaba; en términos de juzgarse como imposible saliese ni áun con vida de aquel empeño, al parecer loco y temerario. Todo, pues, contribuyó á impulsar la ambicion del tesorero y el contador.

La circunstancia de carecer de opinion militar entre los conquistadores, por ser recien venidos de Castilla con los empleos de oficiales de la hacienda real, les obligó á discurrir sobre los únicos medios de poder llevar á cabo sus designios: medios reprobados é innobles, pero eficaces para el resnltado que apetecian. Consistia, pues, el uno,

en fomentar todas cuentas hablillas habia divulgada la codicia de la muchedumbre contra la buena opinion de Cortés : y consistia el segundo, en extender y dar por cierta la muerte de éste y de cuantos le acompañaron á la expedicion.

Rreparados los ánimos de esta manera, y dado por indubitable el exterminio de Cortés y de los suyos, para lo cual no se perdonaron los medios más violentos contra cualquiera que intentase propalar lo contrário, procedieron los gobernadores al proyectado despojo, á hacer repartimientos arbitrarios de los indios que pertenecian á los ausentes, favoreciendo en ellos, como era consiguiente, á sus amigos y parciales, y por último á vender en pública almoneda las haciendas restantes, para enriquecerse con sus despojos.

En tan críticos momentos llegaron á Méjico el factor y veedor del ejército de Cortés, autorizados por éste para tomar á su cargo el gobierno si en efecto el contador y el tesorero no le desempeñaban con arreglo á las instrucciones que les habia dado. Aquellos fueron sobradamente astutos, vista la preponderancia de los gobernadores, para no manifestar desde luégo sus poderes, que indudablemente hubieran sido desairados : ántes por el contrário procuraron granjearse la amistad del licenciado Zuazo, alcalde mayor, de Rodrigo de Paz, alguacil mayor, y de muchos capitanes y soldados, antiguos conquistadores que respetaban la memoria de Cortés, y se hallaban mal avenidos con la arbitrariedad y desafueros del contador y tesorero. Seguros entónces de hallarse con suficiente número de parciales y amigos para contrarrestar el efímero poder de los gobernadores, manifestaron los poderes de Cortés para gobernar aquellas provincias en su nombre durante su ausencia de la capital. Á pesar de las anticipadas precauciones que los nuevos tenientes de Cortés habian tomado para asegurar el golpe, no pudo sin embargo verificarse sin remitir á las armas la razon de sus derechos ; y aunque el factor y el veedor salieron airosos de su empeño, logrando reducir á prision al contador y tesorero, las parcialidades continuaban, y los disturbios se repetian,

dando cabida al desórden y la licencia, tan propensos á desencadenarse apénas se relajan por cualquier motivo las leyes protectoras de la sociedad.

Hecho el factor, por sí y á su manera, gefe supremo de aquellos nuevos estados, soltó la rienda al villano despotismo que tan fácil cabida encuentra en almas ruines nacidas para la obediencia y no para el mando, tanto más irascibles y bárbaras, cuanto eran más endebles los cimientos de su efímero poder, ántes debido á la ciega fortuna, que á sus escasos merecimientos. Redobláronse las persecuciones, los despojos : el suplicio y el destierro eran los extremos entre que habian de optar cuantos intentaban refrenar sus demasías, ó tan sólo murmurar de sus actos; de suerte que el malhadado gobierno del factor hizo bueno el de sus antecesores : era para él un delito de muerte poner en duda el fallecimiento de Cortés; tanto afligia su ánimo hasta un simple recuerdo de su célebre nombre.

Hallábase Hernan Cortés ocupado en la pacificacion de Honduras y en el descubrimiento de algunas minas de oro de que habia adquirido noticias, cuando llegó á sus manos una carta del licenciado Zuazo escrita desde la Habana, á donde habia ido desterrado por el factor, en la que le referia extensamente todo lo ocurrido desde su salida de Méjico. Indignóse con la noticia de semejantes acontecimientos, y todos los de su ejército ardian en deseos de venganza viéndose despojados por la rapacidad de los gobernadores, del fruto de sus largos padecimientos, cuando precisamente acababan de arrostrar innumerables peligros y fatigas por asegurar á su patria la posesion de una provincia importante. El grito unánime de todo el ejército fué pedir á Cortés el pronto regreso á Méjico; pero no considerando aquél suficientemente asegurado el dominio español en la provincia de Honduras, se contentó por entónces con enviar por mar á un criado suyo llamado Martin de Orántes, hombre astuto y diligente, el cual llevó poderes de su amo para que gobernasen hasta su regreso Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas; ó si éstos no se hallasen en Méjico, se volviesen á encargar del mando el tesorero Estrada y el contador Albornoz. Llegó feliz-

mente Orántes á una bahía immediata á Panuco; saltó en tierra, y disfrazado de labrador llegó de noche á Méjico, sin que nadie le hubiese conocido. Dirigióse inmediatamente siguiendo las instrucciones de Cortés, á una casa que servia de convento á unos frailes de la órden de San Francisco, muy adictos á la persona de Cortés, en donde halló ademas varios conquistadores, retirados allí para evitar las persecuciones del factor; y despues de haberse entregado todos á la más cordial alegría por hallar desmentida la noticia del fallecimiento de su general, concertaron los medios de llevar á efecto la prision del factor y veedor. Entraron en la conspiracion el tesorero y el contador, porque ademas de ser enemigos del primero de aquellos, habian de volverse á encargar del mando á causa de no residir á la sazon en Méjico ni Alvarado, ni Francisco de las Casas, quien habia marchado en direccion á Castilla en compañía de Gil González de Ávila, por mandado de Salazar, temeroso de la amistad que le estrechaba con Hernan Cortés, y bajo pretexto de juzgarlos por la muerte de Cristóbal de Olid. Todos los tratos y conciertos, asi como las diligencias para reunir los amigos de Cortés y las armas necesarias para combatir los amigos del factor y asegurarse de su persona, se hicieron durante la noche de la llegada de Orántes : de manera que al amanecer del dia siguiente salió el tesorero á la cabeza de los conjurados, dirigiéndose á la morada del factor, victoreando al rey y á Hernan Cortés, á cuya voz de alarma se les agregó crecido número de vecinos. Ayudados de estas fuerzas, y apoyados en el descrédito en que habian caido el factor y veedor, acometieron la casa del primero, entrándola por las puertas y las azoteas, sin hallar resistencia en el aparato militar que la rodeaba; porque los artilleros y soldados de Salazar abandonaron su causa fácilmente, no hallando interés en defender á un usurpador tirano en competencia de la legítima autoridad de su antiguo general, cuya muerte veian en aquel momento desmentida. Cayó el factor en manos de los del tesorero, quien para hacer más afrentosa su prision le hizo meter dentro de una jaula formada de gruesos maderos. Acudieron en seguida

á verificar la prision del veedor Chirinos, el cual se hallaba á la sazon al frente de un grueso de tropas que llevó consígo para someter los indios de Guaxaca : pero como recibiese con anticipacion la noticia de la malhadada suerte del factor, y no tenia confianza en la fidelidad de sus soldados, dejó el mando á uno de sus capitanes, y corrió apresuradamente á ocultarse en un monasterio de franciscos de la ciudad de Tezcuco; en donde sin embargo fué descubierto y preso, llevado á Méjico, y destinado á otra jaula igual á la del factor.

Confirmados plenamente los desórdenes de Méjico, no vaciló un momento Cortés en tomar la vuelta de aquella capital.

Ántes de salir Cortés de Méjico á sofocar la rebelion de Cristobal de Olid en Honduras, habia remitido á Cárlos V un presente cuyo valor hacen subir los historiadores á ochenta mil pesos de oro : entre los objetos remitidos hacen mencion de una culebrina llamada el Fénix, que dicen llevaba el siguiente mote :

Esta ave nació sin par;
Yo en serviros sin segundo;
Vos sin igual en el mundo.

Ese cuantioso presente, así como el destinado á su padre don Martin, lo remitió Cortés con Diego de Soto, y Juan de Ribera conocido por el tuerto, á causa de tener una nube en un ojo, el cual habia sido secretario del mismo Cortés. Llegados á Castilla los comisionados, manifestó desde luégo Ribera la maligna condicion de que tenía dadas pruebas entre los conquistadores de Méjico, segun lo expresa Bernal Diaz. Su primer atentado consistió en apropiarse el regalo que Cortés remitia á su padre, negando á éste abiertamente haber recibido cosa alguna con semejante destino : y en seguida coligarse con los enemigos de Cortés, empleando todo su conato en desacreditarle y acriminar su conducta como militar y como político.

Miéntras tanto habia concluido Hernan Cortés la grande obra de pacificar la provincia de Honduras ; y haciéndose á la vela como queda dicho con ánimo de llegar cuanto

ántes á Méjico, aportó felizmente á la Habana, en donde sólo descansó cinco dias, haciéndose nuevamente á la vela con direccion á Vera-Cruz, adonde llegó con toda felicidad. Desde allí emprendió su marcha á Méjico por tierra, siendo tan grande el regocijo de los Españoles y de los pueblos al ver salvo al héroe que lloraron muerto, que su tránsito hasta la capital fué una marcha de triunfo en donde competia el amor con la fidelidad que le conservaban, así los vencedores como los vencidos. Su entrada en Méjico se solemnizó con todo género de regocijos públicos, subiendo á muy considerable suma las ofrendas que así en el camino como en la capital, recibió de las provincias sometidas. Entró en ella en el mes de junio del año 1526, y no del 25 como dice Bernal Diaz.

Á este tiempo desembarcó tambien en San Juan de Ulúa el licenciado Luis Ponce de Leon, cuyo ánimo trataron de prevenir en contra de Cortés sus ocultos enemigos, persuadiéndole á que sin fiarse de las palabras de éste, se preparase á obrar con la cautela y prevision que la seguridad de su propia persona exigia.

Pregonada la residencia general contra Cortés y contra los que habian servido oficios de justicia, ó eran capitanes de las tropas, comenzaron á desencadenarse sobre el primero todo linage de acusaciones, ya por desigualdad en el repartimiento de indios, ya por no haber hecho las indemnizaciones á que cada cual se juzgaba acreedor por los dispendios personales que les habia ocasionado la guerra. Desde luégo conoció Luis Ponce de Leon que el principal fundamento de las querellas contra Cortés nacian de un principio poco noble, cual era la avaricia de unos soldados, que despues de haber tenido parte muy considerable en el botin de aquella conquista, no hallaban sobradamente satisfecha la sed de oro que los devoraba : y sin duda hubiera triunfado la causa de Cortes, á cuyo favor se hallaba muy dispuesto el ánimo del licenciado, si una muerte prematura no hubiera detenido el curso de las diligencia por éste practicadas, dejando nuevamente expuestos al conquistador de Méjico á los enconados tiros de sus adversarios.

Á su fallecimiento nombró Ponce por teniente de gobernador al licenciado Márcos de Águilar, su compañero de viaje desde la isla Española. Era Aguilar muy poco á propósito para dirigir con acierto los negocios de aquella numerosa colonia, dividida en bandos y parcialidades; porque ademas de hallarse en edad muy avanzada y lleno de dolencias y enfermedades que le tenian postrado, carecia del juício y prudencia necesarios para tan espinoso cargo. Pero era ambicioso y de intencion dañada, y sobre todo estaba dispuesto á perseguir á Cortés en cuanto le fuese posible, para lo cual hallaba sobrado apoyo entre sus émulos. Mas no pudo llevar á cabo sus deseos, porque agobiado de sus perpétuas enfermedades, falleció tambien, dejando en su testamento encomendado el gobierno al tesorero Alonso de Estrada.

Entró nuevamente Estrada en el gobierno aunque no con absoluto beneplácito del cabildo de Méjico y de los procuradores de otras ciudades, que quisieran se le asociara Cortés, como única persona de opinion y respeto capaz de contener los desmanes de ánimos turbulentos y ambiciosos, que á cada paso comprometian el éxito de la conquista. Pero no se pudo conseguir de Estrada un acomodamiento en que su autoridad habia de verse necesariamente menoscabada por el explendor inseparable de la persona del héroe de Nueva España, y sólo se convino en admitir por cólega á Gonzalo de Sandoval como ménos temible, ó más dócil á las indicaciones de su voluntad. No podia, sin embargo, acomodarse la presuntuosa arrogancia del tesorero Estrada á consentir un compartícipe de su poder; y así resolvió escribir al Emperador para que le confiriese exclusivamente el gobierno de aquella colonia, segun lo habian tenido los licenciados Ponce y Aguilar. Acompañaron á su carta otras muchas en que se hacian fortísimas acusaciones contra Cortés, único estorbo de la ambicion de aquellos miserables tiranuelos, vindicándole de asesino de su mujer doña Catalina Suárez, de Francisco Garay, Luis Ponce de Leon y Márcos de Águilar, que, como asegura Bernal Diaz del Castillo, *eran maldades y traiciones que le levantaron*. Llegó á la corte para dar

más fuerza á la acusacion el contador Albornoz; y no fué menester más para que Cárlos V nombrase desde luégo un nuevo juez que residenciase á Cortés dándole facultades para que si le hallaba culpado le hiciese cortar la cabeza. Afortunadamente el nombramiento que para ello se hizo de don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, se paralizó con el proyecto de establecer una real audiencia en Méjico, en cuya dilacion, resfriados ya los ánimos, pudo la intercesion del duque de Bejar alejar por segunda vez de la cabeza del conquistador de Méjico la desecha borrasca que le amenazaba: porque tan crédula é imprudente se manifestaba la corte en asuntos de tamaña gravedad, que no veia cuan fácilmente entregaba sin defensa á Cortés á las manos de sus mas encarnizados enemigos. Pero á pesar de los buenos oficios del duque, jamás volvió á gobernar Cortés aquellas provincias; ántes bien fué confirmado por el rey el nombramiento de Estrada para que gobernase por sí sólo, miéntras no se tomase otra resolucion.

Ensoberbecido con tamaña distincion, no halló Estrada límite capaz de contener su audacia; pero como le faltaba el tino y cordura que áun para obrar el mal son necesarios, dió ocasion á disturbios peligrosos nacidos de su violenta arbitrariedad, y de los cuales podia provenir fácilmente una guerra civil entre los mismos conquistadores. Súpolo Cortés, ausente á la sazon de Méjico; y con deseo de evitar mayores males, volvió á la ciudad, en donde reprendió agriamente al mismo Estrada su insensata conducta: más como éste no se hallase ya en el caso de tolerar reconvenciones de ninguna especie, llevó su petulancia hasta el extremo de desterrar de Méjico á Cortés: suceso que causó notable excándalo, y que sin duda habria acarreado su perdicion al tesorero, si Cortés hubiera querido valerse de la fuerza de su opinion y de los inmensos medios reaccionarios de que áun podia disponer segun se los ofrecian con reiteradas instancias sus amigos, hasta el punto de brindarle con la corona de aquel vasto imperio. Sin embargo, celoso de su propia reputacion, y no queriendo que en tiempo alguno pudiera decirse que por

vengar sus ofensas habia sumido en los horrores de la guerra civil á sus mismos compatriotas, prefirió ausentarse de aquellos remotos paises sujetos por su espada al dominio de Castilla, y venir á ella para demandar del monarca la satisfaccion de sus agravios. He aquí una de las muchas ocasiones en que Cortés desplegó toda la generosidad y nobleza de su alma, desmintiendo con su conducta leal cuantas calumnias lanzaba la envidia contra su bien merecida reputacion.

Conoció Estrada aunque tarde, que habia procedido con sobrada lijereza en desterrar á Cortés; y temeroso de las funestas consecuencias que podia acarrearle su imprudencia, hizo las más vivas diligencias por desarmar su enojo despues de haberle alzado el destierro. Pero Cortés habia tomado ya su partido; y acelerando los preparativos de viaje, se hizo á la vela desde Vera-Cruz, y en cuarenta y un dias, sin tocar en la Habana, llegó á Castilla por el mes de diciembre de 1527.

Apénas se tuvo noticia de su desembarco, mandó Cárlos V se le recibiese en todas partes con los honores y distinciones debidas al conquistador de un vasto imperio. Llegado á la corte fué muy bien recibido del monarca y de la nobleza, de cuyo favor comenzó á disfrutar y con particularidad del que le dispensaron el duque de Bejar, el conde de Nasao y el almirante de Castilla.

Más el favor de que Cortés gozaba en la corte, se fué entibiando lentamente por una casual incidencia que no estaba en su mano evitar. Sus relevantes prendas como galan y caballero; sus riquezas, no obstante la dilapidacion que sufrieron en Méjico cuando se divulgó su muerte en Honduras, de las cuales jamas logró reintegrarse; y en especial la fama que rodeaba su nombre, todo hacía que su persona fuese buscada con anhelo y que se le ofreciesen enlaces ilustros y ventajosos. Entre las personas que más deseos mostraron de entroncarle con su familia, se cuenta doña María de Mendoza, esposa del comendador mayor de Leon, que le ofreció una hermana suya en casamiento; pero como Cortés se hallase muy obligado á los favores del duque de Béjar, y habia tratado matrimonio con su

sobrina doña Juana de Zúñiga, hubo de recusar forzosamente la honrosa invitacion de la esposa del comendador: incidente siniestro para el porvenir de Cortés, puesto que el extraordinario valimiento del comendador con Carlos V y la emperatriz Isabel, hizo resfriar el aprecio que estos príncipes y la parte más principal de la nobleza habian dispensado hasta entónces al conquistador de Nueva España. Verificáronse, por fin, las bodas de Cortés con la sobrina del duque; y desde aquel momento variaron completamente de semblante sus negocios. En vano reclamó diferentes veces se le devolviese el gobierno de Nueva España de que habia sido despojado sin causa legal: en vano hizo presente que revestido del doble carácter de gobernador y capitan general, podia llevar más fácilmente á cabo nuevos é importantísimos descubrimientos para dar mayor explendor á la corona de Castilla: sus ruegos fueron desoidos y sus esperanzas desvanecidas con la ausencia del monarca á Barcelona para pasar á Flándes. Sin embargo, como Cárlos V no podia olvidar enteramente el relevante servicio que Cortés habia hecho á su patria, si bien no se atrevió á devolverle el gobierno de Nueva España, se allanó, por no pasar la plaza de ingrato con sus buenos servidores, á nombrarle en 1529 capitan general de aquel vasto territorio, revistiéndole además del título y rentas de marqués del Valle: justísimas distinciones concedidas al verdadero mérito, y que honran en gran manera áun más á quien las dispensa que á quien las recibe.

Viendo Cortés cuán decaidos andaban sus negocios en la corte, resolvió regresar á Nueva España, si bien contratando ántes con el consejo de Indias el proceder á nuevos descubrimientos en la mar del Sur. Desembarcó en Vera-Cruz; tomó posesion de los pueblos comprendidos en su Marquesado; y despues de arreglar en Méjico algunos asuntos de interés con la nueva audiencia, que era ya la tercera, y con el virey, se estableció de asiento con su esposa en la villa de Cuernavaca propia de su señorío, y desde allí comenzó á tomar disposiciones para llevar á cabo las nuevas empresas que meditaba.

Cuantiosos fueron los gastos que hizo á sus expensas para armar y abastecer los dos buques expedicionarios que en 1532 envió á descubrir tierras por la parte del Sur, y los que nuevamente le ocasionó el armamento de otros dos buques, por haberse perdido desgraciadamente los primeros.

Reunidos por fin con indecible trabajo tres buques, continuó Cortés sus tentativas logrando entónces descubrir la costa de las Californias: pero no pudo adelantar sus descubrimientos; porque sabedores del mal estado de la armada, su esposa y el virey enviaron dos buques en busca de Cortés con cartas en que le rogaban encarecidamente regresase á Méjico; lo cual verificó desde luégo, dejando la armada á cargo de Francisco de Ulloa, cuya gente descontenta y temerosa de empresa tan arriesgada, desampararon á su gefe y volvieron á tierra firme. Á esta malograda expedicion siguió otra de los buques al mando del mismo Ulloa, para hacer nuevos descubrimientos en el golfo y costas de las Californias, que igualmente se malogró, muriendo en ella el capitan á manos de uno de sus mismos soldados. Bernal Diaz del Castillo, refiriéndose á dicho verbal de Hernan Cortés, asegura que éste gastó de su peculio en esas expediciones sobre trescientos mil pesos de oro : suma considerable que despues de tantas pérdidas como habia sufrido su fortuna, hace formar idea de las inmensas riquezas atesoradas por los conquistadores de Nueva España.

Estos cuantiosos gastos, de que debia indemnizarle en parte el Real tesoro; las diferencias habidas con la audiencia sobre el modo de entender la cobranza de tributos de su marquesado, y la necesidad de demandar en justicia á Nuño Guzman, antiguo presidente de la primera Audiencia, por el despojo y venta de sus bienes á que injustamente le sentenció; todas estas causas juntas le obligaron á regresar á Castilla.

Desembarcó en España á tiempo que el emperador Cárlos V disponia su grande armada contra Argel, y acompañóle á la expedicion con todo el séquito y aparato con que acostumbraba á emprender sus hechos militares.

Pero un recio temporal deshizo aquella armada poderosa, y Cortés, que hubo de perecer en ella, se salvó milagrosamente. Aun entónces experimentó uno de los muchos desaires á que se veia expuesta la decadencia de su privanza en el ánimo del monarca : por que habiendo reunido los gefes de la armada para deliberar sobre lo que debian de hacer en vista del destrozo de los buques, no fué llamado á Consejo Hernan Cortés, lo cual sintió en gran manera, mucho más juzgándose capaz, como él mismo decia, de tomar á Argel con las tropas que les quedaban si le permitian valerse para segundar su esfuerzo, de los antiguos soldados que con él fueron á Nueva España, acostumbrados á la fatiga y á despreciar los peligros de la guerra. Pero hubo de contentar su amor propio con la lisonja de su noble pensamiento; puesto que la expedicion regresó á España sin sacar el menor fruto de los gastos hechos para tan poderoso armamento.

Este fué el último destello de la gloria de Hernan Cortés. Aquel astro militar que tan majestuosamente resplandeciera en uno y otro hemisferio, estaba próximo á desaparecer en el ocaso. Su mayor deseo era tornar nuevamente á Méjico si el rey le diera licencia para ello, pero no lo consiguió; y ya cargado de heridas y de años; lleno de achaques; sosteniendo enojosas demandas jurídicas, de que sentidamente se quejaba al emperador; y fatigado el ánimo por las persecuciones, los disgustos y desengaños que hubo de sufrir en la corte, comenzó á enfermar gravemente, y retirándose á Sevilla de donde se trasladó á un pueblo llamado Castilleja de la Cuesta, ordenó su testamento, preparóse á recibir la muerte con todos los auxilios espirituales, y falleció en dicho pueblo el dia dos de diciembre de mil quinientos cuarenta y siete, á los sesenta y tres años de edad. Fué enterrado con toda la pompa que á su persona correspondia, en la capilla de los duques de Medina-Sidonia, de donde se trasladaron sus huesos á un convento de religiosos, creado de órden suya en Cuyoacan, segun habia dispuesto en su testamento. En todas partes fué llorada su muerte por cuantos sabian apreciar á los hombres eminentes; pero se señalaron con particula-

ridad los Mejicanos; porque así los indios como los conquistadores, veian en Cortés el padre universal de aquella inmensa colonia.

Así terminó sus dias uno de los hombres grandes que en aquellos siglos honraron é hicieron temible nuestra patria; cuya fama recibida y acatada en todas partes, no han podido debilitarla las amargas censuras y diatribas con que algunos extrangeros han querido empañar la gloria del vencedor de Méjico. Segun Bernal Diaz del Castillo, fué Hernan Cortés de buena estatura, bien proporcionado y membrudo; el color de su cara tiraba algo á ceniciento, y no muy alegre: el rostro pareciera mejor si fuera más largo: su mirada era por una parte amorosa, por otra grave: tenía la barba recia, poca y rala, y lo mismo el cabello: su pecho alto y la espalda de buena forma; era cenceño y de poco vientre: sus piernas un poco estevadas pero de buenas formas. Fué gran ginete, diestro en todas armas, así á pié como á caballo, sabía muy bien menearlas; y sobre todo tenía un ánimo muy valeroso. En la presencia, ademanes, mesa, traje, conversacion, y demas actos, así públicos como privados, manifestaba constantemente la grandeza y señorío de su alma, prendas que le hicieron dueño absoluto de cuantos sirvieron á sus órdenes, y que reconocian y confesaban públicamente hasta sus más encarnizados enemigos. Ni esas grandes cualidades se oponian á las rudas tareas de soldado: Cortés era el primero en los combates, el primero que asía del azadon para abrir un foso; el primero en sufrir las privaciones y fatigas de la guerra; el primero tambien en acudir á sus soldadas, cuidar de sus personas, y áun curar sus heridas por sus propias manos. Sólo asi pudo sojuzgar en repetidas ocasiones la indómita fiereza de aquel puñado de gente, con que se atrevió á emprender y realizar uno de los acontecimientos más gloriosos que embellecen las páginas de la historia antigua y moderna.

TABLA DE LAS MATERIAS

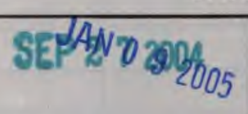
DEL TOMO SEGUNDO

LIBRO CUARTO

FIN DE LA TABLA DEL TOMO SEGUNDO






SEP 2 0 2004
JAN 0 9 2005

